

EDWIN LUGO

**DE SOLTEROS Y
SOLTERONES**

(Novelas)

**En el umbral del otoño
Los Estólidos
En Clase
La Vendedora de Flores
Soroche**

PROLOGO

HISTORIAS DE SOLTEROS contiene cinco narraciones del escritor EDWIN LUGO, del todo concordantes con el título del libro, llenas de hondos sentimientos que hacen al lector convivir, no con la alegre y desenfadada vida que se atribuye al soltero, sino con la íntima amargura que éste trata siempre de ocultar, aunque le atormenta el alma.

Porque lo narrado por el fogoso autor de estas Historias tan verosímiles que no pueden tener otro nombre que el de historias, es el mudo dolor que llevan a cuevas las personas solitarias que ya no son jóvenes ni adultas, pero que tampoco llegan a la ancianidad, aquellas que están precisamente en “El umbral del otoño” y que viven “*en la quietud de la tarde provinciana*”, como Mariví, la doliente heroína de uno de sus enternecedores relatos; y como Santos Navarro, el huésped de la pensión de la colonia Roma, que pasaba del medio siglo, pero sin saberse cuando y que “*mostraba una cierta elegancia de la miseria*” o, como Ramón López, el homónimo, que a sus cuarenta años se enamora, poética y visceralmente, de la más pequeña, lúcida y adorable de sus jovencitas alumnas.

A cada una de las sabrosas narraciones, Edwin Lugo la toma y la envuelve dentro de ella misma, formando el nudo, ese nudo ineludible que nos desazona y que convierte a la historia en novela,

en problema que, en un momento dado, tiene que resolverse sorpresiva y certeramente.

La descripción de escenas y personajes es tan exacta que podría decirse que el autor las ha vivido muy de cerca, y ha sido partícipe de ellas.

En eso estriba la valía del escritor: en lograr que trascienda, a quién lo lee, la carga anímica que le presiona el alma. Los personajes de Lugo tienen plena vida porque los ha hecho precisamente, vivir en su corazón, y nos parecen tan reales porque se encuentran dentro de un ambiente en que se desarrollan, se conectan y viven intensamente, entre tanto nosotros vemos aparecer esos paisajes, esas casas, esos objetos como algo familiar, como entes que casi más recordamos que aprendemos en el momento en que aparecen ante nuestra imaginación, hábilmente guiada por este certero escritor.

Los principales personajes de sus novelas cortas, esos solteros que hacen las historias, son tristes, son nostálgicos, son blue, están sumergidos en ciertos surmenaje; desean pero se conforman; sus alegrías son parcas, sencillas, hasta tienen un poco de ingenuidad que el autor ha sabido sugerir con mucho tino; aman, pero guardan en su corazón, calladamente, sus sentimientos; sufren, claro está, puesto que les falta su pareja, pero admiten su soledad con una filosofía humana que nada tiene que ver con la ontología, la logística o la epistemología ni con todas esas disciplinas tan fundamentales, pero tan alejadas, en apariencia, de nuestro acontecer cotidiano. Esta filosofía de sus personajes es práctica, es una psicología y una ética nacidas de la misma circunstancia de su existir, sin que intervenga tampoco, para nada, el existencialismo, por lo menos en su concepción teórica. Pero como toda persona humana que, por estar dotada de cuerpo y alma, no es una simple marioneta, los personajes edwínicos en un momento dado se rebelan, toman resoluciones, hacen actos insospechados o los sufren y por ende, dan lugar al nudo de la novela, del drama.

Este volcánico hombre, en estas historias de solteros, aquí y ahora, oculta su flamígero fuego, como un Etna en descanso. Pero su

calor se siente como el de las brasas bajo las cenizas, como la pasión autocontrolada, como la furia frenada, que son más dramáticas y más compulsivas.

El escritor Edwin Lugo debe seguir escribiendo ardientemente. Sus numerosos viajes y estadias por el mundo le han dado una concepción universal que debe transmitírnos a través de los ambientes y personajes particulares que vislumbra como encarnaciones de su fantasía novelesca. Su verbo intenso y florido, su expresión oral llena de pasión por lo justo, y que no es sino el trasunto del cosmos de ideas y valores que dentro de sí contiene, debe vaciarlo en la palabra escrita, en la grafía, que permanece y que llegará a semejantes ahora y después de la muerte, la palabra que se multiplica, o debe multiplicarse, en miríadas de ejemplares con los que los seres humanos viven y se conmueven. Debe, pues, escribir, y debe, por lo tanto llegar a los hombres de hoy y quizá, este quizá que todos anhelamos, a los seres del mañana.

Lic. Enrique Ramos Valdés

EN EL UMBRAL DEL OTOÑO

*¿Cuántas dichas ayer en nuestra escena!
Pero el día de Dios cubrió el santuario
Y sin piedad de ti que eres tan buena,
te trocó virgencita del calvario.
Más ¿Qué importa! El dolor es soberano,
dispensador de gloria y de nobleza,
¡Mi estrellita!, mi flor dame la mano
y vayamos envueltos al Arcano
en el manto imperial de mi tristeza!
Amado Nervo.*

En la quietud de la tarde provinciana, el sol, cuya luz se ha ido diluyendo en tonos casi pajizos, como de acuarela, se ha

adormecido entre el silencio. Su calor, aprisionado aún entre los muros de tezontle, los adoquines porosos o los adobes de tierra ennegrecida, es ya un vaho distante, que refrescan las aromas del aire nocturnal, embalsamado con los olores de los campos y los huertos vecinos.

Una paz bíblica, como extraída de un cuadro de Watteau, parece presidir esa suave somnolencia, que interrumpe inusitada, el aleteo ligeramente escandaloso, de una bandada de pájaros que rondan todavía indecisos entre el nido y los tejados.

En la sala de la casa patriarcal, construida con gruesos tepetates, Mariví borda aprovechando los últimos haces de luz, casi crepuscular; de sus manos blancas, bien cuidadas, cual corresponde a una muchacha de la clase media, que si bien no desdeña ayudar a su madre en los quehaceres domésticos, tampoco se priva del inocente coqueteo de conservarlas pulcras, van saliendo en colorida profusión: lirios, pensamientos, violetas, nomeolvides, y hojas multiformes, cuyos verdes, hábilmente matizados, convierten a cada mantel, carpeta, funda, colcha o servilleta en una factura exquisita, elevando al punto de cruz en una auténtica joya de arte.

Cose sentada muy derecha, casi sin recostar la espalda en el cojín granate, con las rodillas muy juntas y los brazos pegados a las costillas. De su rostro blanco, enmarcado en los cabellos castaño-oscuro, destacan dos mejillas aterciopeladas cubiertas de una tenue pelusa casi rubia, como la corteza del durazno; el cuello, que orla con una cinta negra, se pierde entre los graciosos declives del escote y va a rematarse en un busto prominente, que proclama entre la insinuadora transparencia del vestido blanco surcado de lunares negros, el triunfo de la mujer en toda su adorable plenitud; la cintura breve, ceñida por un cinturón confeccionado de la misma tela, reclama una mano varonil que la oprima, mientras las largas piernas gruesas y bien formadas, concluyen en el pie pequeño, forrado con el fino nylon de la media y rematado por unas zapatillas de tacones agudos.

Nadie la acompaña en su diligente labor. Su madre, viuda y con unos pocos intereses que vigilar, ha acudido seguramente al cobro de unas rentas, pero Mariví se siente complacida entre el invisible calor maternal que la envuelve. Su prima Agueda, unos meses apenas mayor que ella, no tardará en venir, y sus amigas, las esclavas del Santísimo Sacramento, apenas terminen el rosario, acudirán también con sus bromas inocentes y sus risas parlanchinas; mas en esa hora íntima, tranquila, no dichosa, pero sí serena, en que ella suele mirar cómo se filtra la tarde por los alargados balcones, piensa en el futuro, y de la nostalgia candorosa, de una juventud escasa en amor y avara en novios, aunque plena de otros gratos acontecimientos, surge, como la visión de una tierra prometida, la esperanza de un futuro, que mucho tarda, que nunca llega, pero es cual el postre un banquete, que se deja siempre al último para paladearlo mejor.

Una ráfaga de viento agita las largas cortinas orladas de encaje que guardan el balcón enrejado, y Mariví se levanta de su silla de bejuco para entornar una de las persianas. -este frío le puede hacer daño a mi abuelito- se va diciendo burlona. En el más importante sitio de la sala, ajuareada con los pesados muebles de caoba forrados de terciopelo carmesí; aquel difunto, padre de su padre, preside aún el mundo de los vivos; con su rostro impávido, patillado, ensombreado a la tejana al modo de los rancheros ricos; y luego, a su alrededor, entre una aglomeración de rostros de parientes bigotudos, que apenas deja hueco en la pared empapelada de un tapiz dorado; otro retrato, el indispensable testimonio del casamiento de sus padres, concediendo a la dueña de la casa el debido rango de señora, quién aparece radiante luciendo el níveo vestido, los azahares, la corona y los blancos atributos de las desposadas; y a su lado la fotografía incrustada en un marco ovalado, de la numerosa familia de Doña Socorro, cuya parentela endomingada y muy grave revela a las claras su genuina estirpe michoacana, en tanto que en el otro extremo Mariví luce el angelical atuendo con el que hizo su primera comunión, armada de vela, libro,

velo y rosario; y junto, el recuerdo más imperecedero de su vida de joven: la remilgada fotografía por sus quince años, cuando portó como una verdadera princesa, peinado alto, guantes, y su primer vestido largo, en un tono rosa pastel y cuya abombada falda a la *pompadour* causó la envidia y admiración de todo el pueblo. Y junto a tan gratas estampas, la foto del presidente Lázaro Cárdenas en una de sus visitas a Zamora abrazando a su tío, al que balacearon después; y otra más de Don Venustiano Carranza adornado con sus chinescas barbas y sus gruesos lentes de profesor de primaria a punto de la jubilación.

Mariví dejó a un lado el bastidor y se paseó a lo largo de la sala.

Sobre la mesa con cubierta de amarillento mármol, estaban su bolso de mano y un abanico.

Tarda mucho Agueda -pensó- y luego, comprobó que en el reloj de piso color caoba, faltaban diez para las seis. Con la expectante inquietud de quién aguarda por alguien, se asomó al balcón, pero por más que buscaron sus ojos, no había a esas horas, ni una sola alma en la calle, y optó por escurrirse al corredor semi-conventual, orillado de macetas con malvas multicolores, donde desembocaban todas las habitaciones de la casa. Dio unos pasos y fue a parar al huerto cuadrangular, presidido por su respectivo pozo, que aunque en desuso conservaba aún los aditamentos indispensables, luego, bajó unos cuantos escalones y se sumió en la penumbra fresca de los árboles frutales, las plantas y las flores; Mariví gustaba adivinar el diálogo mudo de las margaritas y los jazmines, los alcatraces y las amapolas, el tulipán y los claveles jaspeados, las camelias y la siempre-viva, en tanto que dormitaban en macetones de pedacería de azulejo de Guadalajara, los helechos y las palmas.

El canto de un nervioso jilguero a punto de acostarse, alternó con los gritos desafinados de un loro viejo, a quién a la primera grosería que se le ocurrió decir, se le amenazó tan seriamente con ahorcarlo, que tal vez la casualidad o el raquítico entendimiento del animal, lograron enmudecerlo para siempre incluso para las

buenas palabras y las canciones, reservándose solamente aquellos desagradables sonidos destemplados.

Mariví fue derecho al jilguero al que mimó entre femeninos arrumacos, previniéndole que ya era tiempo de dormir. Metió la mano en la jaula y con maternal cuidado pasó sus dedos por el dorso del pajarillo, que respondía con trinos breves, mientras picoteaba mansamente sobre las yemas de los amigables dedos que solían acariciarle, luego puso una funda sobre la jaula y se dirigió a la cocina, donde Crisóstoma, la vieja criada rezongona, vestida enteramente de negro, aún fregaba hornillas, cacharros y bracero.

-¿No le has dado de comer a Flirpo? - Le preguntó viendo al perro amarillo, que sin ninguna parentela próxima con buena raza, solía aparecerse, venido de no se donde, después de la hora del almuerzo, a esperar paciente con las orejas gachas, su ración de sopa y desperdicios.

-¡Ya comió desde a que horas! -Respondió la anciana- Pero le gusta quedarse ahí haciéndose el hipócrita...

El perro se irguió y trato de lamer el brazo desnudo de Mariví; ella lo apartó bruscamente, tal si el contacto de la áspera lengua del animal sobre su piel, la hubiese electrizado.

-¡Estáte quieto Flirpo! Ya te he dicho que no me gusta que me hagas eso.

El animal metió el rabo entre las patas y se sentó a mirarla con aire compungido. Mariví se arrepintió de haberle hablado tan duramente, y lo miró con ternura, fue a buscar un pocillo que llenó con el agua fría que extrajo de un filtro de barro, y después de beber algunos tragos, se regresó a su silla para continuar bordando. .

Pocas eran en verdad las alegrías que su vida pueblerina inexorablemente estacionaria podía ofrecerle. Por las mañanas después de la misa diaria y comunión obligada, y el desayuno que solía prolongarse hasta cerca de las nueve, Mariví se dedicaba a su pequeño huerto, donde entre el cuidado de las plantas, la recolección de las frutas y el diario corte de rosas que iban a parar puntuales al

altar de la Santísima Virgen de Zapopan, le consumían las horas hasta bien entrado el mediodía.

A veces, su madre dejaba a su cargo la tarea de la compra cotidiana, y ella iba al mercado seguida de la criada, y entre los saludos de las vecinas del pueblo y las piropescas exclamaciones de los comerciantes, iba eligiendo con el entusiasmo goloso de una chiquilla: las granadas tricolores, los mameyes maduros, los plátanos de tamaños y olores distintos, las sandías rojas y aguanosas, las naranjas a punto y las jícamas blancas y redondas, como lunas pequeñas que las diligentes manos de Crisóstoma convertían en un apetitoso “pico de gallo”.

Mariví gustaba mucho de la fruta, dejaba que la criada hiciera el resto de la compra, pero se deleitaba en la cara rayada de una manzana o ante un racimo de garambullos. En su huerto sólo había peras, ciruelas y aguacates.

Luego volvía acalorada a referirle a su madre los breves incidentes que había recogido en su exploración por el mercado: la salud de Don Serapio que empeoraba, la cosecha de frijol perdida por falta de lluvia, los chismes de Doña Dionisia sagaz reportera del pueblo, y hasta las andanzas donjuanescas de su primo, que se extraviaba en las aventuras aunque después tuviera que andarse escondiendo de un marido ofendido o de un padre enojado.

En ocasiones se hacía a la idea de que visitaba otra población, otras calles, cómo si se tratara de lugares desconocidos, y hasta se imaginaba descubrir nuevos pormenores entre el idéntico panorama; pero ella sabía que aquello era sólo un espejismo, pues todo persistía igual: cielo y campo, el espinazo azulado de los cerros, el perfil desafiante de las torres, los enormes ojos jaspeados, cóncavos y brillantes de las cúpulas, el impávido reloj de la parroquia, la simetría ocre o gris de las casonas de un sólo piso, la irredenta miseria del adobe y la inseparable tristeza de un jardín provinciano, languideciendo a media semana, cuando solamente transita algún anciano desocupado que va a acurrucarse en una banca sombreada

en espera de que llegue algún transeúnte a quién darle un buen rato de conversación entre las sabrosas fumadas de sus cigarros faros.

En ocasiones Mariví solía aventurarse con Agueda por el campo, previo indispensable cambio de zapatos bajos y vistiendo una sencilla bata de percal floreado, entonces las jóvenes divisaban a los cabreros que llevaban a pastar y a beber agua el modesto rebaño de la viuda; en tanto que respiraban a todo pulmón el aire puro y refrescante de los llanos, contemplando casi con envidia, como las cabras y los chivos trepan ágiles y glotones por las empinadas y resbaladizas laderas obedientes al cencerro, pero cautivadas por la inagotable tentación de la yerba verde.

Y allí, desde alguna loma alta, Mariví y su prima contemplaban como Zamora, lucía como un nacimiento de juguete. Otras veces, se adentraban por el valle, hasta donde parece que la montaña va a confundirse ensamblándose con un horizonte de infinitos, en esos parajes la campiña se quebraba en barrancos multiformes erizados de pedruscos, proliferando los árboles enanos, y las plantas espinosas que les destrozaban las medias, aunque el arañeo soez de las ramas les proporcionara un placer masoquista, que prolongaban curándose mutuamente los tobillos entre risas ahogadas y gritos agudos.

Después de esas giras campestres, Mariví regresaba a casa a comer con buen apetito, sin cuidarse demasiado de proteger su armoniosa figura; y apenas dormía una buena siesta, volvía a comenzar su interminable labor de punto: hojas, flores y pájaros; carpetas, palios y manteles que en su mayoría iban a engrosar los primores que atestaban los arcones olorosos a cedro de la sacristía parroquial.

Uno de sus más caros placeres consistía en ponerse a leer hasta altas horas de la noche en la soledad de su alcoba de soltera, con las puertas del balcón entrecerradas para que entrara el fresco nocturno oloroso a huele-de-noche, y a lluvia, en el tiempo de aguas; entonces, la fantasías que destilaban los libros, compensaban ampliamente la dulce monotonía de su vida y aunque acostumbraba

despedirse de su madre a las diez de la noche, la rosada luz de su velador de porcelana no se apagaba sino hasta bien entrada la madrugada.

Mariví contaba entonces las lentas campanadas dando aviso de que era media noche, y cuyos sonidos graves parecían desdoblarse a la mitad de la plaza; lentas y solemnes simulaban estar anunciando un funeral. No obstante aquel timbre sombrío aunque repetido cada noche, le sonaba siempre extraño obligándola a interrumpir el solaz esparcimiento que le proporcionaba su lectura; entonces dejaba el libro a un lado, cerraba los ojos y murmuraba una oración por las benditas ánimas del purgatorio, que casi siempre concluía coincidente con la última campanada. Mariví volvía a coger el libro y María, la dulce e infortunada novia colombiana, retornaba puntual a la cita desde su lejana finca de El Paraíso, para posarse suavemente, como un pajarillo sobre una rama, en la fértil imaginación de su admiradora. La protagonista desfilaba por un capítulo llorosa, y en otro sonriente y entusiasta, mas en todos se manifestaba enamorada, y entre tanto la lectora viajaba a su lado, cautiva de las palabras, sumergiéndose con prístina claridad entre los cuadros que pintaba el novelista, cuyo relato parecía empeñado en conmoverla hasta provocarle llanto; así, entre el pesado silencio de la hora urdía las frases amorosas no escritas, que tímidamente y a distancia se dirían los amantes, y hasta le parecía oír el rasguear de las plumas sobre las cartas que se enviaban, viviendo sus conflictos, sus angustias y sus celos, y de tanto codiciarlo hasta llegó a suponerse que veía a aquel infortunado joven, montado en su alazán, atravesando la inmensa desolación de la sabana, trémulo de ansias por alcanzar el último suspiro de la que adoraba; entonces, Mariví también sufría y después de guardar el libro amorosamente bajo la almidonada funda del almohadón, se levantaba a deambular inquieta por su cuarto de soltera, coqueto y femenino, limpio, confortable y hasta perfumado, pero extrañamente cómplice de su soledad, con sus enormes vigas suspendidas en el techo alto, su viejo candil tintineante, y aquel tapiz floreado que contrastaba con las paredes demasiado toscas.

La joven se calzaba sus zapatillas de peluche, suaves como lomo de conejo, se echaba un chal sobre la espalda y se asomaba al corredor, trastocado en cristal por el azulino reflejo de la noche, inmerso en su mutismo perfumado y húmedo, argentado por la luz de Selene o por los rayos diamantinos de los luceros titilantes que violaban el vasto imperio de las sombras.

Mariví aquietaba su espíritu turbado, dando algunos pasos quedos y desasosegados. A ratos llegaba hasta un promontorio del huerto desde donde se divisaban las luces amarillentas de los pueblos circunvecinos, los faros de los camiones que transitaban por la carretera y que se iban empequeñeciendo gradualmente, hasta volverse como chispas de luciérnaga que flotaran en la inmensidad nocturnal.

En otras ocasiones el libro elegido le deparaba una inquietud diferente. Staurófila la conducía dócil y comedida hasta la Virgen, quién ataviada de blanco y con velo azul celeste les sonreía beatífica o las transportaba hasta un paraje risueño, en donde Cristo se encontraba predicando y al que habían acudido vestidas como en los libros religiosos con túnicas y mantos sobre la cabeza. Entonces, los sueños, que solían continuar a aquellas lecturas, eran mucho más benévolos y dulces; no la turbaba ya el ansia de un futuro incierto, ni ese anhelo siempre insatisfecho, de aquello que por ser tan deseado se volvía a la vez tan huidizo, y la sensible doncella se quedaba flotando entre algo tan etéreo y espiritual, tal si las místicas frases la hubiesen ido envolviendo en una de esas gasas sonrosadas que circundan la ascensión triunfal de los santos al cielo; y se dormía sin tocarse los senos, con las manos juntas, tal si el descanso fuese la prolongación de una plegaria muda, hasta que el canto de un gallo escandaloso y madrugador la empezaba a despertar y el vaho ligeramente helado de la brisa matinal la obligaba a arrojarse con un tercer sarape que por previsión dejaba a la mitad de su cama.

Poco a poco, la luz perlada del amanecer se iba infiltrando entre las rendijas, y las horas se diluían en el constante caminar de las manecillas del reloj parroquial, hasta que a las cinco y media de la

mañana, la campana mayor anunciaba la primera llamada para la misa. Mariví no se decidía a acudir a misa de seis, frecuentemente optaba por descansar un rato más, cuando ya la luz en todo su apogeo iluminaba las calles, levantando racimos de gorriones que iban y venían por los ramajes.

Saltaba a la ducha, y fresca, con el cabello aún húmedo, tomaba su Lavalle y su rosario y se iba detrás de su madre y de Crisóstoma, haciendo sonar sus tacones en las banquetas recién lavadas

Llegaban a punto de que el padre Rodríguez, sentado en el confesionario, se echaba sus siestecitas entre penitente y penitente; la joven lo despertaba rasguñando las uñas sobre la rejilla de madera, cómo un minino pequeño, entonces el buen cura despertándose exclamaba con la sorprendida actitud de un colegial sorprendido en falta:

-¿Cuánto tiempo hace que se confesó?

Y Mariví sonriente aclaraba:

-Soy yo padre Rodríguez.

Y él inquiría si cometió algún pecado grave entre un día y otro, pero no terminaba ella de relatarlo cuando le había echado la bendición absolutoria, recordándole ofrecerle un rosario a la Virgen.

Algunos de estos amaneceres pertenecían a los domingos. Entonces Mariví gustaba de quedarse mucho más tarde a dormir, y asistía a misa de doce, muy emperifollada, con peinado de salón y las uñas largas recién pintadas; componerse así le ha consumido toda la mañana. Suele probarse dos o tres vestidos y media docena de moños o adornos sobre el cabello, mirándose con unos y otros en las lunas de su enorme tocador. A veces indecisa, cambia el tono del maquillaje hasta dar con el más apropiado, y al final se da media vuelta para mirarse la caída del vestido; Doña Socorro, desesperada y a punto de perder la paciencia le reclama colérica:

-¿Cuando te vestirás más recatada tal y cómo corresponde a una señorita?

Le ha dicho hasta el cansancio que la primera regla para ser una muchacha decente es permanecer virgen hasta que se case, y he aquí, que ella ha cumplido escrupulosamente el supremo mandato de la Iglesia, de su madre y de la sociedad, pero se intuye hermosa, deseable ¡Cómo una fruta madura! ¡Ah! si ella pudiera entregar los restos de su juventud solitaria a algún hombre que de verdad la quisiera, aunque se tratara de un viudo, o no fuera muy guapo, ni de su clase social; pero no, parece que tiene mala suerte, y con esto de los novios siempre acababa mal, pues casi no le duraban.

Cuando tenían algunos meses de tratarse, y todo parecía ir viento en popa, el muchacho se distanciaba o se iba del pueblo a buscar trabajo a otra parte, se escribían algunos meses, hasta que gradualmente él se iba olvidando del compromiso.

No obstante aquel arreglo dominguero tenía mucho que ver con la consabida serenata., aunque sabía de sobra que casi nunca se presentaban rostros nuevos. Eran los mismos paseantes de siempre, los hombres caminaban de un lado y las mujeres en sentido contrario haciéndose los encontradisos; ellos, las más veces casados o comprometidos o simplemente inadecuados para ella, unos, por ser demasiado jóvenes todavía, con la cara llena de barros y el cabello tieso y gomoso; otros, los más pasables, andaban rondando hace tiempo a alguna amiga; en ocasiones las parejas novieras solían disgustarse por nimiedades, entonces el muchacho quedaba libre y si era un buen partido las chicas que no tenían pretendiente se preguntaban con inquietud: -¿A quién le irá a hablar ahora fulanito o menganito?- ... y se alistaban discretamente tras del galán, quién siempre salía ganancioso con aquello de escoger ... Era la eterna tragedia de las jóvenes provincianas que se marchitaban en racimos, mientras los muchachos emigraban a la capital en busca de empleos o de educación.

Y Mariví se paseaba entre las calzadas del jardín municipal al brazo de Agueda o de alguna amiga, aparentemente esquiva o indiferente; refrendando en cada vuelta al kiosko la esperanza de que a la siguiente circunvalación aparecería cómo por encantamiento un

rostro nuevo, gallardo, varonil, interesante ... un hombre resuelto a la conquista de ella. Y luego, apenas transcurrido un breve romance pleno de ternuras, aquel apasionado muchacho la habría de conducir al altar, en una mañana azul, como las de sus novelas, vestida de blanco, coronada de azahares, entrando al templo ricamente adornado y oloroso a nardos y alcatraces, donde el padre Rodríguez, luciendo su pluvial capa, los esperaría sonriente, para conducirlos hasta el altar mayor, y declararlos marido y mujer, entre las armonías del órgano y de los violines, la envidia murmuradora de las esclavas del Santísimo y el humo espeso de los incensarios.

Así entre la espera del novio soñado, vagando por la serenata dominguera, Mariví apuraba, el inocente placer de los dulces regionales: duquesas amarillas rellenas de crema blanca, algodones color de rosa, arrayanes azucarados, alfajor de coco de Colima y para concluir un paquetito de morelianas enmieladas, otro de ates y hasta un plato con chongos zamoranos. ¡Ah, el candoroso remedio consuelo para endulzar su soledad!

-2-

Aquella tarde, entre el plumizo crepúsculo triste, Agueda entró precipitadamente interrumpiendo el tranquilo silencio de su prima, con su cháchara jovial y despreocupada, venía radiante, con las mejillas encendidas, y proclamando con la viveza de su paso un entusiasmo por vivir, una prisa por algo que no pasaba, pero que se esparcía en toda su persona.

-¿Ya estás lista? ¿Ya nos vamos? ... ¿Y mi tía Socorro donde se ha metido?

Mariví la examinó antes de responderle.

-Mamá no tardará en volver.

-Deja un recado que volveremos como a las nueve y media, o mejor dicho hasta las diez, porque vamos al circo. Aquí traigo las entradas,

las he ido a comprar con anticipo para conseguir buenos lugares junto a la pista.

Y le mostró dos pedazos de papel numerados a lápiz y en los que vagamente se leía “Gran Circo Italiano”. Función extraordinaria. Plateas.

Mariví se desesperó lentamente y mientras platicaba con su prima se volvió a acicalar frente al espejo, tomó su chal y despidiéndose de Crisóstoma se puso en camino al lado de Agueda.

Iban por una calle sinuosa a lo que no le faltaban, ni sus losas, ni sus faroles amarillos, ni sus grandes enjambres de bugambilias trepadoras, cubriendo las paredes de adobe o tepetate; la angosta calleja se desenrolla entre el caserío provinciano, como una polvorienta cinta de melancolía, y va a desembocar en el llano entre espaciadas casas campesinas y humildes jardines donde crecen en desorden los mirasoles.

Allá están asentadas las instalaciones del circo. No les permitieron ponerse en mejor lugar, el presidente municipal andaba en León, y el secretario quién atendió a los artistas carecía de autoridad para ceder otro espacio mejor. Se trata de una carpa grande y remendada que se remata en cuatro promontorios de lona plumiza, por cierto muy castigada por el polvo y las lluvias y otra más pequeña, adherida por detrás cual un bodoque, cuya tela está pintada con anchas rayas rojas y azules, un trailer muy viejo, un remolque desenganchado y un camión de carga medio destartado, constituyen el bagaje del espectáculo ambulante.

No obstante que en las grandes letras de los programas se anuncia pomposamente: *Regio Debut hoy a las 7 P.M.* y hay tres hileras de focos multicolores encendidos, el lugar está todavía bastante desanimado, y la música proveniente de algún disco rayado se esparce estruendosa desde las bocinas y va a perderse por el llano solitario.

Quince o tal vez veinte chiquillos, curiosos, sucios y descalzos los más, corretean alrededor de la carpa, asomándose furtivamente

bajo las lonas, o buscando sin mucho trabajo por cierto, algún hoyuelo desde donde sólo conseguirán ver el tosco graderío.

La música es interrumpida a cada minuto y la voz incansable de un locutor casi desesperado y con un acento extraño, vuelve a proclamar su consabido slogan, invitando a la indiferente población a la *premiere extraordinaria*.

Poco a poco y con pasos lentos y desconfiados, se fueron acercando hasta la carpa, pequeños grupos de candidatos a espectadores: familias de campesinos humildes, ellos con la barba entrecana y cerdosa, ellas, enrebosadas, con un delantal del que parecen no desprenderse nunca; una pareja de novios, unos nietecitos que materialmente tiraban de la anciana abuela; treinta personas a lo más, seguramente llevadas por la exigencia de los chiquitines. Ni siquiera el vendedor de palomitas o el dulcerero que vende pepitorias en la plaza habían querido arriesgarse a abandonar sus lugares habituales para correr la dudosa aventura de instalar su modesto negocio en las afueras del circo

Agueda con su inevitable vestido oscuro y falda hasta el tobillo de muchacha seria, y Mariví, demasiado acicalada y elegante para el espectáculo, hicieron su insólita aparición.

-¡Esto va a estar peor que el cine! -Argumentó Mariví a su prima. Aquí nunca pasa nada, nunca viene nada bueno- dijo con incontenible desencanto, y recordó las tardes insulsamente infames de los jueves, en que iban a meterse al único cine, medio mareadas por el penetrante olor de los orines, el sudor y la criolina generosamente desparramada, para presenciar lo que solía anunciarse como un *Estupendo programa doble* y en el que realmente se exhibían apenas dos viejas películas nacionales interrumpidas continuamente y que hacían exclamar a la joven indignada:

-¡Prefiero quedarme en mi casa a leer!

Su prima se contentó con responderle.

-Dicen que traen muchos animales... ¿No les viste pasar en la mañana? Pues yo sí. ¡Viene hasta un enano! ¡Te vas a morir de risa cuando lo veas!

El hombre que recogía los boletos las llevó ceremoniosamente hasta sus sillas, pegadas al anillo de la pista, y Mariví supuso que iban a ser en la localidad preferente las únicas ocupantes.

-Temo que llegamos demasiado temprano. -Advirtió.

-Es que mucha gente todavía no sabe que vino el circo -responde Agueda.

Y empezaron a charlar de cosas sin importancia.

Mientras, se sucedían monótonas en el fonógrafo, las deterioradas grabaciones de marchas viejas y algunos vales, el locutor casi a las ocho de la noche, seguía anunciando el debut a las siete en punto.

Llegaron unas veinte personas más que se distribuyeron entre el sillerío, los chiquillos empezaron a aplaudir y a silbar impacientes y una voz demandó con exigencia brutal el inicio de la función.

Se encendieron las luces de la pista, y alumbrados por los reflectores con luces rojas, amarillas, violáceas sobre una plataforma cuya existencia nadie había advertido, aparecieron los componentes de la modesta banda musical: un saxofonista, un trompetista, un hombre calvo que soplabá en un clarinete y el indispensable ejecutante de la batería que golpeaba los platillos y un xilófono pequeño.

Entonces, con el desparpajo de quién actúa a la mitad del más importante escenario del mundo, se presentó un individuo de pelo entrecano metido en un verdoso smoking, a quién le faltaba un brazo, que disimulaba con la manga metida en el bolsillo izquierdo; seguramente debía llevar sólo la pechera de la camisa de etiqueta y los relucientes zapatos de charol estarían comidos de agujeros, pero en su única mano regordeta, el micrófono lucía como un objeto mágico recamado de plata.

La paupérrima orquesta inició un motivo de la marcha triunfal de la ópera "Aida", y el sujeto empezó a perorar con engolada voz en la que se adivinaba la deforme pronunciación de un extranjero:

-Señoras y señores: Muy buenas noches. La empresa del Gran Circo Italiano, triunfador en toda la República, se enorgullece en presentar

al culto público de la ciudad de Zamora, su formidable espectáculo internacional apto para niños y familias, con los mejores artistas de México: Nuestro deslumbrante y espectacular ballet aéreo: Las Flight Girls. El as de los domadores, el valeroso y atrevido Jim de la Selva, actuando con los feroces leones africanos y el majestuoso elefante de la India. Los Hermanos Santoyo, consagrados malabaristas, el famosísimo payaso, encanto de los chiquitines: Don Floripondio Flores del Valle Florido; y nuestra máxima atracción, la formidable pareja de trapecistas checoslovacos, que los van a asombrar con su espeluznante acto ¡El paso de la muerte! ...¡Los Rex!, y por si todo esto fuera poco el extraordinario mago Alí Ben con sus actos de Alta Magia y Adivinación.

Mariví parecía ir de asombro en asombro, cual si la niña que aún latía en ella volviera a resurgir, y con los ojos húmedos y mordiéndose los labios apuró aquel desfile de cinco jovencitas morenas, enfundadas en trajes rojos de dos piezas, exhibiendo sus piernas delgadas; el domador metido en un traje de caquí con botas un poco abajo de la rodilla y sarakof; los malabaristas con sus músculos abultados metidos en unas camisetas amarillas, el payaso con su tradicional vestimenta de desfiguros y unos extravagantes zapatones enormes, el mago o prestidigitador que no era otro sino el hombre que les había recogido los boletos, exageradamente maquillado y luciendo frac, capa y chistera; y el enano, a quién no dieron crédito, pobremente gracioso, grotescamente cómico; engalanado con un traje verde a cuadros y portando un pequeño sombrero rematado con una pluma roja; y luego en medio de aquella antología de la legua, la pareja de los trapecistas que realmente si correspondía a lo de formidable: ella rubia, espigada, con peinado alto serpenteado de lentejuelas relucientes, con un ceñido traje plateado que le dejaba los muslos y los brazos descubiertos y que completaba una bata larga que concluía en una cola de un metro y medio por lo menos, él con una traza de la misma tela que la que vestía ella y ambos con mallas rosa y zapatillas negras ... y todos sonrientes, caravaneros, dispuestos a divertir a tres docenas de

provincianos cohibidos, que se sentían como culpables y apenados de ser tan pocos.

Tras una breve transición, la orquesta desembocó en un aire movido que servía de ritmo para el número de los malabaristas, que sin más preámbulo se quedaron a la mitad de la pista; jugando con unos objetos de madera pintados de amarillo, después ensayaron con aros relucientes, seguidamente con pelotas, que se las pasaban con precisión matemática uno al otro y luego por debajo de piernas y brazos y a cada suerte que ejecutaban se volvían hacia el público en demanda del consabido aplauso.

Se presentó luego el llamado Ballet Aéreo con las cinco muchachas, una de ellas demasiado gorda y arriesgada para ser sostenida por una cuerda, que desquitaron con deslucido tono su pan de aquella noche. Después la más bonitilla se quedó de ayudante cuando el prestidigitador armado de su mesa de metal cubierta con una carpa con borlas doradas, la dio por sacar conejos y hasta un blanco palomo de su chistera. Mariví se sonrojó cuando el atrevido caballero le pidió gentilmente su mascada, que le desapareció enfrente sin que ella se diera cuenta, y sacó en su lugar una tira de listones de colores chillantes, luego Agueda, nerviosa e inquieta no podía explicarse cómo apareció la consabida prenda en el hocico de una perrita pequeña.

El payaso y el enano repitieron sus rutinas, alternadas con unos cuantos reglazos que se propinaban mutuamente en el trasero de uno y en la espalda del otro, a poco el enano regresó a la pista con una pareja de monos disfrazados de charros y con acompañamiento de orquesta los hizo caminar sobre un alambre.

Los números se sucedían con acomodaticia flexibilidad, subrayados por valeses, marchas y polkas que malograba la pequeña banda; los artistas volvían a presentarse vestidos de manera diferente y realizaban otros actos, los hermanos Santoyo ensayaron suertes de gimnastas y el mago en traje de jockey apareció con dos caballos ponies que dieron la vuelta a la pista con un trotecillo corto y

acompañado y después de hacer varias piruetas terminaron por bailar el vals "Danubio Azul".

Vino el intermedio y Agueda se sintió con derecho de llamar la atención a su descontentadiza amiga.

-¿Ya ves prima, no te lo decía yo? ¡Este circo si está muy bueno y ahora llega lo mejor!

Efectivamente, dos obreros y algunos artistas armaban una jaula recubierta en su parte posterior por una red, donde iban a trabajar seguramente los leones, cuyos rugidos desesperados ya se escuchaban como ampliados por la profundidad de un abismo.

Volieron a encenderse las luces de la pista y el maestro de ceremonias, con su acento extranjero, anunció a Jim de la Selva. Un sujeto flaco y rugoso con el sarakof que le tapaba las orejas, armado de una silla y un látigo, entre un crescendo de la batería y la luz de un reflector, abrió con insolente aplomo la puerta de la jaula, mientras hacía tronar su látigo sobre tres leones viejos, entrepelados y con la melena oscurecida. Una leona mostraba el costillar saliente y más dormidos que despiertos, los pobres felinos con paso automática fueron a colocarse sobre unos bancos. El intrépido Jim los hizo realizar varias suertes que las fieras hacían de mala gana, la hembra era la más rebelde, pues de vez en cuando solía amenazar al hombrecillo con su garra; pero al primer latigazo bajaba la cabeza con esa soberbia resignación de la fiera frente a la indiscutible superioridad del hombre, terminaron el número saltando sobre unas improvisadas fogatas, mientras el locutor advertía, que era precisamente el fuego lo que el rey de la selva temía más. La orquesta rubricó el acto y cuando el domador iba a salir de la jaula, uno de los leones pareció que se iba a abalanzar sobre de él, justo a tiempo de que cerraba con gran estrépito la puerta. El efecto surtía siempre sorpresa y el público aplaudió entusiasta al valiente Jim.

Se sucedió otro sketch de los payasos un tanto aburrido, y luego, pesada y bamboleante, con sus orejas semi desgarradas, apareció un vieja elefanta, con la tristeza de una centuria alojada en

sus ojos pequeños, que hizo exclamar a Mariví un -¡Pobre animal!- nacido de su más sincera compasión.

Al final tal y cómo lo anunciaban, se ofreció la atracción máxima, el número de la pareja de los trapevistas, verdaderas estrellas de aquel pobre circo andrajoso, ella demasiado hermosa para ser real, él, gallardo y rápido, cómo poseído de la agilidad relampagueante que les hacía falta a los leones. Apenas apareció, se fue izando cual una flecha hasta el trapecio donde comenzó a contonearse seguro y sonriente, tal si su cuerpo hubiera perdido peso, y por una excepción que la confirmara, hubiese sido excluido de la ley de la gravedad. Ella lo imitaba con menos brío aunque con más gracia; la orquesta les seguía, marcando un aire lento, interrumpido por retumbos de tambor; la muchacha aunque también ágil y valiente se sostenía en él, y cuando se lanzaban de uno hacia otro trapecio, la parte difícil de aquel endemoniado trabajo era la del hombre; finalmente el anunciador vociferó que los artistas iban a efectuar “El paso de la muerte” a veinte metros de altura y actuando sin red protectora. La pareja se hallaba instalada en la bases laterales, mientras los trapecios oscilaban rítmicos y brillantes: entonces se escuchó un grito que tenía algo de salvaje y los artistas se lanzaron uno frente al otro, y cambiaron en la fracción de unos segundos de trapecio, concluyendo el acto entre el aplauso del público asustado, los efectos del reflector y el chirriar de los instrumentos musicales a todo volumen.

El maestro de ceremonias dio las gracias y la gente se fue alejando sin prisas, con claras intenciones de quedarse un rato a seguir disfrutando del espectáculo.

Fue cuando se encontraron. él, enfundado en una bata, estaba allí a la puerta del circo, sonriendo y despidiéndose amablemente de todo el público sin cuidarse de que sólo fueran niños o campesinos.

-Muchas gracias. -Decía a modo de despedida- Esperamos que hayan pasado agradablemente la tarde y se hayan divertido.

-Claro que sí - respondió Agueda muy comedida- es un espectáculo muy sano.

-Lástima que haya asistido tan poca gente... -lamentó Mariví.

-Supongo que no aguantaremos muchos días. -Dijo el joven, y se dibujó en su cara toda la frustración y amargura que le había dejado aquel debut fracasado.

Entonces Mariví por uno de esos impulsos desconocidos que suelen regir nuestros actos, le extendió la mano y con la más comprensiva sonrisa, agregó:

-No se preocupe. Si usted desea, yo les puedo ayudar. Van a ver como Zamora es muy buena plaza. Es cuestión de que a la gente se le motive y verá como viene. Si precisamente diversiones es lo que nos hace falta.

Los ojos del muchacho brillaron de gratitud, y con una mansedumbre conmovedora, como quien confiesa un secreto penoso agregó:

-Nos ha ido muy mal últimamente, acaba de pasar la época de lluvias y a veces ni siquiera sacamos para darles de comer a los animales, yo tenía muchas esperanzas de que ahora que comienza el otoño aquí en Zamora ...

-¡Y no lo vamos a defraudar!- Interrumpió con vehemencia la joven- Me llamó Victoria, vaya usted a mi casa mañana y planearemos algo, era que sí va a resultar. Vivo en Madero 21. Lo espero a las once.

Y con los ojos soñadores, donde hacían eco las estrellas, se perdió con su prima entre el manto oscuro de la noche, mientras que las luces del circo se iban apagando.

-3-

Dieron las diez y media y Mariví que se notaba ansiosa exclamó:

-¡Qué lata Dios mío, nunca pasa nada!
Llamaron a la puerta.

Era el trapequista a quien acompañaba el hombre manco. Semejante aparición dejó estupefacta a Crisóstoma que luego de anunciar a los recién llegados se alejó refunfuñando a la cocina.

-Me llamo Rafael Martínez -Dijo esbozando su mejor sonrisa- Y este es el señor Ballestrini.

-Siéntense ustedes. Me alegra que hayan venido. -Respondió Mariví- ¿No gustan un refresco?

-Molte grazie- Dijo el manco.

-Anoche me quedé pensando que mi amigo el padre Rodríguez nos puede ayudar mucho. Es cuestión de prometerle una pequeña ayuda para su iglesia. Ahora iremos a verlo. Por mi parte yo les ofrezco colocarles con ayuda de mis amigas muchos boletos, y si después acudimos a la Cruz Roja o al Municipio mismo, podrán vender seguramente algunas funciones.

Rafael iba a interrumpirla para expresarle su gratitud, cuando ella le arrebató la palabra, para continuar hablándoles de sus planes.

-El señor Cordero, el receptor de rentas es mi amigo; lo iremos a ver también para que consigan una exención total de impuestos, y con suerte ni la luz les cobran Y ya había pensado que el señor Fernández, el de los almacenes, un español quién era muy amigo de mi padre, les puede hacer los programas. Necesitamos mucha propaganda, hay que llevar carteles y volantes a los pueblos de alrededor, y avisarles a los de las trocas, que tengan corridas listas a las diez de la noche, para que la gente que venga de los ranchos tenga en que regresarse.

-Usted piensa en todo, señorita. -Afirmó Rafael en el colmo del entusiasmo.

-No se crea -respondió modestamente Mariví.

-¿Cómo podremos pagarle tanta molestia?

-Dios dijo que deberíamos ayudarnos los unos a los otros. Harán ustedes muy buen papel viniendo a escuchar misa el próximo domingo, y aunque no sean católicos, si el padre Rodríguez les llegara a preguntar, díganle que sí. Entonces. ¿Nos vamos?

-Cuando usted lo ordene signorina- terció el señor Ballestrini.

El padre Rodríguez alto y delgado, cual un extraño bulto negro rematado por una tez biliosa, les tendió las manos amistoso y sonriente. Sus ojos negros, demasiado penetrantes, traspasaban las almas, y en el confesionario, aquellos ojos vivos detrás de las rejas de madera, exigían la delación de los pecados; su boca tosca, amoratada, se perdía entre unos labios gruesos que circundaba una barba hirsuta y rebelde; las cejas espesas, le daban un tono enérgico y autoritario y las orejas grandes y extendidas, como pozos abiertos que engulleran las culpas se desprendían de una cabeza entrecana. Metido siempre en aquella sacristía olorosa a libro viejo y a vino de consagrar el padre Rodríguez había cosechado para sí aquellos olores que, agregados al de la madera, la cera, el incienso y las flores marchitas, le adicionaban un hedor muy especial.

-Siéntense ustedes -invitó a los recién llegados mirándoles de reojo, con cierto aire desconfiado.

Los recuerdos ingratos de la guerra cristera, estaban aún demasiado frescos en la mente del sacerdote.

-¿Qué te trae por aquí a esta hora hijita?

Mariví explicó el motivo de su visita, sin omitir que los artistas eran buenos cristianos, que iban de pueblo en pueblo para ganarse la vida. El padre Rodríguez escuchando atento acariciaba entretanto algunos pelos de su barba entrecana.

-Segura de su espíritu caritativo, -agregó- me pareció que usted podría ayudarles, recomendando a los fieles que vayan a las funciones.

-Siempre y cuando no se trate de ningún espectáculo indecoroso. -refunfuñó el cura.

-No padre, anoche fuimos mi prima y yo y es muy sano Usted sabe que no me hubiera atrevido a comulgar en la mañana, si hubiera visto algo indebido ...

-Ya lo se hija mía, ya lo se -concedió el sacerdote, seguro de la lealtad de aquella alma, que había cultivado desde que era casi una criatura.

-Pero no quieras ganarte el cielo con sólo darle maíz a las palomas. Vamos a ayudar a los señores, como tú me lo solicitas; yo secundo

tus sentimientos cristianos y me parece muy bien que te intereses por la suerte de los demás, de los necesitados. Nosotros tenemos también aquí muchos pobres, y la señorita, y otras jóvenes nos ayudan a sostenerlos...

-Los artistas también cooperaremos -ofreció Rafael- bien sea cediendo una parte de las entradas, o cuando ustedes lo deseen acudiremos a actuar gratuitamente en algún hospital o asilo de niños huérfanos o ancianos.

El padre Rodríguez se sintió en confianza para tratar al joven.

-Eso está muy bien. Me gusta como piensas, y te prometo que las Damas de la Asociación del Santísimo te van a ayudar, son señoritas muy activas ...

-El señor Ballestrini es nuestro empresario. -Aclaró Rafael- pero nos debe tantos meses de sueldo, que el único medio de pagarnos ha sido haciendo una sociedad, claro, es de palabra, no hay nada escrito, el vino de Europa cuando empezó la guerra.

-En Italia muchas veces me dio la bendición el Santísimo Padre.- declaró el peninsular.

-Pues ojalá de aquí saquen para recuperarse -agregó el padre Rodríguez-

.Ballestrini y Rafael besaron la mano del presbítero y abandonaron el despacho parroquial; Mariví se despidió encantada del éxito y se reunió nuevamente con sus protegidos.

Por la tarde casi todas las esclavas del Santísimo habían recogido sus talonarios de boletos que iban ofreciendo casa por casa. Eran señoritas de pelo recogido, siempre vestidas de colores oscuros, algunas con los senos muy pequeños y caderas que apenas se insinuaban entre los tableados de las faldas. Salían de los salones parroquiales tomadas de la mano y riendo con mirada púdica.

En un abrir y cerrar de ojos, el jefe de rentas había concedido la exención de impuestos y Mariví había colocado algunas matines en las escuelas que los niños pagarían a media tarifa; tres días después no había aparador o vitrina donde no se anunciara el circo italiano, ni

calle donde en grandes carteles amarillos no se proclamara el “*espeluznante paso de la muerte*” con grandes caracteres.

Dos semanas más tarde, Mariví puso sobre el mugriento mostrador que hacia las veces de taquilla, un bolso de plástico colmado de billetes mugrientos, doblados algunos y de todas las denominaciones y una buena cantidad de monedas que hacían verdaderamente pesada la bolsa.

-Cuenta usted -pidió al trapealista- ¡Todo debe de estar completo!

-¡Por Dios señorita! .

-El dinero se hizo para contarse. Allí dentro están sus talonarios y debe revisar la cuenta. Necesito que me de usted más programas y siquiera unos tres mil boletos.

-¡Tres mil boletos! -Repitió Ballestrini, haciéndose el aparecido.

-Les dije que Zamora era una buena plaza y se los vamos a cumplir.

Entonces Rafael, violentamente emocionado, con los ojos brillantes de lágrimas, le tomó con unción respetuosa la punta de los dedos, e inclinándose dejó un beso en la mano de Mariví, pero ella, apenas sintió el contacto de sus labios la apartó bruscamente.

-¿Qué está usted haciendo?-

-No sabría como agradecerle - balbució Rafael confuso y apenado - No era mi intención faltarle.

-No lo he tomado así- Pero no es necesario. -Y luego sonriendo añadió- Dios quiere que todos nos veamos como hermanos.

-Llévele al padre Rodríguez -Insistió Rafael, tomando sin contarlos un puñado de billetes- ¡Es un santo!

-Después se los dará. -respondió Mariví- El todo lo reparte; pero ya habrá oportunidad de que ustedes correspondan a su ayuda. En todas las misas recomienda a la gente que venga a verlos. El domingo vamos a estar a reventar. ¡Ya verán!

-Rafael ...- terció una voz gutural con acento extranjero.

El muchacho se volvió y sin mirar a su pareja, quién con una bata acolchada y el cabello despeinado le hablaba, presentó a la recién llegada balbuceando:

-Es ... mi compañera de trabajo, Zofia Srinová, una muchacha checa. Nosotros le decimos Zocha....

-¿Cómo está usted? -Saludó la extranjera, alargando la mano.

-Ella es la persona -aclaró Rafael- bueno, nuestra hada madrina.

-¡Oh! ¡Qué generosos ser ustedes mexicanos! -Dijo la extranjera y agregó sonriendo- Muchas gracias por todo. Todos queremos decir gracias.

-Ella llegó en un avión de guerra de su país. Los alemanes habían exterminado su aldea, y tuvo que abandonar a sus papás en la huida. La trajo un soldado a los Estados Unidos, pero allá, usted sabe, el problema de los papeles...total, se pasó a México y aquí nadie la molesta pero ...

-He dejado padres en Checoslovaquia. Son muy pobres y les han quitado cuanto tenían. Si viven todavía, yo quiere mandarles unos dólares.

Mariví la miraba de hito e hito, tal si quisiera adivinar en aquellas palabras incoherentes la verdadera historia, y sobre todo indagar eso que había dicho Rafael, una compañera de trabajo.

-Confíe usted en Dios que logren salir bien librados de la guerra contestó Mariví- El lo puede todo, y ojalá pueda enviarles su ayuda.

Luego, como si el dardo de los celos la hubiese herido de pronto, dio la espalda y a modo de despedida le dijo a Rafael. -Lo espero en mi casa con los boletos.

Y giró altiva, orgullosa, como si el sólo hecho de tener una madre, una posición y sobre todo el ser una mujer decente, la situara muy por encima de una aventurera, una extraña que sabía Dios con cuantos hombres se habría acostado ya, antes de ser eso que parentaba, ¡Una artista de circo!

-4-

¡No! -Protestó Doña Socorro- ¡Sólo a ti se te puede ocurrir semejante cosa! ¡Si viviera tu padre!

-Estoy segura de que consentiría para no hacerme quedar mal, áxime cuando ya he dado mi palabra.

-Pero niña ...- Se Atrevió a murmurar Crisóstoma.

-Entonces. ¿Quiere decir que yo estoy pintada en esta casa?

-No mamá. ¡Por Dios! De ninguna manera. Les he dicho que eres tú quién los invita.

-¿Qué yo los invito? ¿Y para que habría de quererlos en mi casa?

-Mamá. Ustedes me enseñaron siempre que la hospitalidad...

-Sí, y que nunca se debe negar un techo o un pedazo de pan a nadie ... ¡Pero a esa gente!

-También son hijos de Dios mamá. Gente cómo tú, como yo o cómo cualquiera otra. ¿Qué se ganan la vida divirtiendo a los demás? ¡Bah! Dios quiso que todos fuéramos diferentes, porque si no hubiera sido muy aburrido.

-Tiene razón la niña. -Volvió a terciar Crisóstoma.

-Bueno, pues allá tú. Te metes en compromisos y a ver cómo sales de ellos.

-No, eso no, mamá. Tú eres la dueña de la casa, has sido siempre padre y madre para mí, desde que faltó papá, y si no te sientes contenta, y no estás dispuesta recibirlos cómo se debe, prefiero ir a poner mi cara de palo y decirles que siempre no vengan.

Doña Socorro intentó aún una débil defensa.

-¡Recibir cirqueros en mi casa, gente vulgar y viciosa, sabrá Dios que costumbres tengan, pero eso sí, deben arrastrar una mala reputación!

-Mamá, si no estuviese bien segura de que se van a portar debidamente, y te van a respetar, como tú mereces, ni siquiera se me habría ocurrido decirles nada. Lo hice porque mira no te había contado, pero el último domingo, el señor Rafael cuando terminó su número, le habló al público, dijo que la temporada había resultado un verdadero éxito y que lo debían a mí, a quién daba públicamente las gracias.

-¡Pues claro! Si ya se hartaron de ganar dinero gracias a la tonta que le gusta andar de Marta la piadosa en todas partes .

-Mamá, acuérdate de que papá fue siempre muy caritativo.

-Así es, y en eso sacaste a él, gracias a Dios, bueno ¿Y que más dijo ese aprovechado?

-Pues que era yo el hada madrina del circo, y que ellos iban a actuar gratuitamente en el hospital. ¡Imagínate mamá, ir hasta el hospital cargando todas sus cosas! ¡Lo único que no llevaron fue a Binga la elefanta y a los leones! Pero cumplieron ¿Eh? Y en el asilo ... y en la escuela de huérfanos ... ¡Ah! pues te contaba de lo del domingo, dijo que yo tenía un corazón de oro, y que mi madre, ¡Fíjate bien en las palabras! ¡Qué mi madre debía sentirse muy orgullosa de mí!

-¿Eso dijo? -Preguntó incrédula Doña Socorro.

-Pues sí. Y otras cosas. El habla con palabras muy elegantes igual que esos señores de los libros. Y luego, en presencia de todos los artistas agradeció también al padre Rodríguez, quién estaba en primera fila divirtiéndose de lo lindo, tenía la cara colorada y después me comentó que se había emocionado mucho cuando vio llegar a misa de ocho a la compañía entera, muy formales todos, dice que escucharon el evangelio con mucha atención, incluso hasta esa checoslovaca o lo que sea ; ¡Ah! y cómo te iba diciendo, el señor Ballestrini fue por el ramo de gladiolas que viste y entre él y Rafael lo llevaron hasta el asiento donde yo estaba, me puse muy nerviosa cuando me lo entregaron mientras los artistas me aplaudían, y ya supones que todo el mundo me estaba viendo, allí estaban juntito las Sandoval, negras de envidia pero me sonrieron muy hipócritas.

-Ya me imagino. Ellas quieren ser siempre las primeras en todo.

-Al terminar la función se fueron derecho al carro donde tiene su camerino Rafael para pedirle su autógrafo, y la Marcela que llegó, ahí de ofrecida, diciéndole que si iban a cenar a su casa un día de estos. Entonces Rafael consultándome con los ojos le respondió: Si podemos ir, lo haremos con todo gusto, ya que aquí en Zamora la gente es tan hospitalaria y nos hace el honor de invitarnos, pero nuestra primer visita deberá ser para la señorita Victoria y para su mamá ... No me quiso decir en presencia de todos Mariví, aunque suele tratarme con más confianza cuando estamos solos, pero delante de la Srinová o de Ballestrini siempre me habla de señorita ...

-Bueno, pues como debe ser. Que no sea igualado.
-Entonces, ya te imaginarás, que me vi obligarla a decirle, que pasaran por la casa el jueves, que sólo dan una función y que acaban más temprano, y también que tú estarías encantada de recibirles.
-¡Yo que voy a estar encantada! -Protestó Doña Socorro, levantando los hombros con ademán de niña malcriada- ¡Pero si ya lo hiciste, ni modo!
Mariví se echó a los brazos de su madre apapachándola.
-¡Por eso te quiero tanto mamá, porque nunca me niegas nada de lo que te pido!
Doña Socorro se quejaba de los apretones, pero se dejaba querer, luego, con la voz quebrada por los sollozos a punto de estallar, agregó:
-Es que tienes un corazón de oro, mujer. Si yo te dejara ya habrías regalado hasta el perico ...
-¡Ay, no es para tanto mamá! Dios nos da más de lo que necesitamos, y no vamos a quedarnos pobres por unos tamales más o menos...
-¿Cómo que unos tamales? -Interrogó azorada Doña Socorro ya totalmente repuesta- Pero si ya sabes la amolada que se lleva uno haciéndolos. ¡Y además tu ves que estoy enferma!
-Agueda y yo los haremos mamá. Tú no más nos diriges y ya está.
-Dios me valga que las deje a ustedes solas en la cocina, harían un verdadero desastre. No, eso yo tengo que hacerlo. Si acaso quieren ayudarme pues será sólo a batir la masa, y que Crisóstoma vaya a encargar desde ahora la carne a Don Fulgencio, le dices que no me la vaya a mandar muy dura porque es para unos tamales...
-¡Gracias mamá! -Exclamó palmoteando Mariví- ¡Se van a chupar los dedos!
Y volvió a abrazar a su madre, levantándola entre las exhortaciones de calma de la buena señora, mientras Crisóstoma meneaba resignada la cabeza.

Entre la función en la cárcel, una más a beneficio de las obras de la parroquia, otra para la Cruz Roja, y luego, eso sí, las actuaciones espléndidamente retribuidas en el baile del Club Rotario, sin contar con las presentaciones diarias a las seis y media y nueve de la noche, el tiempo se fue volando, y en un abrir y cerrar de ojos llegó el esperado jueves.

Poco después de las nueve fueron apareciendo algunos de los integrantes del espectáculo: los trapevistas y Ballestrini, el domador, el mago, los malabaristas, cinco comparsas del ballet y los músicos; el payaso y el enano se quedaron rezagados hasta que a muchas instancias de Agueda quién salió a recibirlos se decidieron a entrar.

En la sala versallescamente iluminada, flotaba enclaustrado, cómo un hechizo invisible un perfume de mujer, era de Mariví, quién vestida de tul amarillo con una rosa del mismo color entre el cabello castaño, hacía los honores al padre Rodríguez que acompañado de las socias más prominentes de Las Esclavas del Santísimo, refería campechano y dicharachero algunas simpáticas anécdotas que festejaba ruidosamente su femenil auditorio.

Doña Socorro, de gran chongo sostenido por dos gruesas horquillas, y su hermana Doña Ursula se habían sentado en el sofá grande hasta donde Crisóstoma les acercaba vasos de limonada.

Dos niñas ataviadas con faldas gran vuelo, hijas menores de doña Ursula y primas también de Mariví, emulaban a esta en lo elegante de su peinado con caireles rematados por grandes moños.

Rafael Martínez se adelantó dejando a la Srinová al lado de su socio, para ofrecer sus cumplidos a Mariví, y entregarle una caja de chocolates con una tarjeta que habían firmado todos los actores. Mariví agradeció el regalo con gentileza, y llevó a su protegido frente a su madre.

-Esta es mi mamá, señor Martínez -Dijo modo de presentación y apenas habían terminado los saludos de rigor. Rafael, cómo

empujado por un resorte se apersonó frente al sofá donde con una caravana palaciega, más digna de un mosquetero de Artagnan, que de un cómico de la legua, se adueñó de la mano pecosa y regordeta de Doña Socorro; aquel ademán perruno, pregonero de una sumisión cortesana, desconcertó tanto a la pobre mujer que apenas pudo reaccionar.

-Señora, mis respetos y los de todos nosotros para usted.

-Están en su casa ... -tartamudeó confusa la doña, cómo si no acabara de creer en aquel homenaje inesperado- ¡Qué bueno que vinieron! Les voy a presentar a mi hermana Ursula, su esposo no pudo venir porque anda ahora en Durango.

-Señora ... -agregó Martínez ceremonioso- soy su humilde servidor. Me parece que ya había tenido el gusto de conocerla ... pero, ahora caigo en la cuenta, de que es usted el vivo retrato de su hijita, la señorita Agueda, quién nos ha favorecido mucho también. Estamos inmensamente agradecidos con todos ustedes.

Doña Ursula le tendió la mano con ademán tierno.

-Eso dice toda la gente, que nos parecemos mucho.

-¡Cómo si se tratara de hermanas en lugar de madre e hija! -afirmó el amable joven, y añadió con zalamería, el mejor elogio que puede hacerse en favor de una mujer madura- Está usted admirablemente bien conservada.

-¡Ay! No lo crea usted -admitió con modestia Ursula- es favor que me hacen, lo que pasa es que soy tragaños, aunque últimamente he estado también enferma.

-Sí, me ha informado la señorita de su mala salud, y esperamos que muy pronto se mejore.

Y al decir esto se volvió inmediatamente, hacia el padre Rodríguez. Quién sintiéndose postergado echaba una inquisitiva mirada sobre los recién llegados.

-¡Señor Cura! -Se disculpó Rafael, deteniéndose a elegir las palabras con que impresionar agradablemente a sus oyentes- ¿Cómo está usted? - Y buscó presuroso su mano para besarla. -Perdone que no le haya saludado.

-No hay cuidado hijo, primero las señoras. ¿Cómo fue la función de hoy?- Preguntó jovialmente.

-¡Muy bien padre! Desde que contamos con su paternal bendición van a vernos siempre. Yo quisiera que ustedes conocieran a mis compañeros.

Ballestrini se adelantó para saludar a todos con su única mano, llevaba un traje gris oscuro bastante arrugado y una corbata de cuadros rojos.

-Señora, es el señor Ballestrini.

-¡Ah, si señor! Siéntese usted por favor. ¿Pero que le pasó Dios mío?

-preguntó Doña Socorro viéndole el brazo amputado.

-Un accidente de trabajo en mi país. -Respondió el onterpelado.- Yo labore como hace el compañero ahora -y señaló al domador- un día, una de estas fieras estaba de mal humor y me atacó, yo pensé, voy a perder la mano solamente, dolía mucho y sangraba, cuando médico hospital ve, él dice usted tiene cuatro fracturas, él puso anestesia pero yo gritaba, cuando despierto ¡Mama mía! He perdido mi brazo.

-¡Qué barbaridad! – susurró conmovida doña Ursula.

-Yo renuncié trabajo, era muy difícil labore con un solo brazo.

-¿Y el león que lo atacó? ¿Fue un león verdad? -Preguntó interesada doña Socorro.

-Pues era un gato muy dócil y me conoce bien, pero aquella vez, estaba de mal humor. ¿Qué quiere usted?

Paseó la mirada para convencerse el efecto que habían causado sus palabras.

-¿Y usted no tiene miedo ahora? -Preguntó Agueda a Jim de la Selva.

El hombrecillo esbozó una sonrisa que dejó ver unos dientes amarillentos.

-No. ¿Por qué? ¡Uno se acostumbra a todo! En otras empresas yo he llegado a trabajar con tigres, panteras y leones juntos, eso sí necesita un poco de más cuidado y uno debe encomendarse a Dios antes de salir a la pista. -Concluyó, mirando al padre Rodríguez.

-A Dios hay que buscarlo de todos modos- enfatizó categórico el sacerdote.

Los hermanos Santoyo, el mago y las jovencitas fueron desfilando frente al sitio de la dueña de la casa, y ella, quién estaba decidida a no abrir mucho la desdentada caverna roja de su boca, se tornó al poco rato en parlanchina, y su risa cascada llenó la sala de una alegría franca.

Rafael Martínez, mientras tanto, bromista y buen conversador, pero al mismo tiempo amable y bien educado, se había propuesto adueñarse aquellos corazones sencillos, distrayendo con su cháchara a Doña Ursula y a la buena de la señora Socorro que le respondía siempre pestañeando.

Sólo el enano, feo y repulsivo, permanecía aislado, con la barba y el pelo rojizo, cayéndole algunas guedejas sobre las orejas, ostentaba un rictus burlesco que subrayaban los ojos demasiado pequeños rodeados de pestañas legañosas. Sin el maquillaje, las cejas demasiado espesas le daban un aire siniestro, y si pintado llamativamente era un bodoque inofensivo que invitaba más o menos a la risa, sin las grotescas plastas de colores sobre su cara, era un viejo deforme, condenado a una pantomima cruel, víctima de la vida y de su físico, que envolvía en una mirada de reproche a toda la humanidad, y que cuando escuchaba hablar de mujeres reía con cierto desprecio; no obstante cuando Crisóstoma pasó por dos veces la charola con copas de cognac, el infeliz esperpento no despreció la ocasión y algo ebrio, se volvió risueño y hasta se le encontró simpático.

La Srinová se había acomodado junto a doña Socorro, quién la asaltaba a preguntas, que ella respondía en su mal español, siempre con una sonrisa cortés y comedida.

Mariví no despegaba los ojos de su madre, cuyas confianzas con la rubia la inquietaban sobremanera. Los malabaristas solicitaron permiso para una actuación familiar en homenaje a la señora, el cual les fue concedido de inmediato, y sin tardanza iniciaron un simpático juego en el que se cambiaban mediante rápidos impulsos unos

chistosos sombreros, de cuya existencia, cuando llegaron, nadie se había percatado. Las integrantes del ballet que se sentaron juntas, hablaban secreteándose y porrumpían de vez en cuando en risas demasiado escandalosas, una de ellas fue a preguntarle a Mariví por el cuarto de baño, tratándola muy confianzada de tu.

A las once y media Crisóstoma avisó a la señora que la mesa estaba servida y la anfitriona rogó a los comensales que fueran pasando al comedor, pues ya era demasiado tarde y seguramente tendrían hambre.

La larga mesa había sido engalanada con almidonados manteles bordados, donde sobre bandejas de porcelana jaspeada con ramos de flores, rebozaban los tamales vaporosos, alternados con jarras de atole de leche, chocolate, café y exquisitos bizcochos de manteca y huevo.

El padre Rodríguez festejó a la estupenda repostera, autora de todas aquellas maravillas culinarias y empezó despachando un plato rebosante de tamales, que pronto se transformó en un manojo de hojas de maíz.

Mariví y Agueda ayudaban a Crisóstoma a servir, y aunque al principio les molestó el perfume barato de las bailarinas, luego que fueron habituándose al olor, les preguntaron con mucho comedimiento si querían más tamales.

Los artistas, campechanos y alegres, consumieron en un dos por tres el enorme bote, y Rafael Martínez quien no cesaba de alabar a doña Socorro, le rogó que le diera una bolsa con algunos bizcochos sobrantes para los mozos que no habían podido asistir a la reunión; las niñas, que ya sentían los estragos de la desvelada, se reincorporaron alegres y festejaban con las Esclavas del Santísimo las gracejadas del payaso, envaneciéndose anticipadamente de que al siguiente día irían a presumir con sus condiscípulas que habían visto de cerca y convivido con las estrellas del circo.

Se sirvió al final el postre de guayabate y mientras todos hablaban al mismo tiempo de cosas distintas, doña Socorro fue a sacar del viejo aparador una botella de un líquido pegajoso de color

bermellón y al que pronto hicieron los honores lo que obligó a la buena mujer a ir en busca de otra botella.

-Tómelo con su café, joven. -Le sugería a Rafael Martínez, que no disimulaba el contento.

Entonces Mariví reunió todo su coraje, para preguntarle en mitad de la charla, cómo una pregunta casual, si era casado; pero el artista que supo dominar perfectamente su desconcierto, le respondió con su mejor sonrisa que no, y añadió en tono jovial.

-A la buena un día de estos me encuentro con una muchacha que de veras me quiera y me caso.

-Eso estaría muy bien. -Convino el padre Rodríguez.

-Pero usted sabe -añadió el cómico dirigiéndose a Doña Socorro- es difícil cuando uno está metido en esta vida, y tiene que andar viajando constantemente.

-¿Y por qué no se dedica a otra cosa? -Demandó Agueda con impaciencia.

-Es muy difícil cambiar. No se hacer otra cosa y además el oficio me gusta, es algo que forma parte de nosotros, ¿Verdad Zocha?

La rubia hizo un gesto que quería decir quién sabe, pero luego añadió:

-Mis padres en Checoslovaquia trabajar en circo, después madre no quiere seguir, luego viene guerra y los hombres pelear y olvidaron oficio....

Mariví escuchaba la conversación radiante, tal si el hecho de descubrir que no existía en la pareja, ninguna otra relación que el trabajo, la hubiese encandilado.

-Si una muchacha se llega a enamorar verdaderamente de usted -Dijo dirigiéndose a Rafael- No creo que el sólo hecho de tener que movilizarse le importe mucho.

-Es usted muy comprensiva -contestó Rafael Martínez- ojalá y todas las jóvenes pensarán igual; uno quiere siempre los aplausos, la alegría del público que suele ser muy contagiosa ... y desde allá arriba todo se contempla diferente.

-Yo pensé que alguna vez sentiría miedo, sobre todo al fin del acto, cuando hacen el paso ese ...

-Al principio sí, pero ahora, después de ensayarlo y volverlo a hacerlo tantas veces, creo que se acaba por dominarlo automáticamente, y aún lo ejecutaríamos con los ojos vendados.

-Yo me he opuesto a esa idea. -Terció Ballestrini.

-Pero no cabe duda de que hay que ser muy valiente para arriesgarse tanto .- concedió el padre Rodríguez.

-Cuestión de práctica y eso es todo -concluyó modestamente Rafael.

La conversación fue languideciendo y cuando dieron las dos, el padre y sus acompañantes se levantaron de sus asientos para despedirse; otro tanto hicieron los artistas, y todos volvieron a repetir los cumplidos y elogios a Mariví y a la anfitriona.

Doña Ursula salió a despedirles hasta la puerta, y Doña Socorro, quién había dejado su mano entre las de Martínez, le aseguraba que su hija ya le había dicho que él era un perfecto caballero, y tras repetirle que aquella era su casa le autorizó para que volviera cuando deseara.

Zofia permanecía seria, con semblante inexpresivo, sin atreverse a tomar el brazo de Ballestrini, esperando seguramente que Martínez terminara de despedirse, pero éste entretenido en la charla, apenas le dirigía la palabra y ella se fue escurriendo sola

Al fin Mariví y su protegido se quedaron solos en la escalera de piedra.

-Gracias por todo, Mariví. He pasado unos momentos verdaderamente inolvidables.

-Gracias a ti y a todos que vinieron. -respondió ella conmovida.

Se dieron las manos y antes de perderse entre las sombras, él se volvió para susurrarle al oído:

-Entra luego, por favor, te podría resfriar el aire de la noche. Ya estamos en octubre, en el umbral del otoño.

Y la empujó suavemente tocándole uno de los brazos desnudos.

EPILOGO

Entre el obscuro y pesado silencio de las seis de la tarde, roto de improviso por la campana mayor llamando gravemente al rosario, Mariví lee como siempre; en su semblante risueño y animado se dibuja una sonrisa que corean los ojos y los labios. De vez en cuando deja el libro y se asoma a la ventana, mirándolo con la imaginación, sonriente y varonil, venir por la acera de la calle, mientras ella cuenta mentalmente los pasos que le faltan para llegar hasta la reja.

Agueda irrumpió igual que siempre, parlanchina y alegre, pero vestida con su traje sastre demasiado serio.

-¿Qué tal te fue de desvelada, prima? -Y sin esperar respuesta añadió- Te juro que no podía dormir, creo que lo conseguí casi hasta las seis de la mañana.

-¡Yo sí! -Afirmó Mariví. ¡Caí como una tablita! -Y entrecerró los ojos recordando su sueño dulce y reparador colmado de esperanzas.

-A ti no se te notan mucho las desveladas. -Observó con agudeza Agueda.

-Me he ido habituando a dormir poco, cómo tengo siempre tantas cosas que leer.

-Pues deberías dormir más. Dicen que la piel se descompone mucho por la falta de sueño.

-¡Oh! No quiero que se vaya a poner la cara cómo a esa, la Srinová, tú ...muy rubia y todo pero que feo tiene el cutis.

-Es que con tanta pintura debe maltratársele mucho.

-¡No te creas, son también los años!

-¿Cuales años? -Interrogó Agueda- ¡Es una muchacha muy joven todavía! Debe tener a lo sumo diecinueve o veinte años.

-En cada pata querida.

-Por Dios Mariví, si se ve mucho más joven que tú.

Mariví palideció, sabía que los mortales no vivimos mucho, a lo sumo 60 o 70 años. ¡Pero qué lentos transcurrían!

-¿Qué estupideces estás diciendo? ¿Qué esa golfa es más joven que yo? ¿Y quién te lo ha metido en la cabeza? ¿A poco te dijo que acaba de nacer?

-No, ni siquiera hablamos de eso. -Aclaró Agueda visiblemente confusa por el repentino enojo de su prima.

-Pues si quieres hacemos una apuesta y vamos a preguntárselo, si ella no dijera la verdad, Rafael nos sacaría de dudas.

-¿Y a donde vas a preguntárselo? ...¡Si ya se fueron! En la madrugada levantaron las carpas, y ahora en la mañana que pasé por allí, ya no había ni rastro de ellos.

Mariví se quedó de una pieza, cómo paralizada por el asombro; luego preguntó maquinalmente.

-¿Estás segura?

-¡Pues cómo no había de estarlo! ¡Sólo tú no te habías dado cuenta!

Hay una hora en que el reloj se detiene en nuestra vida, una hora que se marca en nuestra carne, retando al tiempo mismo y al olvido; y resume toda nuestra infelicidad o nuestra dicha, sellando nuestro destino.

Con el rostro compungido y los puños crispados, Mariví alcanzó a exclamar con una rabia incontinida que sorprendió a su prima:

-Ingrato!

Agueda no encontró valor para responderle, vio cómo la tristeza le había afilado en unos segundos los rasgos, los ojos se le habían hundido en unas ojeras azules, los labios se le habían marchitado, la frente se le había arrugado....

¡Y aún así, le sentaba tanto la tristeza! Había perdido de pronto y para siempre el goce de vivir, y Agueda se extrañaba de aquella transición tan rápida.

Mariví sintió que unas gotas de humedad caían sobre su cara, cálidas como brasas, le descendían por las mejillas y se acumulaban sobre su labio superior, saladas, tal si provinieran del lejano mar de las desesperanzas.

Agueda se adelantó y le alargó una mano que paseó tímida sobre sus hombros.

La segunda llamada al rosario rasgó el silencio.

-Ahora nos vamos. -dijo Mariví con una voz transida por los sollozos.

Y se fue a meter a su recámara.

Agueda sin saber que hacer, tomó maquinalmente el libro que leía su prima. Era un tomo de versos de Ramón López Velarde, en medio había un programa, que con grandes caracteres anunciaba:

**CIRCO ITALIANO
GRANDIOSA TEMPORADA
DE OTOÑO 1949**

Mariví regresó. Se había puesto un vestido negro, largo y sin escote, y traía los hombros arropados con un chal igualmente obscuro. Era su luto, el inexorable luto por la parte de su persona que acababa de morir, la que le quedaba, no servía para gran cosa, en aquella se había ido: la mujer, los sueños, el mañana ... era cómo si le hubiesen extirpado los senos, el vientre y sólo quedara un poco de carne floja, insexual, inapetente, carne sin placer y sin odio, sin deseos ni futuro.

Agueda apartó los ojos anegados ya de lágrimas, y sin saber donde ponerlos, se le fueron resbalando al libro; las letras bailaron antes de decirle:

*“Amiga que te vas,
quizá no te vea más,
porque ha de llegar un ventarrón
color de tinta, abriendo tu balcón
Déjalo que trastorne tus papeles,
tus novenas, tus ropas y que apague
la santidad de tus lámparas fieles.
¡Si soltera agonizas,
irán a visitarte mis cenizas!”*

• (Ramón López Velarde)

LOS ESTOLIDOS

*Para calmar a veces un poco el soberano,
el invencible anhelo de volverte a escuchar,
me imagino que viajas por un país lejano
de donde es muy difícil, ¡muy difícil, tornar!
Así mi desconsuelo, tan hondo, se divierte;
doy largas a mi espera, distraigo mi hosco esplín,
un día, en cualquier parte, me cogerá la muerte
y me echará en tus brazos, ¡por fin, por fin, por fin!
Amado Nervo.*

-1-

Aquel cuarto de casa de huéspedes, allá por la colonia Roma, podía ser casi un hallazgo para un anticuario: la cama era de latón, alta y con un enjambre de tubos en las cabeceras, el ropero de nogal obscuro, pesado, sólido y rematado con una especie de moño hecho de la misma madera, las dos sillas estaban bien terminadas y ostentaban una tela cuyas rayas guindas, alternadas con otras blancas que, con el uso y el polvo se habían tornado casi grises, una mesa

insignificante colocada al pie de la ventana, cubierta con una vieja carpeta luida hacia las veces de escritorio, a juzgar por la lámpara con pantalla verde que pendía desde el techo, e iluminaba con su haz circular de luz: las plumas abiertas e inservibles, el tintero con la tinta seca y renegrida; y a su costado, acurrucado, tal si hubiese brotado de algún funeral, un teléfono negro, de aquellos de la mexicana, que mostraba en una carátula amarillenta, los huecos circulares de los diez números.

A un lado, y ocupando un ángulo de una puerta cancelada que comunicaba a otra habitación, se acurrucaba un lavabo de peltre, provisto de un pedestal, con su respectiva jofaina salpicada de abolladuras; y junto a la jarra colgando como un pingajo inerte, el resto de una vieja toalla de color indefinido, que parecía esperar pacientemente su turno al lavadero, el cual llegaba de tarde en tarde, cuando la patrona, buscando pleito a las criadas indolentes, entraba en aquella habitación arrinconada al fondo del pasillo del primer piso.

La mujerona solía inspeccionar la recámara a espaldas del huésped, y cuando se había cerciorado previamente que andaba fuera, inducida por la curiosidad que cosquilleaba en ella con excitación malsana, producto de sus largas horas de ocio y el innoble afán de indagar entre el bochornoso misterio de la soledad y de la miseria.

Un baúl de lámina color verde pálido con sus remaches dorados, un agujereado sofá de bejuco, un radio antiguo de bulbos y madera cuyo cuadrante de números muy pequeños se encendía con una luz muy pálida, algunos libros polvorientos unos y desencuadrados otros, un hato de periódicos pasados; y en las paredes tapizadas con un papel que fue dorado, un retrato de familia y otro con la imagen de una muchacha con el cabello largo; asimismo una polka instalada al lado del despertador en un buró, completaban el modesto ajuar del huésped.

Era nuestro hombre, uno de esos seres de edad indefinida, quienes al pasar del medio siglo, se quedan oscilando entre esa

imprecisión, que les hace verse mayores, o lucir simplemente cómo hombres maduros sin parecer exactamente viejos, a juzgar porque tienen aún bastante cabello, algún bigotillo casi negro, y caminan derechos sin esfuerzo ostensible y hasta con ligereza.

Santos Navarro llevaba aún muy dignamente sus años, era cual uno de esos héroes de Dostolevsky a quienes sostenía una secreta fiebre; y comportándose como alguno de los personajes del célebre novelista, mostraba una cierta elegancia de la miseria: delgado, de mediana estatura, se le veía a veces enfundado en unos trajes demasiado estrechos, pero a los que nunca les hacían falta botones, y los remiendos cuidadosamente disimulados se habrían detectado sólo después de una minuciosa observación. Los zapatos agujereados y deformes, lucían siempre brillantes, y sus camisas de cuello duro se complementaban con corbatas oscuras, frecuentemente olorosas a bencina.

El señor Navarro jamás se presentaba en el piso bajo sino después de haberse lavado, peinado y rasurado con esmero, y en ocasiones portaba en la solapa izquierda del saco un clavel, que nadie sabía de donde sacaba. A su atildamiento correspondía su trato: cortés, sobrio y discreto, si bien a pesar de aquella costra de dignidad, se le consideraba cual un pobre despojo humano, cómo un cóndor demasiado herido, que devora en el alto nido sus horas de bruma.

Pagaba su pensión con puntualidad, aunque la señorita Constancia, por una consideración que a nadie más guardaba le cobraba un alquiler muy bajo, el mismo con el que había contratado diez años atrás, cuando Avila Camacho era presidente, tal si la compasiva mujer olfateara los limitados recursos de aquel desventurado. El hombre por su parte correspondía con una conmovedora lealtad, siempre se dirigía a ella de estimada señorita, y no hubo mañana, que antes del desayuno no asomara su nariz al aposento de la Doña para indagar por su salud, sus achaques, y para informarse si había pasado bien la noche. La señorita Costa le respondía con monosílabos, regodeándose en los mimos; y Santitos, como ella le decía, le deseaba los buenos días y bajaba al comedor,

donde Edelmira o Clementina entre risas y secreteos le servían el desayuno, entonces, si se topaba con los otros comensales, el huésped saludaba con tanta modestia, tal si estuviera solicitando disculpas de llegar, de interrumpir, ¡Se diría hasta de existir! Los pensionistas solían responderle entre dientes, de mala gana o con algún condensado ademán y nuestro personaje concluía para sus adentros que se trataba de personas de pésimos modales y deficiente educación.

Y en verdad podía esperarse bien poco de ellos, Lorena era una dama treintona, mezcla de modelo, extra de cine, vicetiple de algún teatracho de revistas; y había quién juraba que era también asidua pupila de una casa de mala nota, de por el rumbo de la Tlaxpana

El señor Arredondo era profesor de escuela primaria a punto de jubilarse; y su familia que jamás se ocupaba de él radicaba en Campeche. El maestro, aunque autodidacta, era considerado cómo un sabio, gustaba filosofar; y después de explicar aquello de la tesis, antítesis y síntesis, desembocaba en alguna de sus conclusiones tan brillantes, que le granjeaban una bien merecida reputación.

Doña Esperanza era una señora de cabellos grises, aficionada a las sesiones espiritistas, cuya doctrina proclamaba y defendía rabiosamente. Las tardes de domingo venía a visitarla un nieto cadete, armado de su espadín y con el pelo al cepillo, quién lanzaba miradas de borrego agonizante a la todavía apetecible Lorena. Ella se reía ruidosamente de aquellas demostraciones de ternura a las que correspondía redoblando el contoneo de sus sólidas caderas.

La señorita Lozano, antigua secretaria del director de un banco, y que vivía según ella de los intereses que le producían sus ahorros, que más bien debieron ser mezquinas economías, era enjuta de carnes, y parlanchina por naturaleza. Hablaba a toda hora y sin mediar el caso de finanzas, negocios de bolsa, corretajes y todas las variantes legales o triquiñuelas del agio y de la usura.

Don Cayetano Armendáriz, era un sufrido agente de seguros, a quién obsesionaban unas fantásticas comisiones que debe haber

cobrado muy de tarde en tarde, sumiéndolo entre los largos intermedios en una auténtica desesperación y en una necesidad tan apremiante que, llegó una vez, agotado el crédito con la patrona, a tener que solicitarle en calidad de préstamo una corta cantidad, a la más accesible del grupo, la mariposilla Lorena, de quién el infortunado vejete, no había tenido empacho en proclamar que era una meretriz, desde una ocasión en que la sorprendió introduciendo subrepticamente a un tipejo en su recámara, para así constar aquello de “que cae más pronto un hablador que un cojo”.

Mas en todos los pensionistas se evidenciaba que les faltaba algo: la familia, la comunicación, el amor, la compañía, esas cosas de las que carecen casi todos los viejos, pero que en aquella comunidad particularmente triste, a pesar de que habitaban una de esas casonas que fueron elegantes, aunque incómodas; se había instalado demasiado pronto, dejando entre las paredes empapeladas, bajo los tapetes gastados y rotos, en los muebles vetustos y opacos, en los candiles faltos de focos y prismas, en los cuadros de colores apagados y marcos polvorientos una placidez agónica, enfermiza, cómo de claustro, de retiro, de asilo, de sitio de expiación o de antesala de la muerte.

Los inquilinos, pese a que vivían bajo el mismo techo muchos años, parecía que estuvieran con un pie en la orilla de un abismo o en el borde de una tumba. Y eso que al deprimente cuadro de la ancianidad se sobreponía el desenfado de Lorena y aún el carácter festivo de la dueña de la casa, quién con aires de hija mayor, servía los domingos, de la sopera despostillada o de los platonos cenicientos y rajados, porciones de comida a la alta cocina, aunque los ingredientes no fueran de primera; pero poniendo tan exquisitas maneras tal si se tratara de una de esas baronesas provincianas que regala a sus visitantes en su vetusto castillo siciliano.

Santos Navarro consumía por las mañanas un plato de avena con leche o un café, con el que mordisqueaba algún panecillo dulce y se despedía de sus compañeros de mesa con su acostumbrada

parquedad. Tomaba su sombrero de la percha y salía silencioso y anónimo, apagando sus pasos en la alfombra recién fregada. Nadie volvía a saber más de su vida hasta las dos y media de la tarde, en que tornaba a parecerse para la comida; terminada esta, subía a dormir una siesta que se prolongaba hasta después de las cinco. Algunas veces se le veía retomar la calle, mientras que otras, se quedaba solo, en su cuarto con el radio encendido, a volumen muy bajo. A las ocho bajaba por la cena, daba vuelta al periódico y volvía a subir, coincidiendo a veces con la hora en que muy perfumada y vestida con un chillón desparpajo, partía a cumplir con sus habituales compromisos Lorena, quién pretextaba dirigirse a algún ensayo o a un cocktail que concluía hasta las primeras horas de la madrugada en que volvía con el maquillaje corrido, despeinada y con los zapatos en una mano para no hacer ruido con el taconeo. La muchacha tornaba fatigada a buscar el refugio de su propio lecho, aburrída de las camas alquiladas, los manoseos soeces o las confianzas de los ebrios. Santos la sentía llegar, pues eran vecinos de cuarto, y sin poder escurrirse de su inseparable sensualidad, una misteriosa inquietud le despertaba entre el silencio mañanero. La oía cerrar la puerta, ir hasta el cuarto de baño, abrir los grifos y luego echarse a la cama, a veces, la imaginaba todavía vestida, y con la imaginación suponía presenciar el espléndido ritual, en que la mujer se desnudaba, entre los casi inaudibles murmullos de cada prenda que se deslizaba de su cuerpo. A poco, ella misma estaba tan dormida, cómo el intruso, quién despertaba puntualmente a las siete de la mañana, en tanto que la desvelada paseante, solía dormir hasta muy entrado el día.

¿Por qué los viejos duermen tan poco? Es cómo si la vida quisiera darles más horas, aunque ya no les sirvan de mucho, ni puedan emplearlas provechosamente, porque suelen ser horas de segunda. Además, pronto irán a dormir para siempre. Raro es el anciano que logra vivir contento, agradecido, empleando su experiencia, recreándose en su serenidad, sofocando la amargura de los desengaños, el acíbar de los recuerdos tristes, las penurias del dolor físico, o en el mejor de los casos, recibiendo un cariño de

compromiso, un afecto interesado o una compañía envuelta en el ropaje del deber. Y todo esto muchas veces antes de que se llegue realmente a viejo, cuando aún se cuenta con la suficiente lucidez para mirar en el fondo de los ojos y de los corazones.

Navarro pasó toda su vida entre el desaliento y la inconformidad, mirando deslizarse los años, desde el melancólico rincón apartado, donde se contempla el doloroso panorama de un amor que no llegó a lograrse, y el inacabable desfile de las ilusiones fantasmales que se han ido marchitando una tras de otra, diluyéndose entre las sombras del escepticismo, agriándose entre una desesperanza tan honda que termina por no esperar nada. Con los años acumuló una resignación turbia, una certidumbre de que acaso la sombra del infortunio habría de presidir toda su vida intrascendente y avara en alegrías, cómo si halo maléfico inseparable y tenaz, dictaminado por la estrellas inconmovibles estuviera designado a seguirle. Su pesar, sordo y seco, ni siquiera alcanzó a diluirse en llanto consolador, sino que se quedó allí incrustado en su carne, cómo un quiste enraizado y malévol. A veces Navarro intentaba recrearse en la ternura ramplona de algún buen recuerdo ¡Pero los tenía tan pocos! Mucho esfuerzo le costaba en verdad, encontrar una reminiscencia verdaderamente grata, que diera un poco de aliento a su alma de infeliz; en ocasiones esa obstinación de creer que en su vida hubo momentos agradables, le inclinaba a desvirtuar los hechos, a concebir afectos imaginarios, desenlaces felices, aventuras que nunca vivió o despuntaron a medias, culpas que debió purgar, o pecadillos que no alcanzaron realmente a consumarse. Otras veces, mucho más rebelde, convenía que ni su tiempo ni su país habían sido los más propicios a su carácter o a su peculiar manera de ver la vida, echaba cuenta de su niñez y el despotismo de una madre neurótica, entibiaba el recuerdo de aquellos años relativamente despreocupados; y desde el polvoriento balcón de sus décadas, miraba contristado y ceñudo la apoteosis final de sus sueños, de sus proyectos, de sus ilusiones, muchas en las que ni siquiera se atrevió a detenerse demasiado.

Aburrido de cines y de libros, refugio barato y seguro, pero que le hablaban siempre de mujeres y de romances, precisamente de lo que había carecido en su vida; sin sonrisas, sin amigos, sin dinero ni alicientes, paseaba su existencia estéril por el caserón. Al principio la necesidad de comunicación lo llevó a buscar la amistad de sus compañeros de cautiverio, pero desistió de su empeño al descubrir que ellos a su vez, tenían muy poco o casi nada que ofrecerle, y que en cambio, eso sí, le hacían sentir sin miramientos que la amistad medio concedida era casi un favor y que su presencia lejos de ser deseada, era apenas tolerada; a partir de tan penoso descubrimiento, se concretó a saludarles con un respeto frío y distante y a responder de manera escueta, sin dejarse seducir por el entusiasmo de hablar, cuando alguno de ellos le solicitaba una opinión o le dirigía la palabra.

Santos recibía de vez en cuando una carta que le mandaba una tía suya quién vivía en un pueblo de Los Altos, Jalisco, en ella siempre había alguna noticia acerca de la suspirada novia provinciana, la única mujer que hubiese consentido en ser su esposa, y que él había dejado perder, tras aceptar un modesto puesto de burócrata que le alejó del solar paterno veintiocho años, y que ahora madre de tres niños, que ya serían seguramente jóvenes, engordaría día a día. El sobrino contestaba regularmente a las cartas que terminaban siempre con una reiterada invitación para que se decidiera a visitar los lares pueblerinos, pero el temor de toparse con la que había amado, cuya figura hoy deteriorada habría de causarle forzosamente una aguda desilusión, le inclinaba a posponer indefinidamente el viaje. Aquellos amores no se realizaron por que él estuvo siempre demasiado inseguro, sin dinero y sin porvenir, mas sin embargo cuando su tía le escribía que ella aún le recordaba y hasta preguntaba discretamente por él, sentía un cosquilleo de satisfacción, una certidumbre momentánea de que al fin era cómo los demás hombres. Su fantasía entonces no tenía límites, y agrandaba los hechos de aquellos amoríos breves que no se sazonaron limitándose a unos apretones de manos, unas cartas empalagosas y

un beso furtivo; porque las cosas no son realmente cómo pasaron, sino cómo las recordamos, o más bien, como quisiéramos que hubieran ocurrido, y Santos, carente en su juventud de apostura física, reconocía que las mujeres con las se topó ni siquiera se tomaron la molestia de indagar si poseía otras cualidades, que por otra parte, sólo suelen tomadas en cuenta por el bello sexo, cuando se ha satisfecho ese interés que se alimenta exclusivamente de los ojos; y le dieron la espalda, regateándole su calor y su compañía, acostumbrándole a miraras cómo algo deleitoso, pero prohibido, accesible a otros, pero negado a él. Así llegó a viejo y descubrió que la auténtica desolación sólo se encuentra en la decadencia solitaria, y que cuando ya nadie quiere oírnos, apenas nos queda el último recurso de escucharnos a nosotros mismos. No envejeció de golpe. Su romanticismo, su credulidad muy en el fondo de que al final de su vida, algo le ayudaría a reconciliarse con ella, lo sostuvo alargándole la salud y una pasable apariencia, pero a la vez, una intuición extraña le hizo comprender que un desengaño muy fuerte sería el mortal y podía llegar a aniquilarlo. Por lo demás, su vida continuó siendo tan gris, tan monótona, que cuando las cartas de la tía dejaron inexplicablemente de llegar, Santos, sin atreverse a indagar el motivo, se dio por satisfecho de ahorrarse una vuelta al correo; entonces, sus únicas salidas nocturnas se limitaron a la visita cada sábado terciado, a un discreto burdel de la colonia Guerrero. ¡Ah! si la vejez pudiera ahogar el grito de nuestros instintos, o apagar absolutamente la llama de nuestras pasiones; pero la naturaleza suele burlarse frecuentemente de nuestros convencionalismos Santos arrastró, mejor que conservó, la virilidad, y de sus recursos miserables, extraía con la sensación de concederse un lujo, casi un derroche; el importe tarifario de unos minutos de placer, de ese placer comprado al que siempre sigue el consabido purgatorio del abatimiento, pero que le hacía vivir unos instantes deslumbradores de regocijo, cómo un interno de hospicio al que introdujeran de pronto a una confitería. Santos entonces podía escoger entre veinte muchachas a la gran huidiza ¡Y conste que siempre había caras nuevas! Y él podía

alcanzar incluso el privilegio de gozarlas a todas, una por una, estimulando con esa variedad su mente poblada de mujeres y despoblada de amor. Saciada su lujuria, consolándose con la idea de que aquellas infelices eran tan mujeres cómo las otras, las que solían darse por amor, volvía a la casa de huéspedes, con la grata visión de un torso femenino desnudo, de un triángulo sexual, o acaso rumiando alguna de las frases melosas de alguna hetaira cínica, quién le aseguraba: -¡Estás, cómo si anduvieras todavía en tus veinte años!- y el pobre se dormía, sin percatarse de que la señorita Costa, dejaba la luz encendida de su recámara hasta que él llegaba.

Navarro vivía de la corta pensión que casi treinta años de burócrata le garantizaban de por vida. Su atildamiento procedía de una época en que había llegado a figurar como secretario particular del oficial mayor, de quién había logrado conseguir cierta predilección, pues el funcionario, remedo de un fauno que andaba a la caza de todas las secretarías apetecibles del ministerio, encontró en su servicial subalterno un aliado para rendir a las eternas aspirantes a colocación, a las que pretendían conseguir ascensos, y aún hasta las más remilgosas, que no desdeñaban algún regalo de esos que ni con el salario de un mes sin descuentos podían adquirir. El jefe que solía ser generoso correspondía con un reloj de buena factura o un vestido fino, a un poco de intimidad; casi siempre prolongación de una cena rociada con buenos vinos, o de una velada en algún teatro.

Santos quién por lo visto no era competencia del personaje, poseía en cambio cierta predisposición para convertirse en amigo y confidente de las muchachas seducidas. Esta triste distinción lo abrumaba, pues navegando entre aquella completa orfandad de amor, le obligó a reconocer que la supuesta amistad, era un sentimiento de tercera clase, en la que frecuentemente las mujeres suelen encasillar a los hombres que no les gustan. Pero no tuvo tiempo ni siquiera de rebelarse. Un día, el ministro cayó de la gracia imperial y con él toda la plana, nuestro hombre fue a parar a su base y apagado y anónimo vio pasar indiferentes y evasivas las caras que antes le sonreían.

Años después llegó el momento temido. El estado premiaba sus esfuerzos, invitándole a disfrutar un obligado descanso. El jubilado hizo cuentas y tronando de inconformidad se fue a refugiar en la casa de huéspedes de doña Constancia, quien le aseguró buena comida, cuarto, ropa limpia, agua caliente y teléfono.

Los primeros meses de ocio fueron difíciles, caminando entre las cuatro paredes de la habitación, gesticulaba, hablaba solo y soñaba en silencio con los ojos fijos en el techo. Aprendió a conocer cada pequeño detalle de las superficies: los hoyuelos, las manchas, las huellas finísimas de la brocha con que habían embadurnado de pintura ocre la puerta cancelada, las vueltas del cable de la luz que iban a rematarse en aquella lámpara manchada con los excrementos de mosca, las grecas de la carpeta, las breves arrugas del papel tapiz y los dibujos de la colcha de su cama. Tuvo la tentación de disipar su aburrimiento en el alcohol pero sus reducidos medios y su pudor le impusieron comportarse con dignidad ante la señorita Costa. Entre esa indolente flojedad, en ese no hacer nada, ni suceder nada, pasaron diez años. Cuando joven, había idealizado, como muchos, una existencia consagrada a un amor maravilloso, y he ahí: era un pobre solitario navegando en la desilusión del sueño, incapaz de rebelarse en serio contra el infortunio que a diario le labraba esa fuerza ciega, que ya los griegos llamaban destino.

Alguna vez hizo planes optimistas: volver en busca de algunos ex-camaradas de trabajo, incluso de quienes le hablaban con indiferencia. Navarro supuso que después de tantos años ellos apreciarían su interés y cuando le vieran aparecer por los corredores que comunicaban con las oficinas, dejarían las máquinas de escribir para venir a saludarlo, acaso alguna compañera, hoy jamona, y con las canas teñidas, el vientre abombado, los senos flácidos, las caderas prominentes y tres o cuatro chiquillos crecidos se comportaría mucho más amable de lo que solía. Las mujeres suelen tratarle a uno -pensaba- de muy diferente manera cuando poseen la belleza y la juventud, que cuando han perdido entre divorcios y desilusiones, esa frescura que las hacía aparecer irreales, cómo si no estuviesen hechas

de la misma carne que el resto de los humanos, y fueran excluidas de la ley de la entropía.

Seguramente algunas de ellas, Celia, tal vez, le preguntaría por el “señor”, con aquel encanto burlón que la hacía tan adorable; y él volvería a sentirse importante, cómo cuando era el hombre de las confianzas del funcionario. Santos ensayó las más adecuadas respuestas, aunque sabía demasiado que su ex-jefe consumía sus últimos años de político olvidado o relegado, en el rincón de una de esas representaciones diplomáticas en un país lejano. Santos se había acercado alguna ocasión al hoy apagado personaje, quién lo trató con su habitual bonachonería y hasta le deslizó un billete al despedirse, mientras el hombre le felicitaba por su honrosa designación en el Ministerio de Relaciones.

Navarro recordaba los días en que aquella Celia, se le sentaba sobre las piernas, mostrando sus medias muy estiradas y metidas en aquel vestido rojo que la hacía verse tan sensual pues se le pegaba materialmente al cuerpo, transparentándole las pantaletas; entonces su jefe, no pensaba que sus servicios iban a ser requeridos tan lejos de los lares patrios. ¿Y ella? ¿Qué sería de su vida? ¿Aún se metería en aquellos vestidos que delataban indiscretos su ropa interior? Santos la deseaba aunque siempre procuró moderar sus impulsos, que no debieron pasar inadvertidos por la joven, pero cuando solía encontrarse con alguna mariposilla del burdel de la Guerrero, que se le pareciera en la forma de vestir, no vacilaba en escogerla. ¡Si supieran las mujeres por las cosas que nos motivan! -meditaba Santos- ¡Acaso lo sabrán y les importa muy poco! Mas Celia era tan rubia y tan bonita, pero inalcanzable para él, quién por ambición o por miedo se había prestado a desempeñar aquel papel indigno. Eso sí, con mucha discreción, el secretario llegó a coordinar citas y hasta llegó a llevar a la casa de la muchacha sobres misteriosos, paquetes, flores, cajas moñudas con chocolates y hasta un perro de raza. Celia le recibía en bata, sin cuidarse mucho de ocultar lo que la tela revelaba, al cabo él no era un hombre cómo los demás -admitía

dolido- era cuando mucho un criado de categoría, o un empleado de cuya lealtad se abusaba sin consideración.

Un día que el recuerdo de Celia se le volvió más nítido, le habló de ella a la señorita Lozano, quién le escuchó bondadosamente.

Santos decidió ir a buscarla a su casa con algún pretexto creíble: -Pasaba cerca y se le ocurrió ir a saludarla. Como quién se prepara a saborear un bocado estupendo, Santos se lavó, se afeitó, y lustró sus zapatos hasta dejarlos convertidos en espejuelos. Luego volvió a recostarse, y con los ojos abiertos prendidos al techo, se dejó atrapar por un antiguo conocido: el duende del desaliento y de la indecisión. En el pequeño jardín revoloteaban los pájaros menos complicados que los humanos y sobre todo mucho más libres.

-2-

Para algunos la vida es cual un viaje a través de un desierto, cuyos espejismos dudosos nos ilusionan, aunque al final nos depriman. La cadena se vuelve interminable, y si las decepciones nos hieren, siempre surgen otras visiones igualmente falsas que nos inducen a volver a creer.

Para otros la vida es risueña, es un ir de un amor a otro, es obtener el azúcar del halago, la atención sumisa de los demás, en un hartazgo de placer ininterrumpido.

Navarro miraba a los afortunados desfilan sonrientes, satisfechos, bien recibidos en todas partes, seguros de su buena apariencia y de su mejor suerte, tratados familiarmente por las mujeres bellas que a él no se hubieran dignado siquiera mirarle. Y acumulaba pesar y rebeldía, que llegaban incluso a sublevarle.

De pronto se recordaba en el colegio: sucio, manchado, feo, roto, con el pelo enmarañado, hambriento a veces, siempre señalado por holgazán e indisciplinado, por inepto o simplemente por tacaño, como solían tildarle las profesoras a quienes nunca pudo obsequiar una flor, una manzana o un cartucho de bombones en la fiesta de

fin de cursos. Y el hombre midió con amargura el desprecio que motivaba el niño. Con el uniforme convertido en una piltrafa maloliente, vetado de mugre y portando aquellos viejos zapatones erizados de clavos, aislado, sin amigos, burlado por los camaradas que únicamente le buscaban para reírse de él y maltratarlo, el infeliz pegaba la boca a las paredes en un gesto tremendamente inconsolable. Y Navarro asistía cómo a una exhibición cinematográfica, frente a una pantalla donde se proyectaba nítida y cruelmente su propia vida. Y tenía miedo de verla tan cerca, como un recuento cruel, no cómo se miran las películas, en imágenes lejanas, sino cómo se sueñan las pesadillas, por partida doble, en que se es participante y espectador.

Sus profesores garrapateaban en la boleta alguna calificación que lo acreditaba, aún sin saber nada, para proseguir el siguiente grado, cómo quién tiene prisa por deshacerse de algo que le estorba. ¡Y se diría más bien que les pesaba! El desdichado sentía mucha pena. Cierta vez sin embargo, una maestra, la del quinto año, le tuvo alguna estimación o acaso sintió un poco de piedad por él. Un día que sorprendió a sus compañeros golpeándolo, intervino para defenderle y prohibió bajo pena de expulsión que le volvieran molestar, luego le tomó por los hombros y hasta le hizo algunas caricias, recomendándole con buenas palabras que se aseara, y hasta le dijo cómo lavara él mismo su ropa. Santos atendió el consejo y empezó a lavarse con escrupulosidad, aunque el jabón de lejía que le prestaba la portera, quién se ayudaba lavando ajeno, le ardía en las mejillas y le dejaba la piel como estirada, pero en cambio le hacía desaparecer milagrosamente la tinta de los dedos. El año concluyó pronto, cómo solían terminar para él las pocas buenas que la vida le había concedido. Santos recordaba la voz de la joven profesora, con la devoción que deben recordarse los milagros. ¡Ay, si los milagros pudieran repetirse! ¡Y su deseo quedó flotando en el éter! ...los milagros eran cosas insólitas que sólo muy pocas ocasiones en la vida ocurren; y no siempre cuando son intensamente deseados por los hombres.

Sin embargo, esta vez ocurrió uno, porque el teléfono repiqueteó alegremente.

-Diga- Respondió extrañado de la insólita llamada.

-¿A donde habló? -Preguntó una simpática voz de mujer.

-Aquí. A la casa de huéspedes..

-¡Ah perdón! Creo que me he equivocado. ¿Sería usted tan amable de decirme su número?

-Es que Verdaderamente no lo sé, o más bien no lo recuerdo.

-Cómo una nunca puede llamarse a sí misma -admitió la voz divertida.

-Espere. Ahora voy a indagarlo.

Y sin dar tiempo a que ella le respondiera, Santos descendió a grandes pasos la escalera en busca del teléfono del vestíbulo que ostentaba en gruesos caracteres el número solicitado. El hombre lo anotó cuidadosamente y se volvió sigiloso hasta su habitación, tomó la bocina y conteniendo el aliento y la emoción proporcionó comedido las cifras a la desconocida.

-¡Es el mismo número que me dieron! -Concedió la voz- ¿Y dice usted que es una casa de huéspedes?

-Tengo casi once años de vivir aquí y nunca ha sido otra cosa.

-Pues me han tomado el pelo. Así lo sospeché. ¡Siempre se cuando me mienten!

-Lo siento mucho. -Declaró el hombre con pesar.

-¿De veras? -Interrogó la voz extrañada.

-Siempre es triste constatar que alguien nos ha engañado. -se lamentó.

-¡Bah! Se trataba sólo de un desconocido -Agregó la voz, intentando restarle importancia a los hechos- Un hombre que conocí hace unos días en una fiesta, alto, guapo, bien trajeado, me dio a suponer que se trataba de una persona importante, estuvimos juntos una buena parte de la noche y al despedirse me anotó su teléfono en una tarjeta, rogándome con mucho comedimiento que le llamara hoy.

-Sólo para burlarse de usted -dijo con pesar sincero nuestro hombre- ¡Nunca ha habido un abonado aquí con esas señas! El señor

Arredondo quién es bajo y moreno es maestro, y en cuanto al señor Armendáriz es un hombre ya entrado en años. ¿Cómo dijo que se llamaba su amigo?

-¡Eso es lo de menos! -respondió la voz con acento despectivo- para mí se llamará siempre un embustero ... cómo son la mayoría de los hombres. ¡Y mire que me cayó bien al principio! A veces una no se fija a quién le promete su amistad y su compañía.

-Hay mucha gente que necesita de estas cosas -reconoció Santos, dolido de que otro desperdiciara lo que tanto le hacía falta a él- en las grandes ciudades, es más difícil conseguir eso que estaba usted dispuesta a entregarle: amistad ... compañía.

-¿Le parece? -Interrogó extrañada la voz- Yo creí que era lo contrario, aquí basta que usted entre a un cine, a una cafetería o vaya a una fiesta. ¡Y ya está conoce gente a montones, y a veces se tiene que usar el ingenio para procurarse un poco de privacidad de intimidad!

-Sin embargo, muchos, aunque vivimos en apariencia rodeados de gente, estamos realmente solos, pues los demás no tienen tiempo para nosotros, porque no les interesamos, o simplemente porque están demasiado ocupados en sus problemas.

-Pero usted tendrá amigos ... -argumentó la voz.

-Un amigo es ante todo un par de oídos para escucharnos y un corazón para comprendernos, para perdonarnos.

-¿Para perdonarnos? ¿Y qué es lo que tienen que perdonar?

-El pecado de haber nacido y de hacer nacer.

-¿De donde ha sacado usted eso?

-Lo leí en un libro.

-¿Qué clase de libro?

-El libro de la vida, señorita. El que no tiene un autor sino muchos.

-¡Es derrotista su libro! Si uno se lo propone con un poco de suerte siempre podrá encontrar ese par de orejas.

-¿Bastará con deseárselo mucho? -Aventuró Santos.

-Todo lo que deseamos realmente mucho, terminamos por alcanzarlo.

-Entonces ...

-¿Entonces?

Navarro reunió todas las fuerzas que le daba su desesperación para insinuarle.

-Si yo quisiera ser su amigo Es decir, si le ofreciera mi amistad.

¿La aceptaría usted?

-¿Por qué no?

-¿Aunque no me conozca?

-Aunque no tenga el gusto. Ya nos iremos conociendo más.

-¿Volverá usted a marcar el número equivocado?

-Si usted lo desea.

-¡Se lo ruego!

-La amistad no se solicita. Es algo que se da simplemente, cómo se da el amor, cómo se entregan todas las cosas buenas: sin condiciones, ni ruegos, ni humillación.

-¿Entonces, será mi amiga? -Insistió en preguntar Santos en el colmo de la incredulidad.

-¿Y si soy fea? -Jugó la voz.

-¡Su voz es dulce, musical! Una voz así debe corresponder a un rostro igualmente bello.

-¿Solamente a un rostro? - Coqueteó la muchacha.

-¡Y a un alma! ¡A un alma sobre todo! -Rectificó Navarro entusiasmado.

-¡Es usted galante! -Admitió halagada la voz, y agregó con determinación— ¡Nos hablaremos!

-¡Nos hablaremos! -Repitió el hombre.

-Entonces adiós. Hasta pronto.

-Hasta pronto.

La dueña de la voz, colgó el auricular y Santos tuvo que hacer lo mismo con inevitable pesar. Sintió que una desusual emoción le invadía, mientras su mente intentaba en vano atrapar alguno de los pensamientos, que cual un desorquestado concierto de aves, bullían con alegre ligereza, por primera vez en su vida. Una idea acabó por prevalecer sobre las demás: empezó a creer realmente en Dios.

Navarro siempre había intentado huir de la soledad:

Por la compañía de otros seres había condescendido con la sucia vulgaridad de algunos camaradas de trabajo, quienes lo habían arrastrado a los billares mal alumbrados, a las cervecerías olorosas a sudor, a las cantinuchas fétidas donde se dilapidaba entre juegos de naipes o dados la mitad de la paga; pero a pesar de sus esfuerzos no había cosechado lo que se dice un verdadero amigo.

Mas he ahí que por singular paradoja, la amistad había llegado a su vida: plena, cálida, magnífica, entre los exquisitos giros de una voz de mujer. Porque la dueña de la voz simpática había cumplido cabalmente su promesa. Casi todas las tardes le llamaba y ambos conversaban diez o quince minutos, primero de asuntos intrascendentes, después, conforme fueron ganando gradualmente confianza, de cosas mucho más personales: de sus anhelos, de sus emociones, de los libros que ambos habían leído. Si bien la muchacha guardaba cautelosamente aquello que concernía a su estado o a sus afectos del momento, Santos jamás quiso violentar con alguna pregunta indiscreta aquella intimidad que ella se reservaba para si, tal vez con la intención de irle dejando penetrar en ella, cuando por su abnegación de amigo o su devoción de amante se lo ganara y lo mereciera.

De pronto contaba con la grata certeza de que alguien con su nombre inscrito, le llamaría por teléfono, se ocuparía de él, le preguntaría por sus proyectos, aunque realmente no los tenía; le haría llegar su sonrisa, que él imaginaba prendida a las redes de una telepatía prodigiosa; le transmitiría su optimismo y su voraz anhelo de vida.

La existencia del solitario cambió por completo; lejos quedaron los días en que se le veía cabizbajo, triste, murmurando entre la estrechez de su cuarto aquel reclamo inacabable, aquel ¿Por

qué a mí? abrasante y torturador que había consumido sus horas negras.

Y el hombre se anticipaba al momento feliz, cómo un oficiante se prepara a celebrar un ritual espléndido. Aclaraba su voz, estudiaba las frases más corteses, los matices idiomáticos más finos, las tonalidades de timbre más agradables; sabía que de una conversación ingeniosa, un interés respetuoso, una amabilidad sin sofisticaciones, dependía la duración de la entrevista, y sobre todo el hecho de que su correspondiente telefónica no se aburriera y espaciera las llamadas.

Por su parte la voz se concretaba a enviarle un saludo breve, sobre todo cuando llamaba desde la calle, llovía, o tenía alguna ocupación urgente. Navarro no intentaba detenerla y deseándole que terminara agradablemente el día, le preguntaba por el color de su vestido, su peinado, o el tono de su maquillaje, y con tan precarios datos se ponía a construir mentalmente la figura de su amiga.

El solterón se dejó envolver en una red de cuyas ligaduras, en lugar de zafarse, intentaba asirse, y presa de un encantamiento, al que justo es decirlo, contribuía el ambiente de misterio del que siempre se rodeó la voz simpática, vivió ya sólo para disfrutar con plenitud el inapreciable don que se le ofrecía. Tal vez, entre aquel desbordamiento pasional que se avecinaba, Santos pidió una tarde a la voz, que nunca dejara de llamarle. Entonces la voz se turbó.

-¡No quisiera que se lo tomara usted de esa manera! -Le había reprochado con seriedad- ¡No me gustaría que se impacientara nadie por mí! Convenga que alguna vez, aún deseándolo, yo no podré llamarle. Cuando era muy joven tenía un novio, que anhelaba estar a todas horas conmigo, el pobre muchacho se había enamorado realmente de mí. Yo pasaba buenos ratos a su lado y hasta llegué a creer que lo amaba; pero también quería mi tranquilidad. Cierta noche le dije: No me gusta que me quieras con tanta desesperación. El no quiso concederle importancia a mi advertencia: y me siguió acosando a todas horas. Tuve que terminarlo. -Concluyó con cierto pesar. Santos aceptó que tenía razón, más alegó que él sólo se

conformaba con unos pocos minutos, que los agradecía, y que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que ella le solicitara por correspondérselos.

La dueña de la voz insistió que la amistad o aún el amor, no son cosas que deban forzosamente agradecerse, y que aún cuando le halagaba en el fondo ser tan importante para su nuevo amigo, no le gustaba estar tan estrechamente sujeta a un compromiso, por pequeño que este pareciera. Navarro no pudo conseguir más y ambos dieron por agotado el tema. No obstante, la voz pareció ser mucho más complaciente en los hechos que en las palabras, y a partir de aquel día, le telefoneó todas las tardes sin interrupción. Aquella buena costumbre cómo ambos la definieron, pareció pesar mucho menos en el ánimo de la que Santos ubicaba como una hermosa muchacha, e intuyó satisfecho que lejos de ser una concesión que se le hacía, se había convertido en una agradable necesidad de ambos. Y haciendo cómo que leía, sin entender realmente nada; o mientras garrapateaba una carta para su tía de Los Altos, se quedaba esperando, con el corazón acelerado, el pulso febril, la respiración entrecortada, el momento más sublime de su vida, cuando el timbre telefónico, como una campana que llamara a la esperanza, sonaba, atrayéndole al banquete de la vida. ¡Cómo una deslumbradora invitación al porvenir!

-4-

Apenas pudo medir su felicidad. Aquellas semanas transcurrían entre una especie de euforia, tal si los hados hubieran querido hartarle de todo cuanto le habían negado. Por medio de aquel teléfono su espíritu recibía una especie de gracia, de rocío, tal si un rocío bienhechor se extendiera a la manera de un cura prodigiosa, que aunque tardía, despuntaba en su vida resplandeciente y magnífica. Y entre el sopor deliciosamente extenuante de la diaria espera Santos ensayaba el goce de crearle una figura a aquella voz.

¡Ah, embriaguez de la ilusión postrera, más peligrosa en la edad madura que en la temprana juventud!

Santos ocultó con asombroso disimulo su entusiasmo que aparentemente pasó inadvertido para el resto de los huéspedes, egoístas e indiferentes; sólo la señorita Costa, lanzaba al verle algún suspiro, que Santos quiso atribuir al recrudescimiento de los achaques de sus años.

No obstante, el hombre lucía mucho más seguro. Un día llegó con un traje nuevo, de buena tela y mejor corte; se le veía comer mejor, y hasta una mañana bromeó con alguna de las criadas. La dio por usar una olorosa loción después de afeitarse, y el rechinar de sus pasos al subir la escalera anunció inequívocamente unos lustrados zapatos nuevos. A su habitual gentileza que se volvió más expresiva, se sucedían algunos momentos en el que perdiendo su anterior parquedad, gustaba de trabar conversación, y si ésta no llegaba, se quedaba a meditar con el semblante risueño en el pequeño jardín, como si volara en alas de un enternecimiento o cómo quién se recuesta provisto de un flotador, sobre las olas frescas y reconfortantes en la alberca de un hotel lujoso.

Una mañana el maestro y Santos trabaron conversación durante la sobremesa:

-Imagínese usted, si no es para contrariarse, mi hermano que es apenas dos o tres años menor que yo, va a casarse con una chiquilla de veinte. -Y el mentor porrumpió en una carcajada a modo de comprobación.

Santos, a quién por el contrario pareció complacer el asunto guardó un prudente silencio.

-Él es viudo ¿Sabe usted? Y con hijos mayores que tienen la edad de la pretendida. Y el amor a cierta edad, amigo mío, suele cambiarse de sublime a ridículo. Las canas, la grasa, las enfermedades y obviamente la imposibilidad de llenar los requerimientos de una mujer joven, fogosa, son sus más encarnizados enemigos. Hay veces que hasta la reminiscencia de una pasión, se vuelve francamente grotesca. A los ancianos, no nos queda más que ser ratas de iglesia o

de biblioteca, o si se tienen nietos, convertirse en su ayo. Hay que transigir, que aunque todavía se conserven aparentemente las facultades físicas, y el alma aún posea la capacidad para continuar amando, se debe renunciar. Claro, a veces, queda el recurso de hallar a una muchacha descarriada, que ha tenido alguna aventura y que acepta casi siempre por interés de una futura seguridad, relacionarse con un viejo, aunque eluda exhibirse con él. Una mujer así terminará siempre: insatisfecha y frustrada, por engañar a su compañero, por quejarse de su decrepitud o censurar sus costumbres; y aún en el mejor de los casos, por resignarse a consecuentarlo, aunque ello sea más bien por piedad que por amor. Y hasta la carne tarifada de los burdeles es más cara y más medida para los ancianos.

Santos contuvo la respiración, cómo si temiera que ésta lo fuera a delatar, y masculló alguna frase cortés que el otro apenas escuchó.

-Vivir con pasión. Morir con serenidad, he ahí la síntesis.

-Eso es. -Respondió Navarro.

El mentor le ofreció un cigarro.

-Claro que estas cosas no se alcanzan a dilucidar entre el embrutecimiento de una pasión. Mi hermano dice que lo ha pensando muy bien. Allá él - y alzó los hombros cómo queriendo aclarar, que, una vez desoído su consejo, no le importaban las consecuencias si él enamorado perseveraba en aquella necedad.

Santos intentó sin éxito, cambiar el tema de la conversación, pero el otro regresaba con necedad al asunto.

-A los viejos la vida ya no nos deja nada. Ni siquiera la esperanza. Después también nos arrebatará los recuerdos, que se van borrando de la memoria cansada; entonces, si aún se tiene la dudosa fortuna de vivir, sólo queda la única nostalgia: la de la muerte, la del descanso y del fin ...

-Y antes de que llegue eso -Se atrevió a preguntar Navarro - ¿No se puede ser un poco feliz, sobre todo cuando no se han tenido muchas oportunidades?

-Mi hermano tuvo de todo. Amoríos no faltaron en su vida y mire usted que no tenía derecho de portarse así, mi cuñada fue una buena esposa.

-Pero ella ha muerto y él se ha quedado solo.

-¿Y qué? ¿Acaso usted y yo no estamos en el mismo caso? Yo le he pedido que al menos envejezca con cordura, con dignidad.

Y levantándose de la mesa dio por concluída la entrevista.

Santos se rebeló aunque prefirió callar. Faltaban aún muchas horas para el momento esperado. Dobló el periódico y optó por irse a buscar el amparo de un árbol en la relativa soledad de un parque público. Pronto estuvo bajo una sombra acogedora; entonces en su pensamiento, las letras formaron otras palabras: ¡Ven a llenar mis brazos, mis labios, mi vida, ven a darme tu calor, a acompañar mis horas, a compartir mi lecho! Santos tembló, mientras un sudor cálido recorría su rostro. Con emoción infinita, con placer, con dolor, con esperanza, reconoció que estaba enamorado; quiso reírse de su descubrimiento, tildarlo de absurdo, de insensato pero las frases se le quedaron atragantadas. Recordó las palabras del entrometido pensionista, e intuyó que a pesar de su discreción no había podido conservar su secreto, aquellas llamadas telefónicas podían haber sido detectadas por alguno de aquellos entrometidos desocupados, aunque a la hora en que ella acostumbraba llamarle, la casa estaba aparentemente vacía, la patrona durmiendo su siesta y las criadas fregando la vajilla y recogiendo los sobrantes de la comida. Santos chasqueó despectivamente la lengua -¡Qué les importa!!- pensó. ¡Cada uno es libre de gobernar la vida a su manera! Ese maestro podrá meterse con su familia, que poco caso le hace, pero conmigo no tiene ningún derecho, y el día que me diga algo directamente pues lo pondré de inmediato en su lugar. Se solazaba en la idea de poder rebelarse. Estaba enamorado, sí, y aquel amor era su triunfo. Navarro se sonrió con un gesto de niño travieso y murmuró en voz baja: ¡Y si supiera, que es sólo de una voz, más de una voz tan sutil, tan tierna, tan dulce, cómo el gorjeo de un pájaro inencontrable!

Santos vivía su romance intensamente. Pero en el cielo más despejado, siempre hay una nubecilla que, cómo barrunto de tormenta, nos hace recordar la adversidad. ¡Pero estaba tan lejos!

Todo empezó porque la desconocida de la voz simpática se obstinaba en callar su nombre y en revelar donde vivía. ¿No le bastaban a su amigo: su afecto, su amistad, su condescendencia para escucharlo día con día, su puntualidad en aquellas citas, haciendo un lado sus ocupaciones para acudir presurosa al cumplimiento de su promesa? Porque el aporreado galán le había hecho prometer que ella estaría siempre cerca de él. Transcurridos algunos días, volvía a insistir, entonces despuntando una chispa de ironía, la joven comentaba evasiva:

-Un día nos encontraremos.

-Se diría que tenemos miedo de conocernos. -Convenía Santos.

-¿Miedo? ¿Tú mismo has declarado que no te importaría que fuera fea!

-¡Yo te habré de encontrar bella de todas maneras! Te he confesado cuanta falta me haces, y no has vacilado en entregarme el tesoro de tu afecto que tanto bien me ha hecho. ¡Haz mi felicidad completa, colma mi dicha, dime si podré conseguir también la dádiva maravillosa de tu confianza!

-Ya la tienes. Si no me inspiraras confianza. ¿Habría así por así con un desconocido? ¡Dejémoslo al tiempo! Debemos esperar a que en ambos nazca, ese anhelo recíproco de acercarnos más, de necesitarnos hasta la caricia, hasta los ojos; pero por ahora: ¿No estamos acaso satisfechos de constatar que nos tenemos uno al otro, con sólo marcar un número; sin hartazgo, sin temor, sin esa monotonía que axfixia la ilusión, que asesina al sueño, que cambia el amor en odio, que apaga la llama de la ternura y vuelca el aceite de la constancia?

Santos se resignaba.

Haciéndose la ilusión de ser espiritual, se rendía ante aquella esclavitud sin amo, una mujer sin senos ni caderas, un sueño sin visiones... aquella luz que alumbraba sin quemar, aquella voz sin garganta que repiqueteaba en su corazón, y circulaba por sus venas, caminaba por las fibras nerviosas de su cuerpo; era cual un fantasma, cómo el humillo que delata a una fotografía extinguida, o la dudosa visión relampagueante de un derviche, que se desvanece en el parpadeo de los ojos. Y volvía a aguardar.

A veces entre una oleada de cordura, contemplaba angustiado, su ideal inconcluso, aquella ilusión caprichosa y extraña, que era cómo una flor necia que persevera en los confines de un desierto, pero que en cambio poseía el don de hacerlo sonreír, aún ante la misma adversidad.

Inseguro del porvenir, descontento del presente, Navarro pensaba con nostalgia y complacencia en sus largos años de limbo, en que ninguna inquietud turbaba su existencia mediocre, sin sobresaltos que lo desvelaran, sin conjeturas, ni suposiciones; aquel vacío era misericordioso comparado con el lento compás desasosegado de las largas horas de espera, de los días de inquietud, en que el hombre pretendiendo analizar hasta las inflexiones más pequeñas de la voz, intentaba penetrar en sus secretos, intuir su identidad, descubrir sus intenciones. Navarro hacía planes, elucubraba argumentos persuasivos, todo con el fin de que la divina desconocida se revelara, aunque fuere sólo una vez; entonces, satisfecho de su ruego, si ella era de uno o había sido de muchos, el sabría aceptarlo y comprenderlo, si amaba, él se convertiría en el depositario de aquellos amores, como lo había sido una vez, de triste memoria, en los escauceos de Celia; y si por el contrario, estaba tan sola como él y tan necesitada de amor, depositaría a sus pies: su ternura ingenua, su vida misma; y ella no encontraría en nadie más, una lealtad tan completa, un corazón tan adicto, que terminaría por conmoverla, porque un afecto tan puro, sólo podría despertar otro sentimiento idéntico.

La voz aceptaba los argumentos, sin dudar de su buena factura y agregaba:

-¡Ya habrá tiempo para todo!

Y Navarro declaraba suspirando:

-¡Mi dama misteriosa!

Y colgaban. Y el tema se volvía a eludir una o dos semanas, hasta que la terquedad del hombre se desbocaba nuevamente.

-Quiero evitarte una decepción.- Prevenía la voz simpática.

Pero Navarro no aceptaba semejantes razones y retornaba a la carga con mayor vehemencia:

-¡El día que me conozcas me tendrás para siempre.- Le advirtió ella una tarde.

Santos supuso que semejante declaración indicaba que las cosas se ponían al fin por buen camino; pero su entusiasmo se enfrió repentinamente y sin razón aparente. Un presentimiento extraño, cómo el batir de alas de un pájaro maléfico a la mitad de una noche de tormenta cruzó por la mente del solterón, y el hálito helado del fracaso le recorrió cuerpo y alma con el calosfrío de la desolación.

-6-

Apenas se había retirado de la línea; Y ya Navarro se percataba de que su necesidad que se había convertido en tosca exigencia, propició que la dueña de la voz simpática se hubiese manifestado airada por primera vez.

De pronto el hombre se apercibió de que acababa de cometer un error irreparable. Intentó apaciguarse y tratando de eludir los duros reproches que se dirigía a si mismo, tomo el camino del burdel de la colonia Guerrero. Contra su habitual costumbre, esa noche bebió algunas copas, y no tardó en aparecérsese muy extrañada una antigua compañera de cama, quién atenta a su oficio fue a saludarlo en busca de la consabida ficha. El viejo cliente, regularmente abstemio, se sintió de pronto afectado por el alcohol de mala calidad

que allí se servía pasándolo por bebida genuina.. Buscando evadirse, intentó seguir con interés la insulsa plática de su ocasional compañía, pero entre el delirio de la borrachera, Navarro le pidió a la mujerzuela que le hablara de cualquier cosa, pues su voz se parecía mucho a la de una amiga. La mujer se rió de la ocurrencia, y se dispuso a complacer el extraño pedimento refiriéndole cualquier chisme, pero cómo estaba su vez algo achispada, le dio por celebrarse tanto un chiste obsceno, que su disonante carcajada exasperó a Santos, quién de muy mal humor se levantó del lecho. La voz simpática era dulce, femenina, llena de cadencias, de cristales, de matices insospechados; la de la otra, era una voz vulgar, y no podía corresponder más que a una hetaira analfabeta y mal educada.

Navarro no agradeció con el consabido beso en la mejilla la cópula; y jurándose no volver a poner un pie en el lugar, regresó a su casa entre contradictorios sentimientos. Desde que estaba enamorado le pesaban sus infidelidades; pero lo que no podía perdonarse, era el haber exasperado a su única amiga, hasta un grado tal que peligraba el futuro de sus relaciones.

Y sombrío contempló las consecuencias de su malhadada imprudencia, cómo el chiquillo que estrecha contra su pecho el pollito muerto, que mató en un instante de violencia, pero que amaba tiernamente..

Tambaleándose penetró en su cuarto. A la vista del teléfono sintió recrudescérsele aquella pasión incontrolable que el vino no le había hecho olvidar ni siquiera por un momento; apresó con los puños un poco de agua del lavabo y la aplicó a la nuca y a las sienes, y luego se recostó vestido y cerró los ojos, pues al abrirlos todo le daba vueltas a su alrededor.

Imaginó entonces cómo eran las voces de las mujeres que había conocido en su vida. Al principio, la embriaguez le prestó una especie de clarividencia y pudo contemplar en cámara lenta un auténtico desfile de rostros, pero sólo mediante un exhaustivo esfuerzo de concentración consiguió adjudicarles una voz, y recordarlas, pero ninguna era cómo la voz simpática. En aquel

idealizar, lo único que tenía de ella, el hombre concluyó por reconocer que en ninguna otra voz había encontrado tanta piedad.

Por fin se quedó dormido. Soñó con su tía, allá en el pueblo de Los altos. Desayunaban. Sobre la mesa cubierta con un blanquísimo mantel almidonado, había un cestillo de mimbre rebosante de picones, semitas, calamares y estribos de manteca. Ambos mojaban el pan en un jarro oloroso, de donde se desbordaba la cremosa espuma del chocolate. Su tía le hablaba con el rostro bajo, dispuesto para alcanzar las sopas, pero él no captaba bien las palabras; pues su voz le llegaba como en sordina. Santos le pidió que levantara la cabeza, que llevaba siempre envuelta en un rebozo obscuro, la señora le respondió alguna frase que resultó igualmente vaga e inaudible; y él tuvo que acercarse para mirarle bien la cara y escucharla mejor. Entonces descubrió que en aquel rostro no había facciones, al momento, él no supo explicárselo, pero al reaccionar sintió miedo, de pronto, oyó claramente unas campanadas, y supo sin que nadie se lo advirtiera, que llamaban a una misa, o a un oficio de difuntos, y en la enmarañada sabiduría del sueño, lo constató por el tono pesado y lúgubre. Se despertó excitado y sudoroso, el timbre del teléfono sonaba insistentemente. Lo descolgó. Era su tía.

-Acabo de llegar. -Le dijo- Y ando perdida buscándote.

Santos le dio lo mejor que pudo el domicilio, su tía no le respondió. El insistía en que lo mejor era conseguir un taxi que la traería con sólo proporcionarle las señas: entretanto iba a avisar a la señorita que mandara disponer una cama.

Navarro no supo si este diálogo ocurrió en el sueño o en la vigilia.

Muy agitado se vistió. El reloj de pulso marcaba las siete. Abrumado por lo que calificó de efecto de la borrachera, decidió bajar a la sala para esperar a su tía.

A las sirvientas les sorprendió verle ya de pie tan de mañana; y una de ellas se acercó si quería desayunar algo picoso. Santos respondió con su habitual cortesía, que tomaría el desayuno de costumbre cuando se sirviera para todos; y se puso a hojear el periódico del día anterior.

A las ocho la señorita Costa apareció.

-¿Qué hace usted levantado tan temprano? -Interrogó mirándole de reojo.

-Espero a mi tía. Creo que anda perdida y no sabe cómo llegar hasta aquí.

-La señorita Costa lo miró desagradablemente sorprendida. Aquello

-Pensó- eran las lamentables consecuencias de una noche de vicio y de orgía, el huésped tenía el cerebro débil y no toleraba aquellos excesos.

-¿Sabía usted -explicó el hombre- que tengo una tía, que vive allá en Jalisco, verdad?

La patrona le alargó un sobre por toda respuesta.

Santos observó que tenía un filo negro y que se desdoblaba; y empezó a leer, lo que no era más que una esquela de defunción:

“El día 14 del actual, a las 16:20 horas, en el seno de nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, y confortada con la Bendición Papal y con todos los auxilios espirituales, entregó su alma al Señor, su sierva Marina Sepúlveda Vda. de Ocaña. Suplicamos a usted eleve sus oraciones por el eterno descanso de su alma. Las misas habrán de celebrarse ...”

Santos Navarro palideció. La señorita Costa movió la cabeza y se fue a supervisar si las criadas habían terminado de preparar el desayuno, para poner la mesa.

-7-

El hombre intentó aquietar su espíritu confuso. Los estragos del alcohol, la pesadilla, la llamada de su tía, la esquela y sobre todo el hecho de que su amiga no le llamó por la tarde, lo sumieron en el desaliento, en una angustia tan honda que ni siquiera acudió al recurso de dejar correr las lágrimas.

Vagando cómo un enajenado por la soledad de su cuarto a oscuras, Santos recorría los resbaladizos caminos de la

desesperación, punzando entre los más intranquilizadores presentimientos.

Al día siguiente, después de un sueño corto, trató de darse ánimos, achacando a alguna causa fortuita el silencio de la voz simpática. —por la tarde me llamará— se repitió muchas veces, tal si el desearlo, pudiera influir sobre la voluntad de la voz; tornó a analizar el aparente motivo de su disgusto, y con inusitada claridad admitió que su interés no podía contener nada que pudiera ofenderla; y por primera vez le atravesó el pensamiento de que posiblemente fuera casada y eludiera comprometerse, aún con la más inocente amistad.

Mediante un esfuerzo consiguió serenarse y se dispuso a esperar la llamada, que tampoco se produjo aquella tarde. Navarro sintió aumentar su inquietud, mil pensamientos contradictorios le atenazaban la mente: la dueña de la voz simpática podía estar enferma o haber abandonado de improviso la ciudad; haber sufrido un accidente, o la habrían secuestrado unos maleantes, recordó que una tarde, él le había pedido que anotara la dirección de la casa de huéspedes, por si algo llegara a ofrecérsele. Con tan pesimistas pensamientos decidió que era mejor esperar al día siguiente, pero el teléfono continuó mudo aquella tarde, y otra, y muchas.

Agotadas las fuerzas, fue perdiendo el control; con la ropa sucia, la barba crecida, el rostro pálido, recorría el aposento presa de un temblor, de una palpitación en que el corazón galopante amenazaba con rendirse a la fatiga.

Pendiente del timbre telefónico apenas dormitaba a ratos, procurando enterarse de las llamadas que sucesivamente llegaban para los demás huéspedes y para la posadera, quién a falta de otra ocupación, gustaba de conversar largamente por el aparato, mientras su pensionado se mordía las uñas con desesperación, pensando en que la muchacha pudiera llamar y encontrar ocupada la línea.

La llamada no llegó. Torpemente cómo un niño, había supuesto encontrar en la amistad de la desconocida: el amor y la paz. Repasaba sus diálogos llenos de aparente sinceridad, de palabras amables, de consideración afectuosa, de interés por su persona;

reconoció que a pesar de su reticencia por darse cabalmente a conocer, su comportamiento fue delicado y aún bondadoso; y que en sus frases ella hubo dejado siempre flotando la esperanza, como cuando él le había confesado sus años, y ella gentil, coqueta, le respondió aquello de —que el amor no tiene edad. ¿Y que decir de las ocasiones en que le confiara sus largas horas de tristeza y de soledad? Ella le había consolado comedidamente y con una dulzura inencontrable le aseguró que un día no muy lejano por cierto, habría de hallar la buena compañera que llenara sus horas.

Navarro esperaba que el premio a sus forzosos años de celibato no fuera a llegar demasiado tarde, pero ella persistía en alimentarle la ilusión, asegurándole que tal vez estaba demasiado cerca de la dicha; y que debemos desear mucho las cosas buenas de la vida para conseguirlas.

Y el infeliz aguardaba, a pesar de que ella nunca le ofreció concretamente nada. Ebrio de pena, descubría para su desgracia, que la desconocida solamente le hubo regalado, lo único que no empobrece: frases y esperanzas; entonces la supuso cómo una de esas muchachas que confusas viven oscilando entre una perpetua indecisión. El, quién había participado en los secretos de muchas de sus ex-compañeras, conocía esa argucia de las féminas, que dispuestas a conceder apenas unas migajas de amistad, para no alejar completamente a un hombre, lo dejan esperanzado en el amor, aunque estén plenamente convencidas, de que jamás lo podrán llegar a querer.

Navarro intentaba explicarse y hasta disculpar la voluble naturaleza de la mujer, pero cuando estuvo frente el enigma de la dueña de aquella voz misteriosa, se olvidó por completo de que debía pertenecer a la misma especie. No, no podía ser una excepción, porque la naturaleza no concede excepciones. Y él se entregó al sueño, sólo porque el sueño era bello; y sin poder separarlo de la realidad, se posesionó de lo irreal, cómo el náufrago que en una noche tempestuosa, se aferra a la tabla más débil y resbaladiza y se deja arrastrar por ella, detrás de una efímera promesa de salvación.

Más he allí, que la tabla no llegó nunca a la costa abrigadora, sino que andaba sobre los riscos puntiagudos cuyas ásperas fisuras le hacían sangrar los pies. Y así ciego, deprimido, con el estómago hueco por los ayunos, y el pulso acelerado, Santos esperaba que el milagro se repitiera, que la compasiva profesora del quinto grado se volviera a condoler de él, y le tomara por los hombros, y volviera a dejarle lo único, que cómo una sobras de la piedad humana, había cosechado, a cambio del inútil esfuerzo de vivir: la esperanza.

-8-

Transcurrieron unos días en que sumido en el infierno de la espera, Santos Navarro se desmejoraba ostensiblemente. Gastadas las fuerzas, triturados los nervios, tambaleante el ánimo, envejeció de pronto, tal si los años cuidadosamente disimulados, tuvieran de pronto mucha prisa en manifestarse.

Una tarde, la señorita Costa le llevó a su cuarto una taza de té, en la que previamente había vertido unas gotas de algún benigno soporífero. El hombre bebió el líquido y se quedó profundamente dormido.

Cuando bajó al comedor, después de una siesta de quince horas lo recibieron con un tazón de caldo de ave que lo reanimó. El durmiente no dejó de preguntar si durante el tiempo de su sueño no se había recibido ninguna llamada telefónica para él; la negativa pareció entristecerlo y se volvió a su habitación, con el consiguiente disgusto de su protectora, que le recomendaba distraerse y salir a dar una vuelta.

Aquella ligera mejoría, pausa de agonizante, le aclaró las ideas al grado de concebir un plan, el más descabellado, pero el único que podía surgir de una mente trastornada. Incapaz de detectar la identidad de la dueña de la voz simpática, en un rostro o en una silueta de mujer, Santos convino que podía conseguirlo fácilmente, por el único medio que conocía.

Tomó una ducha, se afeitó y luego de proveerse del grueso directorio, se dedicó a marcar números, tarea que lo absorbió toda la tarde, la noche y aún a la mañana siguiente.

La señorita Costa, esta vez sí muy alarmada, celebró consejo con sus huéspedes, solicitándoles dictaminar entre todos una solución viable. La natural repugnancia humana para enfrentarse al dolor en su propia casa, no les permitió pensar que ellos mismos podrían estar al borde de los barrancos de un abismo, incluso más profundo, y coincidieron en que lo mejor sería deshacerse del molesto huésped internándolo.. El señor Arredondo recomendó que lo adecuado sería el manicomio, ya que según él, el pensionista estaba rematadamente loco, y los demás, aparentemente más humanos votaron por el hospital; la posadera, con los ojos llorosos no se conformaba con ninguna de las dos opciones, y haciendo caso omiso de tan egoístas pareceres, decidió enfrentarse a su antiguo abonado, para solicitándole que tomara algún alimento y que durmiera.

Santos quién hablaba por teléfono con ingobernable desesperación, estaba demasiado débil para protestar, y simuló dócilmente avenirse al requerimiento de la patrona, a quién trató con su acostumbrada cordialidad, picó algún platillo y con la ayuda de las criadas lo subieron a acostar cuidando de arroparle bien, según las recomendaciones de la dueña.

La mañana sorprendió a los pensionistas entre un estremecimiento brumoso. La lluvia que había caído implacable durante la noche, pareció lavar todo, dejando calles, techos y fachadas con apariencia de nuevo. Los prados lucían brillantes, incluso en el pequeño jardín de la casa, las gotas de lluvia escurrían de un rosal, cuyas flores, eran cual ofrendas de una naturaleza dual, que apenas unas horas se había mostrado implacable y agresiva. La tempestad con sus truenos y relámpagos demostraba ese indeterminismo ambivalente de todo cuanto nos rodea, y que conlleva en el mismo rosal, las flores y las espinas, lo que hiere y lo que deleita; Santos pensó que la dueña de la voz simpática sería cómo aquella flor, que contenía en ella la crueldad y la belleza; y

siguió su camino sin rumbo fijo hasta toparse con una farmacia, en donde se le ocurrió que podía continuar con sus detectivescas pesquisas telefónicas.

El viejo que atendía el modesto establecimiento, oloroso a medicinas y esencias, leía sobre el mostrador el periódico, y al requerimiento del aparato respondió:

-¡No presto el teléfono! - Dicho con tal aire de enfado, cómo si el hombre fuera el portador de las llaves del paraíso, y negara la entrada a los pobres pedigüeños.

-Perdone usted la molestia señor. Buenos días. -Respondió Santos, haciendo una zalema por la negativa.

El hombre levantó los ojos, y sorprendido de la amabilidad del desconocido, alteró su decisión.

-Si no va a tardar demasiado puede usarlo. Allá está atrás. -Dijo señalando un cubículo de madera y cristales, que se situaba en el interior del establecimiento.

Santos agradeció con otra caravana la deferencia y levantando la tapa del mostrador fue a situarse sobre una amarillenta cubierta de mármol sobre la que se apiñaban decenas de frascos con etiquetas superpuestas; sacó un papel con una larga lista de números telefónicos escritos de su puño y tomando el aparato se puso a marcar el número que encabezaba la lista, mientras tanto sus ojos vagaban entre las botellas claras y ámbar, de todos los tamaños, que contenían líquidos, ungüentos o polvos, los que eran despachados después de ser cuidadosamente pesados y medidos en una antigua balanza o en un tubo de vidrio graduado.

De pronto, y mientras el hombre escuchaba con enfado el zumbido de un número ocupado, sus ojos tropezaron con un frasco pequeño cuyo contenido se adivinaba, pues tenía adherida a la carátula una calavera. Navarro sonrió, al fin iba a descansar. Arrebató sigilosamente la botella, colgó la bocina, dejó unas monedas sobre el mostrador y dando nuevamente los buenos días al vejete, abandonó con pasos apresurados el establecimiento.

Una ráfaga de viento y lluvia le roció la cara, en la prisa de huir le asaltó la idea de que el boticario pudiera percatarse del robo y decomisarle la panacea milagrosa, miró para todos lados para cerciorarse que nadie le seguía, pero al voltear la calle, le pareció que alguien estaba corriendo directamente hacia él, entonces en un arrebato de desesperación incontrolable, sacó el frasco del bolsillo y vació el contenido en su boca. El líquido tenía un sabor infame; y al punto sintió que la lengua se le adormecía, aceleró el paso, estaba seguro de que iba a morir, e intentaba llegar hasta a su cama, expirar en medio de la calle encharcada le aterrorizaba, si el veneno provocaba convulsiones, o la agonía iba a sobrevenir lenta y dolorosa, revolcarse en el lodo constituía una humillación más, que atraería sin duda la curiosidad malsana de los peatones.

Santos aceleró el paso, pensando que era mejor terminar lo más pronto y posible. Nunca cómo entonces le punzó la daga del desprecio, del desamor, de la burla, con que aquella voz de mujer, digna representante de su negro destino, rubricaba su vida de soledad.

Sintió que algo le quemaba el estómago, el dolor le hizo apretar los puños, mientras se le instalaba en el rostro un rictus penoso. Divisó a lo lejos el enarbolado penacho del jardín público donde había ido muchas veces a callejear sus sueños y sus amarguras; pero el pretendido oasis le quedaba lejos y calculó que las fuerzas ya no le alcanzarían, pues los dolores se tornaban cada segundo más agudos, y un sudor frío había empezado a humedecerle la frente, haciendo un esfuerzo inaudito, aceleró cuanto pudo los pasos, la idea de Dios le turbó un instante, las sentencias de su viejo catecismo se le presentaron nítidas, pero en medio de la sinrazón un destello de lucidez pareció iluminarle: Dios, quién nunca estuvo cerca de él para concederle compañía y amor, tampoco debía estarlo ahora para hacerla de Juez y castigarle. La blasfemia se le atragantó en los labios, y sólo alcanzó a pensarla pues cayó de bruces. Debió haberse golpeado la cabeza contra el pavimento o contra algún escalón pues sintió que un líquido le mojaba la cara y lo atajó con la mano para

impedir que le cayera sobre los ojos. ¡Era sangre! Apretó los párpados, escuchó voces lejanas a su alrededor, algo le dijo que había llegado la hora, recordó el timbre de la voz simpática y entre un murmullo inaudible exclamó, señalando apenas con los labios las palabras: - ¿Hasta cuando durará tu silencio? ¡Este largo silencio, en que has dejado mi alma! algo le respondió que el silencio duraría toda la eternidad; pero que allá, no hacían falta voces, ni ilusiones, ni mujeres. ¡No hacía falta nada, porque había paz! ¡Una inmensa paz!

Entonces volvió a desear la muerte con más vehemencia, con toda la vehemencia que había deseado vivir y conocer a la dueña de la voz misteriosa. Sintió que alguien le movía, aumentándole los insoportables olores; y murió

EPILOGO

Apenas salieron del panteón de Dolores; y frente a la parada de los tranvías el pequeño cortejo se desintegró. La señorita Costa con sus huéspedes, y el reducido grupo de los antiguos compañeros de trabajo del occiso, quienes se enteraron de los penosos acontecimientos por las noticias de los periódicos, por más que no existiendo suficiente espectacularidad en el suicidio de un personaje casi anónimo la nota había sido refundida en la octava columna de una página par.

La patrona, quién se halló de pronto dueña de los miserables ahorros del viejo, así cómo de sus pobres y escasas pertenencias,

propuso emplear sus paupérrimos bienes en mandarle decir misas y rosarios, por el eterno descanso de su alma ---La cual se habría ido seguramente muy atribulada, responsos y oraciones buena falta le harían; pues aparte de su vida disoluta - aseguró la buena mujer- en la que siempre se halló presente el vicio, aquel rebelarse contra los designios de Dios, quién aún no le había llamado, constituía un desacato tan grave que sólo la misericordia divina podía salvarle de las garras del demonio.

Los huéspedes escucharon el veredicto final de la patrona, quién portaba aún sus improvisadas ropas de luto y se veía con cara compungida. Se hizo un silencio, aparentemente aprobador, que Edelmira aprovechó para servirles una reconfortante taza de café, mientras se acomodaban en el viejo comedor. .

-El hombre se llevó su secreto. -afirmó el agente de seguros- Ni una carta, ni una explicación, algo muy normal en él, quién era tan hermético.

-Estaba enamorado. -Susurró levemente Lorena.

-Esa Celia nunca se le salió cabalmente de la cabeza -advirtió la señorita Lozano- a mí me llegó a hablar de ella; decía que era una rubia preciosa, pero que cómo era la querida de su jefe, nunca se atrevió a decirle nada, por más que pasaba muchas horas hablando con ella por teléfono. Y hoy sin ir más lejos, me pareció que en el cementerio, entre el grupo que le llevó la corona, había una mujer gorda, con el pelo teñido de rubio.

Lorena movió desaprobatoriamente la cabeza.

-No. ¡Era otra muchacha!

-La muerte -dijo en tono sentencioso Esperancita- La anunciadora del deceso de su tía.

-No. -Insistió Lorena- Una chica que conoció por teléfono. Yo los escuchaba platicar todas las tardes.

-El señor Navarro estaba completamente loco -Insistió el maestro- La soledad es el ácido más corrosivo para la razón. ¡Si hasta hablaba solo!

-¿Y ella?- Inquirió el de los seguros, dirigiéndose a la actricilla y sin prestar ninguna importancia a la opinión del mentor.

-¡Jugó con él! ... o tal vez cuando vio que las cosas iban demasiado en serio, prefirió alejarse definitivamente, o pensarlo ...

-¡Para mí que él se fabricó esos afectos! -Replicó vivamente el profesor. -¡Esa mujer no existió jamás ¡Fue un invento suyo!

-Pero ... -Insistió Lorena- ¡Si yo les dijera que la llegué a ver! ¡Era una joven preciosa, con el pelo rojizo y algunas pecas sobre los pómulos! ¡Estoy segura de que era ella! Ayer, en la sala de velación, mientras todos rezábamos alrededor del cadáver, ella miraba cautelosamente desde la calle, cuidándose de no ser vista.

-Alguna curiosa. -Repuso tercamente el señor Arredondo-

-Les aseguro que era ella -Objeto Lorena- ¡Yo tuve la corazonada! Y hasta salí para invitarla a pasar, pero cuando me vio salir se fue caminando presurosa hasta la esquina. No pensé que mi presencia fuera a ponerla tan nerviosa. Cuando terminamos el rosario, yo salí detrás de ella un par de veces, la primera la volví a sorprender atisbando hacia nosotros, pero después ya no la encontré más. Debió de haberse ido, dolida de las consecuencias de su broma y de su indecisión. ¡De todos modos no era para el señor Navarro, o quién sabe, se le veía eso sí, una persona bien, llevaba una gabardina color claro!

-A veces a los desencarnados les es permitido manifestarse. -Espetó Esperancita- Sobre todo cuando tienen cuentas pendientes que rendir.

-¡De cualquier modo, esas misteriosas llamadas telefónicas, le abrieron el camino a la tumba! -Concluyó el de los seguros.

-¡Pero si esa extensión está cortada! -Declaró por fin Edelmira- Hoy por la mañana, mientras ventilaba la habitación del difunto, escuché que acá abajo sonaba el timbre del teléfono, descolgué la bocina de la extensión y no se escuchaba nada en la línea.

-¡Vamos a cerciorarnos! -Propuso el maestro y a su invitación todos se levantaron.

Esperancita se quedó al lado de la señorita Constanca, consolándola.

-No creen, porque no saben; y en la evidencia que buscan está su error. -Insistió la espiritista.

-¡Ya que más da! Espíritus o vivos, el pobre Don Santitos ya no está con nosotros. -Suspiró la señorita Constancia -Y decir que si él me hubiera dicho una palabra, una, sola -repitió- yo le hubiera cuidado cómo un rey. ¡A nuestra edad nos conformamos con tan poco!: una palabra afectuosa, algo que simule una migaja de amor. Nos hubiéramos casado, y ya marido y mujer, con las rentas de la casa de la colonia Cuauthémoc, y los ahorros que tengo guardados en el banco la hubiéramos pasado muy bien, y hasta yo me hubiera quitado de esto, que crean ustedes, lo he conservado, nada más por su pura compañía, pero ya no es negocio ...

Los huéspedes, hablando y gesticulando habían ido hasta la habitación del difunto, desde donde la voz del maestro con su lógica triunfal se oyó destacar sobre todas las demás.

-¡Les digo que estaba loco! ¡Y ahí tienen la prueba! -Los alambres están cortados. ¡Por este teléfono jamás pudo hablar con nadie!

-Es efecto. -Reconoció Lorena- Los cables acaban de ser cortados. ¿No ve usted que la rotura es muy reciente?

-Lo único cierto es que ya murió. -Terció la señorita Lozano- Por una causa o por otra, ya debe estar ante la presencia de Dios. ¡Si esa Celia le hubiera hecho caso! Pero él era un hombre pobre, y siempre fue muy derrochador y desprevenido, sin ahorros hubiera sido imposible casarse.

-La muchacha pecosa de pelo rojizo, tal vez le hubiese querido así, aunque ya estaba muy viejo. -Añadió Lorena.

-Pero eso es otra estupidez y yo se lo advertí. Enamorarse un hombre a su edad, y de una mujer que nunca había visto. -Dijo el mentor y dirigiéndose a la señorita Constancia añadió- Allí están las consecuencias

La posadera quién se secaba las lágrimas respondió:

-Le digo a usted ... pero estos estóridos tienen cada ocurrencia....

-¿Estos que? -Preguntó intrigada Edelmira.

La señorita Costa no se tomó el trabajo de responderle pues una nueva ola de llanto le sacudió el pecho, y fue a refugiarse en su habitación, entre el respetuoso silencio de los presentes.

EN CLASE

*Soledad, yo conozco las amarguras
también: ¡Las amarguras en cuyo fondo
hay siempre inesperadas gotas de miel
Soledad, yo he bebido todos los goces.
Soledad muda y sabia, tú a Dios conoces:
¡llévame a El*
AMADO NERVO

Ramón López: doctor en filosofía, poeta, dramaturgo, hombre de mundo, viajero de los cinco continentes, refinado, elegante, artista, dotado de una exquisita sensibilidad, solterón a sus cuarenta años y heredero de un nombre y apellido, que tanto tenían que ver con las letras; llegó hasta el salón de clase, con paso visiblemente apresurado contrastando con lo anticipado de la hora.

Aún faltaban diez minutos para iniciar su cátedra de Literatura en aquel Liceo aristocrático, donde una hábil estratagema de la directora había conseguido retenerle, cuando hartado de la

esclavitud de los horarios, el papeleo y las juntas de maestros, Ramón había decidido abandonar la docencia, declinando impartir más clases, pese a los ruegos reiterados del secretario de la Facultad.

Vestía aquella mañana un alegre traje claro, estuche perfecto para un cuerpo todavía joven y varonil. La bien cortada camisa y la corbata de Dio, entremezclaban al intelectual con el play boy, al poeta famoso a quién se abren todos los salones, incluso los más encumbrados, con el autor teatral e incidentalmente guionista cinematográfico, al que nunca se le niega la entrada a los foros, o a los estudios de televisión, y que suele tutearse con la esterilla del día, o con la modelo más cotizada por las agencias de publicidad.

Su porte poseía el desparpajo que proporcionan la seguridad y el éxito, y en su rostro bien afeitado aparecía una sonrisa no exenta de seducción, sólo los ojos profundamente negros, delataban un dejo de tristeza, de melancolía enfermiza, de nostalgia por algo tan profundo y tan lejano, cómo un abismo cuyo fondo no tuviera fin.

¿Qué inquietud devoraba a aquel hombre tan activo y ocupado? ¿Qué le empujaba a presentarse con tanta anticipación al Liceo, cuando apenas hacía seis meses que se habían iniciado los cursos, y entonces acostumbraba llegar sistemáticamente tarde y faltar a menudo, pretextando siempre la filmación, la entrevista, la junta, la conferencia, el consejo editorial o simplemente la revisión de un libro suyo próximo a publicarse?

Flor y Sara cuchichieron por lo bajo:

-¡Cada vez llega más temprano el maestro!

Silvia intervino:

-¡Nos quedaremos nuevamente sin descanso!

-¡Mira la tonta! -Sentenció Flor- ¿No te has dado cuenta que ya le anda por ver a Susana? ... Si no hace más que llegar y buscarla con los ojos, claro él disimula que está arreglando sus papeles.

-¡Susana se deja querer!. -Comentó Sara- ¡Ella es feliz escuchando: poemas, autores, novelas y toda esa cuestión!

-La clase se vuelve un coloquio, que al principio apuntaba interesante, pero que ya resulta aburrido. El maestro se dirige

únicamente a ella, le pregunta sólo a ella, y no le quita los ojos de encima ¡Cuando está leyendo se da mañas para mirarla, yo lo he comprobado! ... y luego busca cualquier frase cursi para ponerse romántico y darle vuelo a la ternura.

-¡Si la envidia fuera tiña! -Volvió a intervenir Silvia.

-¡No la envidio te lo juro! Ya está pasadito el viejo, aunque no tan mal, a algunas chicas les gusta darse tono con el maestro, y luego le hablan de tu después de clases y toman café con él, haciéndose las intelectuales ... lo cierto chiquita: o vas a parar a la cama con todo y libros, o te estás haciendo tonta perdiendo lindamente el tiempo.

-¡Chist! -Advirtió Flor- ¡Aquí viene Susana! ... andaba metida en el tocador, seguramente arreglándose para él. -¿Qué tal querida? -Le dijo con sorna- ¡Te estamos esperando para comenzar la clase!

-Todavía no han llamado. ¿Verdad maestro? -Respondió la recién llegada a guisa de saludo- ¿Cómo está usted?

Ramón López alargó el brazo para estrechar la fina mano que ella le ofrecía.

-¡Encantado de verla! -Y cómo advirtiera que las demás alumnas le estaban observando agregó- Es decir de verlas todas. ¡Se han puesto tan juveniles! ¿Ya empieza el calor, verdad?

Las chicas se sonrieron. El maestro se fijaba demasiado en los escotes y en el largo de las faldas.

El resto del grupo se fue acercando sin mucha prisa a los pupitres Se oyó el sonido de la chicharra. Susana se sentó en la primera fila como de costumbre, casi frente al maestro a quién no acaba de sonreír nunca. él, quién correspondía con igual intensidad a la mirada de la muchacha, alzó ligeramente la voz y con un suave ademán para pedirles que guardaran silencio, interrogó:

-¿En que nos quedamos la última clase?

-En los poetas mexicanos de principios del siglo. -Respondió Susana- Nos prometió hoy hablarnos de Ramón López Velarde precisamente.

-¡Ramón López Velarde! -Repitió como un eco, y dio principio a su clase.

-En la vida de todo hombre siempre hay una mujer que determina su destino, y la de un artista por supuesto, no es una excepción. Ramón López Velarde fue un poeta extraordinario, quien supo extraer de la provincia, la auténtica raíz de la patria. Algunos poemas suyos plenos de una genuina mexicanidad, han despertado más fervor nacionalista, que muchos de los alambicados y grandilocuentes discursos de los oradores políticos. El cantó nuestras tradiciones, costumbres, religión, arte; la vida provinciana con sus apacibles personajes, sus inocentes placeres y sus tranquilos escenarios. Elevó el cuadro de la provincia a nivel de tema literario, suministrándole un metro personalísimo, imágenes, adjetivos, fórmulas verbales, mediante un hábil manejo de claro-oscuros, una lírica musical armónica y un romanticismo que se entremezcla con lo místico.

Su niñez transcurrió en su terruño natal: Jerez, Zacatecas, donde aprendió las primeras letras, en tanto que su adolescencia temprana se encierra entre los muros del Seminario Conciliar de Santa María de Guadalupe, a partir de 1902, luego realizará su educación media en Aguascalientes ingresando en 1907 a la Escuela de Jurisprudencia del Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí, donde obtuvo el título de abogado el 31 de septiembre de 1911. Después de desempeñarse como juez de paz en la población de Venado, y de colaborar en el plan de San Luis con Francisco I. Madero, el joven escritor se trasladó a la ciudad de México, donde empezó a colaborar en los principales diarios capitalinos, mientras continuaba publicando artículos, crítica literaria, poemas y ensayos en rotativos de varios estados de la República.

Ramón López, el homólogo, se fue internado en el bien documentado laberinto de la biografía del poeta, quien a no dudarlo había tenido comienzos mucho más difíciles. El, en cambio, hijo de una familia acomodada, hizo su primer viaje a Europa a los catorce años, estudió siempre en colegios particulares y la licenciatura, maestría y hasta el doctorado en Letras Hispánicas lo realizó en la Universidad de Salamanca donde imaginó que lo guiaban los

espíritus de Fray Luis de León y de Don Miguel de Unamuno. Jamás se preocupó por obtener un empleo, o por indagar de donde provenía el bienestar económico que disfrutaba; hijo único, al morir su padre, se vio en la imperiosa necesidad de revisar la cuantía de su patrimonio consistente en numerosos inmuebles, acciones, cuentas en bancos, e inversiones en el extranjero y con el consejo de su madre afamada como buena administradora, y al fallecer también ella, de un notario honesto amigo de su padre, continuó disfrutando el desahogado tren de vida que había estado acostumbrado a llevar, mientras llenaba, siempre insaciable, las horas de una existencia dorada con el ocio fino y rebuscado del arte. Poseía para su placer dos bibliotecas, una de ellas instalada dentro de un elegante chalet al pie del lago de Tequesquitengo, una fonoteca con los más codiciados long-plays traídos de medio mundo, y un verdadero arsenal de videos y películas que abarcaban desde los balbuceos del cine mudo hasta los últimos films premiados en Cannes. No había cantante o instrumentista destacado que no hubiese escuchado, no digamos en los más importantes escenarios del mundo, sino incluso en su propia sala de conciertos; ni actriz famosa que no hubiese recitado en sus elegantes tertulias sus autores favoritos, entre sorbos de cognac francés y bocadillos aderezados de salmón o caviar. Su casa, si así se le puede denominar a un palacete, asentado en San Angel, aunque un poco pasada de moda, ostentaba amplios comedores donde el excelente anfitrión prodigaba cenas suntuosas a los agregados culturales de las embajadas acreditadas en México., tenía además un jardín cuidadosamente conservado con su respectiva fuente ornada de cisnes de mármol, algunos árboles frutales, una espaciosa alberca; y hasta un cómodo refugio, donde el diletante procuraba de vez en cuando aislarse de las llamadas telefónicas, correos, invitaciones y ruidos de la gran metrópoli; aunque después de aquellos breves paréntesis de lo que él llamaba su privacidad, se desquitara invitando a sus almuerzos a un verdadero tropel de pianistas, escritores, bailarinas, cantantes, actrices, editores y hasta

miembros secundones de esa bohemia de desocupados, que viven más del milagro que del propio arte.

Dueño de un talento indiscutible nutrido por una amplia formación académica, en cuyo proceso no faltaron los más eruditos maestros, los numerosos libros escritos en los cuatro idiomas que dominaba, y los viajes para corroborar lo aprendido, dotado además de una envidiable capacidad de análisis y de observación, Ramón López estrenó su primera obra teatral a los veintitrés años, y a los veinticinco su novela respaldada con el sello de una prestigiosa editorial circulaba no sólo en el país sino en toda América y España, incluyendo la traducción al inglés en los Estados Unidos..

De allí a escalar la página de un periódico, primero como articulista y luego como miembro del grupo editorial, la columna sobre crítica literaria de una revista especializada, el contrato para escribir el guión de una docena de series televisivas, y el script para una decena de películas, incluyendo una que se produciría en Hollywood fueron cosa fácil; y el cotizado autor debía repartir su tiempo entre la regalona vida social que tanto disfrutaba y el quehacer creativo que toda vez que le satisfacía acrecentaba su prestigio y su nada despreciable fortuna.

A su casa fueron a ofrecerle un importante puesto político, acorde con su fama de intelectual y con su imagen de hombre de gran mundo a quién no le era difícil contactarse con las celebridades de todos los rincones de la tierra, y cuyas fotos y reportajes se publicaban en los magazines internacionales, Ramón, materialmente acaparado por sus compromisos, rechazó amablemente el ofrecimiento, apenas podía aceptar a duras penas formar parte de un comité directivo, cuyo voto personal se consideraba incuestionablemente decisivo; y en cuanto a asumir una representación diplomática en el extranjero, el hombre agradecía la distinción pero la declinaba argumentado los múltiples compromisos que le retenían en el país.

Así, a sus cuarenta años -representaba mucho menos- era lo que podía considerarse como un hombre de éxito, si por ello debe entenderse una persona que ha conseguido acumular: riqueza, amistades, aprecio y hasta envidia de medio mundo y conste que su mundo era muy amplio porque sus frecuentes viajes al extranjero, su simpatía, cultura, y don de gentes le habían procurado admiración y amigos, lo mismo en Suecia que en Australia, en Argentina que en Canadá; en los cruceros de lujo se había codeado con magnates y su charla mundana no había desdeñado la inesperada compañía de un pez gordo ocupante del asiento continuo en la primera clase de un vuelo internacional, donde cada sorbo de champaña solía alternarlo con una discreta mirada a las bonitas piernas de una diligente azafata.

Sin embargo, en su vida ruidosa había un hueco, Ramón López era a más de un play-boy nacional, un acérrimo solterón, demasiado exitoso con las mujeres famosas a quienes visitaba en la intimidad de sus camerinos, y con quienes entablaba una fácil y agradable conversación, al igual que con las interesantes aventureras que merodeaban en los lujosos bares de los hoteles internacionales; pero a su vez se podría afirmar que inconscientemente manifestaba una encubierta animadversión a los compromisos serios, en parte porque según él tenía poca suerte para las relaciones formales lo cual le fue alejando paulatinamente de la posibilidad de convertirse en un hombre tan demasiado común cómo puede serlo un honrado padre de familia, dedicado solamente a una esposa quién seguramente debe exigir de su cónyuge la consabida fidelidad, por otra parte había contribuido a su estado el ambiente vacuo y snob en que se desenvolvía, donde si estaban al alcance de la mano los amoríos fáciles, el adulterio, los romances pasionales pero inciertos, el amor romántico que suele conducir al altar y a lo que él llamó alguna vez una “aburrida estabilidad” no solía prodigarse. La muchacha dulce, sencilla, candorosa, que en sus momentos de soledad había idealizado para ser la compañera del resto de su vida, para compartir día con día, no la existencia plena de ostentación y

lujo, sino aquella íntima, saturada de una nostalgia triste, hija de su naturaleza sensitiva de artista y que aunque hábilmente ocultada en su vida social, pugnaba de vez en cuando por manifestarse en largos accesos de melancolía, en horas insatisfechas, casi vacías, donde afloraba la tremenda vaciedad de lo superfluo, y los brillos se deslucían; no había aparecido nunca; entonces López se trastocaba en el bohemio melancólico y descubría que tras el aprecio con que aparentaba obsequiar a cuantos le rodeaban, se escondía realmente la indiferencia; y que su alma sólo se identificaba a fin de cuentas con quienes habían sido tocados por la locura divina de la exaltación, con la epidemia sublime de la sensibilidad, y la entrega incondicional a un gran amor, el verdadero amor que hasta ese momento de su vida no había conocido plenamente, porque el destino no se lo había querido deparar.

Avido de vivir, -Reconocía- había corrido mil aventuras y su verbo fácil le había hecho un auténtico maestro de mil seducciones, algunas veces, había creído firmemente haberse enamorado, pero ¡Oh desencanto! ¡Era sólo un efímero fuego fatuo que se apagaba en el lecho del placer, o se diluía en la playa de un balneario, en la monotonía de un yate o peor aún, en algún fin de semana en un casino de Las Vegas.

*“¿Cómo será esta sed constante de veneros
femeninos, de agua que huye, que regresa
será este afán perenne franciscano o polígamo?
Yo no se si está presa
mi devoción en la alta
locura del primer
teólogo que soñó con la primera infanta,
o si atávicamente, soy árabe sin cuitas,
que siempre está de vuelta de cruel continencia
del desierto, y que en medio de un júbilo dee huríes,
as halla a todas bellas y a todas favoritas.*

*no se ... mas que en la hora reseca e impotente
no falta la tónica tibieza mujeril.*

Leyó Silvia los últimos versos con marcada intención y Ramón López revisó con la rapidez de un relámpago el fracaso de su vida vacía, donde la soledad alternó con el desencanto, hasta aquel instante, el más afortunado de su vida, en que la suerte le deparó el favor inmenso de haberla conocido

*“Dormida por centurias en un bosque opulento
despertaste a la blanda caricia de mis manos,
Y después sin que fueran los barbudos enanos
las almas en pena a turbar el contento,
del señorial palacio, en dulce arrobamiento
unimos nuestras vidas como buenos hermanos...”*

Flor decía los versos de Velarde con la alegre ligereza de un pájaro saltando entre las ramas, contenta de que aquel día, el humor de su maestro de Literatura, le deparara la ocasión de leer, privilegio casi exclusivo de la discípula predilecta.

Ramón López saboreaba el dulce néctar de las palabras líricamente entrelazadas, que tantas veces hubo escuchado, o había dicho él mismo con su voz acostumbrada a la cadencia, pero que esta vez un hecho extraordinario le hacía disfrutarlas con una satisfacción insospechada. Sentada en el pupitre, con el rostro ligeramente inclinado Susana escuchaba arrobada, poseída del soberbio encantamiento de los versos, mientras compartía silenciosamente con él toda esa múltiple gama de emociones, que hasta ese momento ambos se habían reservado para su intimidad.

La miró unos instantes, y volvió los ojos al amplio ventanal que daba al jardín, conservando en su memoria el rostro amado, la infinita dulzura de sus ojos verdiazules.

*“Tus ojos tristes de mirar incierto,
recuérdanme dos lámparas prendidas*

*en la penumbra de un altar desierto.
Nardo es tu cuerpo y su virtud es tanta,
que en tus brazos beatíficos me duermo
cómo sobre los senos de una santa...
Y te miro por fin... ¡Pero que raros
se le aparecen a mi fe taimada
tu faz risueña y tus vestidos claros”*

-Hay un nombre de mujer que resume la vida y la obra de este insigne poeta. Ella es la síntesis de su obra, cómo fue el eje de su vida. Las últimas frases las pronunció con un dejo de envidia: ¡Feliz el hombre que conoció el amor, feliz él que ha sido amado, él que ha vivido para consagrarse al sentimiento más tierno y hermoso que pudiera anidar en el corazón de un hombre! Y dejó caer la palabra final con un aire de triunfo: ¡Fuensanta!

Sus labios pronunciaron el nombre de la dilecta inmortal, pero en su corazón estalló un grito ahogado cuarenta años. Era otro nombre de mujer, pero igualmente caro y simbólico pues atesoraba en sus letras la misericordiosa redención de amor, de aquel amor anhelado y esperado cual un espejismo huidizo, que la promesa hiciera más lejano, y que al fin, tras el largo peregrinaje de la insatisfacción, de la duda, del desengaño... tras esa dudosa ataraxia que se despertaba rugiente después de las sofisticadas orgías, de los amoríos insulsos o de las intrascendentes aventurillas, se mostraba en el esplendor único de una delicada y sublime criatura en cuya persona parecía haberse instalado todo el ideal femenino que Ramón López había acumulado en su larga vida de soñador.

*“Esta novia del alma con quién soñé un día,
fundar el paraíso de una casa risueña,
y echar, pescando amores, en el mar de la vida
mis redes, a la usanza de la edad evangélica,
es blanca cómo la hostia de la primera misa
que en una azul mañana miró decir la tierra,
luce dulces los ojos, la túnica sombría,*

y en ungió las heridas las manos beneméritas..."

Las manos beneméritas... quedó vibrando en su interior aquella frase, que le recordaba los tímidos balbuceos con que se inició aquel romance, los primeros apretones de manos, las primeras efusiones, las despedidas en que con los ojos húmedos, ella solía prolongar la única caricia permitida, inocente y sencilla; y dejaba allí, entre las manos aristocráticas del escritor, su mano suave cual el plumaje de una paloma cándida.

Susana comenzó a leer:

*"Cuando contemplo a veces
que plegando los labios enmudeces,
mi adoración pretende en su locura
bajar hasta tu alma a paso lento
y sorprender, en su mansión obscura
como nota de luz tu pensamiento."*

Después habían venido los días en que sacudido por un dulce desasosiego, cerraba el libro para detenerse a pensar en ella.

Urdiendo mil pretextos, un trabajo que corregir, un libro que ofrecerle, se ingeniaba para acercarse a ella, para escuchar el diamantino manantial de su voz.

Y ella acudía dócil y amable, puntual en la clase, formal en aquellas primeras entrevistas a las cinco o las seis de la tarde en la cafetería de la escuela, y después cuando la audacia los llevó más lejos, en alguna nevería aledaña, donde sus cuatro décadas, parecían alargarse entre pantalones ceñidos y música de rock.

A veces, el instintivo afán de huir de aquella red que amenazaba envolverlo, de volver a ser libre, sin ataduras, sin supeditaciones a una llamada de teléfono, o a una cita en que ambos fingían hacerse los encontrados, o que la muchacha intempestivamente cancelaba, lo incitaban a retornar a sus antiguas aventuras, tan fáciles de conseguir, tan fáciles de olvidar ...

*“Al amor aventurero
de cálidas mujeres, azafatas
súbditas de la carne, te prefiero
por la frescura de tus manos gratas.”*

Por fin no pudo continuar más disimulando y una vez que transitaban ambos por algún parque, Ramón López la invitó a sentarse en un banco y le habló de aquella sorprendente afinidad que desafiaba abiertamente su diferencia de edad, asegurándole cuanto le gratificaba saber que siempre sería comprendido por ella, y luego, primero con rodeos, tal si temiera sorprender a la joven con semejante revelación, y tal vez demasiado consciente de que su papel de maestro se deslucía al desenmascarar la verdadera razón de su afán, le confesó su amor. No, no era que sólo buscara hacer de la alumna inteligente un literato en ciernes, no era que pretendiera su amistad, ni eran casuales los encuentros, ni eran accidentales las miradas, la amaba, la amaba con toda la fuerza de los restos de su juventud estéril y malgastada, de su conciencia nítida de hombre maduro, en la plenitud intelectual, donde no podían tener cabida las equivocaciones ni la inseguridad, la amaba con esa santa devoción que sólo había reservado para ella, y que había permanecido en el fondo de su alma inmaculada y tranquila.

Susana le miró profundamente, no hubo sorpresa en sus ojos, se diría que lo supo siempre, que lo esperaba, ni un sólo gesto intentó detener el caudaloso afán de las palabras de su mentor. Ramón López temeroso del veredicto final de la muchacha, le confesó cómo aquel amor le había intranquilizado, le habló de sus noches de insomnio, de su libro que no tuvo calma para terminar, de un viaje cancelado, del tedio que le embargaba entre sus amigos, de su vida solitaria entre la gente y triste entre quienes se manifestaban alegres, le habló de la inquietud con que acostaba por las noches, pretendiendo en vano dormir, cuando estas precedían a los días de clase, en que los temores de no encontrarla en el salón casi le aterrorizaba, del miedo, de su horrible miedo de ser demasiado viejo

para ella, de ser rechazado y hasta repudiado, de no volverla a ver nunca.

*La corona de espinas,
llevándola por tí, es suave rosa.
El madero pesado en que me
crucifijo por tu amor,
no pesa más, que el arbusto
en que canta tu amigo el ruiseñor.
Por tí el estar enfermo es estar sano ...”*

Con aire monótono una alumna morena con pretensiones de actriz recitaba a su turno.

Ramón López miró el reloj, pronto terminaría la clase y le alegró la risueña perspectiva de reunirse con la amada.

¡Oh cuántas horas dichosas le debió a su condescendencia amable! Desde aquella ocasión, en que le había declarado su amor, Susana no volvió a faltar a las citas, no sólo aceptó y alentó lo que sentía por ella, sino que le dejó entrever claramente que estaba correspondido, y que ella compartía sus sentimientos.

*“Celebraré contigo mis regios esponsales,
al rendir el espíritu, de rostro hacia el poniente,
en la paz evangélica de los campos natales.”*

Nunca se había sentido tan plenamente identificado con alguien, se diría que pensaban igual, que habían nacido uno para el otro, que ella era una continuación de él y él se reflejaba en ella.

*“Al mirarte venir los placenteros
cantares del amor desgranaría,
colgada en la risueña galería,
la jaula de canarios vocingleros.
Te aspiraré con gozo temerario,
cómo se aspira en un devocionario
un perfume de místicas violetas. “*

A veces, ella se volvía taciturna y al preguntarle la causa de su repentino desasosiego, con balbuceos de niña, le confesaba que sentía celos. Ramón López se sonreía:

-¿Celos? ¿De quién? ¡Si tú eres la única! ¡Tú representas todo cuanto amo!

Y ella sería le contestaba con pesar:

-Del pasado. Son los fantasmas del pasado

*“Y al sospechar que los recuerdos llenas,
de otro amor ya pasado con la historia,
me muerden el espíritu los celos
y quieren mis anhelos
extender con la sombra de mis penas
la noche del olvido en tu memoria.”*

Entonces él la consolaba, la hacía replegarse contra su pecho y acariciaba sus cabellos rubios y pronto volvía a aflorar la sonrisa en aquel rostro de Virgen de Giotto.

*“¿Oh, yo podría poner mis manos
sobre tus hombros de novicia
y sacudirte en loco vértigo
para lograr que cayese sobre mi tu caricia
cual se sacude un árbol prócer
que preside las gracias floridas de un vergel
para arrancarle la primicia
de sus hojas proventas y sus frutos de miel.*

El conserje llamó suavemente a la puerta.

-Perdone si interrumpo señor profesor -Dijo adelantándose al estrado- Esto es urgente. -Y alargó un sobre que Ramón López tomó desconcertado. -Una señora me pidió que se lo entregara. -Explicó el hombre.

-¿Una señora? -Interrogó López frunciendo el ceño. -¡Déjelo! Gracias.
-¿Y que sucedió con Fuensanta? -Preguntó Irene curiosa.
-Se casaron y fueron muy felices. -Intervino Flor- ¡Cómo en los cuentos!
-No. No consiguieron casarse. -Explicó con embarazo el catedrático- López Velarde se prohibió a sí mismo aquel amor.
-¿Cómo? -Interrumpió Susana -¡Si la quería tanto!
-Eran algo parientes. -aclaró el mentor- Después ella enfermó y murió.
-¿Y él? -Inquirió espantada la joven.
-El...

Susana empezó a leer:

*“¿Imaginas acaso la amargura
que hay en no convivir
los episodios de tu vida pura?
Me está vedado conseguir que el viento
y la llovizna sean comedidos
con tu pelo rubio...
Me estás vedado oír los latidos
de tu paciente corazón,
sagrario de dolor y de clemencia,
la fórmula escondida de mi propia existencia...”*

Ramón López tomó el sobre y lo rasgó. Una extraña inquietud lo devoraba, superior a su empeño de escuchar el poema en labios de su novia. Una letra conocida, que pugnaba por recordar, le arrastró los ojos hacia los renglones torcidos, escritos con un in disimulado nerviosismo.

“Ayer sube toda la verdad. Al fin conseguí que Susana me confesara su secreto. ¡Oh, es horrible! ...¡Está enamorada de ti... y tú eres ¡Su padre!

Ramón López no concluyó de leer la misiva, la estrujó con rabia y desesperación inmensa entre las manos que buscaron su pecho para clavarse las uñas.
Susana continuaba leyendo:

*“Me estás vedada tú ...soy un fracaso
de confesor y médico que siente
perder a la mejor de sus enfermas
y a su más efusiva penitente...”*

LA VENDEDORA DE FLORES

Muchacha que vendías naranjas
y vendías camelias en aquel andén,
al que yo llegué con un equipaje
repleto de versos a tomar el tren.
¿Recuerdas que entonces era yo tan joven
como tú lo eras? ¿Recuerdas también
que usabas blusitas hechas de cantares
y faldas bordadas con hebras de miel?
Y tenías un novio
¿A través del tiempo te habrá sido fiel?
Me platicaste que te casaría
el padre Angel Sánchez, un amanecer.
¡Quién pudiera verte muchacha bonita,
como te vi entonces en aquel andén,
del que yo salí, cargada de ensueños
a correr el mundo en mi propio tren.

Pacona

-1-

En el ambiente flota un hálito húmedo que provocando el sudor, suele abochornar en las horas del medio día en los meses de mayo o junio cuando el calor en todo su apogeo, apenas lo refresca de

vez en cuando un viento fresco, predecesor del puntual aguacero con el que concluyen las tardes. En ocasiones la lluvia dura un buen rato, incluyendo toda la noche y hasta la madrugada del siguiente día. Otras, por el contrario, los vientos se llevan pronto las ubres algodonosas o los vientres renegridos de las nubes preñadas de agua; y se queda solamente, cual un eco distante la sorda voz del trueno proveniente de algún lejano punto de la tercera cadena de montañas que se cierra en uno y otro valle, entonces las noches se iluminan con el intermitente parpadeo blanquiazul de los relámpagos, que desnudan a las crestas sinuosas de la cordillera.

No obstante es por causa de esa humedad, regio obsequio del cielo, que se refresca la tierra caliente por los ardientes rayos del sol mañanero; y gracias a esa lluvia benigna se conserva y renueva esa gama de verdes prodigiosos, que parecen abarcar cual una inacabable tapicería de esmeraldas, todos los matices, facetas, tonos claros y oscuros del maravilloso color de la esperanza.

Y verde se vuelve toda la tierra, tiñéndose con los vivos tonos que debió ostentar el paraíso terrenal, pero con un brillo tan intenso, cómo el que lució el primer día de la creación cuando el planeta era nuevo. El verde embellece valles, bosques, huertos, laderas y montañas, donde la hierbas enanas alternan con arbustos de gruesos troncos y ampulosos follajes, platanares, plantíos de naranjos, cafetales y los alargados penachos de las palmeras, celebrando juntos esa estupenda apoteosis de vida que irradia cómo una prodigiosa sinfonía dirigida por la beatífica batuta de Dios.

Y entre aquel emporio de esmeraldas, deslizándose cual un hilo de circones sobre un suave estuche de terciopelo, los ríos y arroyos vierten sus aguas transparentes en numerosas lagunas, estanques, presas, cascadas, donde el cantarino líquido al derramarse desde la altura sobre los peñascos entona una perenne salmodía, que entre una pletórica efusión de circones se vuelve espuma, brisa y abanico.

Agua abundante y sabia, nacida de las entrañas de la tierra destinada a saciar la inacabable sed de hombres y de bestias,

reviviendo además las vaquitas, las canelas de la Virgen, los cepillos, los changuitos, las gallinitas, los manuelitos, pulpos, lirios, flores de liz blancas y rojas, pitayas de colores rosados, flores de cera, orquídeas, camelias de alabastro, lirios de morados arzobispales, gardenias de porcelana y esa hermana extraña de la caudalosa cofradía vegetal que los lugareños bautizaron como galán de la noche.

El benemérito líquido baña, pule, lustra y hasta abrillanta los techos y las cúpulas, los campanarios y las azoteas, las baldosas y los mosaicos y hasta los malos pensamientos de los hombres, dejando calles, plazas, y huertos cómo nuevos.

En aquellos valles de bonanza también pastan los rebaños de ovejas y de cabras y las pezuñas de las vacas pintas se hunden en la tierra renegrida, mientras pasean las gallinas seguidas de su prole de polluelos y corren nerviosos y asustadizos: conejos, liebres, armadillos, pavos, tlacuaches, tuzas, ardillas, zorras y ratas de campo; y más adentro donde el bosque se hace espeso, habitan también alguna tribu de monos, una lechuza dormilona, un sagaz gato montés y hasta una bandada de murciélagos que tienen por residencia el negro agujero de una caverna; y entre aquella efusión del color sonrío una granada enseñando sus tentadores dientes de rubíes, mientras cuelgan papayos, ciruelos, duraznos, capulines, higos, aguacates, nísperos, tamarindos, chico-zapotes, ciruelos, menbrillos, compitiendo en aromas, y sabores y azucarando variopintos el himno de la hartura.

Es el trópico.

El trópico exuberante y lujurioso, haciéndose fruta suave y jugosa, cómo los labios de una mujer.

--2-

El pueblo de San Miguel Arcángel debe su nombre al santo patrono alado que se venera en la parroquia del lugar. El imaginario y aguerrido defensor de la fe, se representa con una estatua, no se sabe

si de yeso, de estuco o de madera, y mide casi dos metros de altura. La descomunal potestad de sexo indefinido, pues se ignora si es hembra o varón, ya que los femeninos cabellos largos y el cutis lampiño y delicadamente sonrosado, contrastan con la indómita actitud del gesto duro y certero, donde el poder, la determinación y la reciedumbre del vencedor se complementan con la robusta complexión del torso, la férrea musculatura de los brazos, la gruesa pantorrilla, la tosquedad de las manazas y el grosor de los dedos hechos para empuñar una descomunal espada, cuyos filos teñidos de pintura plateada están prestos a hundirse en las entrañas del genio del mal. El arcángel viste una túnica corta y calza sandalias cuyas correas se anudan en los tobillos, las piernas están dispuestas para la lucha, los pies se apoyan firmes y el cuerpo todo acusa más bien el gladiador que al santo, al héroe o al guerrero mejor que al místico. Para determinar su angelical estirpe, dos largas alas le nacen de las espaldas y pareciendo rozar el suelo, reaniman el viejo sueño humano de volar, elevarse, horadar el éter y desafiar las distancias, las alturas y las leyes de gravedad.

San Miguel no es un santo que convide exactamente a la plegaria, a la petición de gracias o favores o al encuentro de los milagros; en su fisonomía no hay un sólo indicio de compasión; todo en él es coraje, fortaleza, arrojo; su interminable oficio consiste en combatir al malo, a la tentación, al pecado, defendiendo con desnudo la pureza, la fe, el inconcebible imperio de Dios, triunfando siempre de las asechanzas del frecuentemente humillado, aunque también a veces triunfador momentáneo, que suele escurrirse desde su abismal reinado envuelto en llamas y tinieblas, hasta las no muy tranquilas conciencias de los hombres..

Preside el batallador el altar principal del templo pueblerino, debilitando incluso la imagen de un Cristo, que de menores proporciones se eleva pendiente del alto techado, tal si el manso crucificado requiriera de un valeroso lugarteniente que defendiera su cuerpo flácido y exangüe, azuloso y llagado, al que la estupidez y la intransigencia religiosa hicieron clavar en una burda

cruz, sintetizando en el horrendo suplicio toda la insaciable crueldad de los hombres..

El pueblo acude ante los pies de la imagen, con una mezcla de fe y de temor, cómo buscando su protección y procurando granjearse su amistad para sustraerse del castigo por si se deja atrapar en las apetecibles y hasta en ocasiones sabrosas garras del pecado, resbalando en las atractivas tentaciones del vicio, la lujuria, la embriaguez, el orgullo y sus variantes y esa numerosa sarta de pecados que los psicólogos contemporáneos etiquetan universalmente con un sólo nombre: naturaleza humana.

Mas para el que no pretenda inmiscuirse en los vericuetos teologales, le resultará mucho más cómodo decir que el poblado en lugar de proclamar el nombre del fantástico luchador, se llama simplemente San Miguel de los Plátanos, epíteto muy propio, ya que en sus alrededores proliferan como arenas de una playa, los platanares de todos tamaños, muchos con los vastos racimos colgantes del sabroso manjar, preferido de humanos y primates, que la generosa tierra tropical regala para el solaz en tan descomunales cantidades, que aún alcanzando a saciar el apetito de cientos de estómagos, dejan un considerable excedente que se pudre sobre la tierra, se tira al río o se embarca, vendiéndolo a menudo por un precio irrisorio para el consumo de los hambrientos capitalinos, quienes lo adquieren a un precio mucho mayor.

Y es que para llegar a San Miguel de los Plátanos, no había, por lo menos en los tiempos de esta historia, demasiados medios de transporte que acarrearán a los centros de consumo la sabrosa fruta, pues sólo existía el ferrocarril, en cuya bodegas dentro de la estación se atrincheraba muy verde.

El tren mixto que corría por una vía angosta, partía de una ciudad pequeña, en dirección a otra menos importante aún, pero comunicando un considerable número de pueblos y rancherías, mediante una cadena de estaciones y hasta de parajes donde no se levantaba ni tan siquiera un jacal, pero en cuyos terrenos se había plantado como señal de parada un letrero que denominaba el título

del lugar, casi siempre bautizado con un nombre extraño que en ocasiones bien poco tenía que ver con el entorno: El Vergel, Los Limones, El Atolladero, Las Bugambilias

-3-

No es recto ni mucho menos fácil el camino, los durmientes de madera parecen haber sido puestos sobre el aire pues el terraplén es tan angosto cómo los rieles; y en trechos la vía se asienta sobre unos centímetros de tierra, que no obstante erosionada, parece preservar de los peligrosos voladeros.

Los caminos cruzan sobre puentes que desafían barrancos, mientras muestran en el fondo de sus profundas gargantas un delgado hilo de agua que la luz del sol delata entre la monótona e intensa verdura.

Arrastra el tren una antigua locomotora de vapor de apenas 95 toneladas, negra, escandalosa, vociferante, armada de su tender del que siempre va escurriendo agua y aceite; su caldera por cuya boca se suelen asomar indómitas las llamas rebeldes a la prisión del encierro, su silbato de vapor que suena cómo un lamento, sus chimeneas que arrojan constantemente un humo negro o blancuzco, o el vapor de agua cuya prolongada ebullición no conoce el descanso; y entre aquella endiablada estructura de fierros andantes destacan las ruedas principales altas, aceradas, pintadas de rojo, a las que anima el empuje de las flechas. La locomotora tiene algo de monstruo, tal si su farola que despide una potente luz amarillenta, fuera el ojo único de la cara de un cíclope provisto de una enorme nariz, no obstante, su natural dantesco se anima con el agudo sonsonete de una campana que repicando entre los bosques y las serranías, alegra los parajes anunciando la prosperidad tal si fuera pregonera de una insinuante invitación a la lejanía, a las tierras extrañas, y a las ciudades desconocidas plenas de todas esas cosas que las vuelven irresistiblemente tentadoras a los pobladores del campo: tiendas, cines, edificios, avenidas, hasta que viven dentro de

ellas y sufren con la franca o velada subestimación, el hacinamiento, la suciedad y la miseria con sus variantes de violencia y de soledad ¡La dura soledad del concreto y del asfalto!

Allí el anonimato lleva la más absoluta y cruel deshumanización, sólo el consumo salva, consigue, y casi compra la posibilidad de ser aceptados por los demás, cuya actitud convenenciera es cada día más descarada. .

Pero el ferrocarril significa también progreso, comunicación, riquezas. Aunque se trate de un convoy pequeño formado por el crujiente y destartado coche-correo, bien provisto de sus casilleros de madera donde se apilan sobre y encomiendas, bultos y paquetes cuidadosamente etiquetados por las manos activas del eficiente distribuidor de sorpresas. Le sigue en ocasiones un carro-tanque rematado por su enchapopotado copete, cuatro o cinco carros-caja pintados de un tono rojizo olientes a cuanto produce la región: chiles, semillas, frutos; algún carro-jaula para el transporte del ganado y al último un par de vagones para pasajeros, donde se apilan en dos categorías los viajeros, comerciantes algunos, campesinos otros y uno que otro excursionista despistado en busca de paisajes, aire puro y sol sabroso. La prole tan larga suele ser desproporcionada para las fuerzas de la locomotora que al trepar las cimas: gime, jade, se arrastra, se detiene para recobrase; y luego, con un esfuerzo inaudito, en el que suelen hasta patinar las ruedas altas, prosigue la subida, o se acelera peligrosamente en las bajadas violentada por las pronunciadas pendientes, entonces, su desesperación debe ser contenida por las ágiles manos del maquinista quién hace esfuerzos, aplicando el aire, o infiltrando arena entre las ruedas de los vagones, para aminorar el vértigo e impedir que el tren se desplome o se descarrile.

De la última estación al poblado de San Miguel de los Plátanos median unos veinticinco minutos que suelen alargarse cuando el tren viene muy pesado; en el trecho menudean las crestas, las curvas, los puentes y hasta un túnel en cuya penumbra humosa se hunde el convoy; entonces, a la salida de la cueva, el fogonero suele

anunciar el próximo arribo con tres o cuatro largos pitidos, aunque todavía quede un largo trecho por recorrer, una subida prolongada ... y luego un descenso difícil que culmina con el paso sobre un largo puente cuyos arcos se hunden en el río profundo, sobre un barranco de follaje tan tupido, que apenas permite dejar a la imaginación el escondido lecho del río. Entonces, maderas y fierros crujen, el maquinista aminora la velocidad y conduce su tren con el minucioso empeño que evade el peligro; al fin, el ferrocarril, victorioso de todos los obstáculos, vencedor de las distancias, respetuoso del horario establecido, atraviesa una llanura en cuyo extremo se levanta un cerro donde sobre una mansa planicie se elevan las torres de san Miguel de los Plátanos y asoma el edificio del ayuntamiento, cuyos encarnados ladrillos sobresalen entre las casitas blancas, coronadas algunas con techos de tejas rojas, otras las más humildes , simplemente rematadas con un techo de paja o una cresta de zacate dividida por aquello de las lluvias frecuentemente torrenciales, en dos aguas.

-4-

Un barullo de día festivo se expande momentáneamente en la vieja estación hecha de piedra, madera y tepetate, pues una multitud de curiosos ávidos de presenciar un espectáculo no por poco frecuente menos atractivo, se agolpa en el andén.

Los comerciantes se apresuran con sus voluminosos fardos, se oyen risas nerviosas y hay una verdadera catarata de abrazos, apretones de manos, recomendaciones y hasta algunas llantos y lágrimas que humedecen las despedidas.

El tren aparece majestuoso, imponente, repicando su campana, mientras el viejo reloj de una de las torres del templo da pausadamente las doce del día.

Una turba de chiquillos morenos, descalzos, con las caras tostadas por el sol, los cabellos hirsutos, vestidos pobremente y peor calzados o descalzos, sonrientes, tímidos o audaces se acercan a los

ventanillos de los vagones que se detienen con el consiguiente chirriar de los frenos para solicitar alguna moneda o simplemente se conforman con mirar a los viajeros.

En ese instante, cómo un hada surgida de un encantamiento, entre la turba de humildes mujeres que ofrecen sus rústicos manjares: frutas de los huertos, gordas de maíz con frijol y chile o dulces de tamarindo; aparece bella, rozagante, cómo una ninfa escapada de los bosques circundantes: la vendedora de flores.

Viste sus años mozos, no más de 16, con una blusa escotada, propia para la tierra caliente, en la que se lucen dos hombros canela, bien torneados, un cuello sedoso, un talle fino y esbelto que se cierra con una cintura breve y que desciende en las caprichosas caderas que sostienen las piernas realmente soberbias, unos pies diminutos rematan aquel cuerpo juncal complemento de un rostro dulce donde la sonrisa, la gracia, la delicadeza, se conjugan en la intensa negrura de los ojos, en el perfecto arco de las cejas, en el rizado abanico de las pestañas; en su cara ríen la coqueta naricita, las mejillas suaves, la boca sensual, cuyos labios hechos para las palabras suaves, guardan la intacta blancura de unos dientes perfectos donde la sonrisa parece ensancharse.

La vendedora gusta ponerse faltas amplias y delantales de colores, los zapatos aunque modestos, van siempre limpios y bien lustrados, tal si acudir para ofrecer su perfumada mercancía, significara una fiesta para ella; la joven tiene los cabellos largos y sedosos que le descienden hasta la cintura, donde apoya el coqueto cestillo en el que se acomodan sus flores que ella suele combinar en pequeños ramilletes, en bouquets, atándolas con lazos multicolores: camelias recién abiertas, orquídeas sofisticadas, lirios aterciopelados, rosas de rojo intenso o de amarillos tenues cómo de amaneceres, espléndidas azucenas...a veces, un chiquillo de ocho años, su hermano menor, la acompaña, llevando en la espalda las varas de los nardos, los elevados tallos de los gladiolos, o los verdes cuellos de los alcatraces, otras, el pequeño toma los ramos con sus brazos

morenos y su cara se esconde entre las flores. La vendedora levanta el cesto hasta las ventanas, y los viajeros no atinan si admirar la belleza viviente de la joven o la transitoria hermosura de la planta arrancada de la tierra para morir entre el cristal de un florero, o con mucho mejor suerte entre los cabellos de alguna muchacha.

Algunos días, la vendedora suele ofrecer también naranjas dulces y jugosas que va sacando de un tenate, que rebosante del fruto apenas puede sostener el muchacho. Los pasajeros regatean, pero al final compran, y ella, complacida, les regala un clavel o una gardenia, sonriéndoles con tanta gratitud por la compra que se quedan mirándola hasta que el convoy vuelve a iniciar su quejumbrosa marcha.

La joven entonces corre ligera hasta su pequeña casa enjalbegada y erigida a la mitad de un jardín amorosamente cuidado, entre cuyos árboles anidan bandadas de pájaros cantarines y hasta dos loros gritones y parlantes.

En la estancia que hace las veces de alcoba del padre, entra presurosa seguida del chico y vierte sobre la mesa con afectuosas palabras, los billetes enrollados, y las monedas; y luego rodea con los brazos al viejecito mustio, con el sombrero de paja embutido en la cabeza cana y una mano sobre el bordón, que ha estado aguardando pacientemente la tierna caricia de la hija, quién así gana el sustento del hogar.

-5-

-¡Mira! -Le dice- ¡Cuánto dinero traigo! ¡He vendido casi todo! ¡Habrá para tus cigarrillos y hasta sobrá para que te eches un buen trago!

Y en la boca desdentada del viejo se asoma una sonrisa.

-¡Gloria! -susurra- ¿Qué haría yo sin tí? ... tan viejo, ¡Si ya no sirvo para nada!

Y ella le reprocha dulcemente:

-¿Cómo que no sirve mi Tata?- Sirve pa que lo quiera, pa que lo quiera mucho ... sino ¿Pos a quién iba yo a querer?

El anciano le devuelve la caricia con torpeza, acariciándole el cabello con sus dedos artríticos.

-¡Ya llegarás a querer a alguien! - Anticipa profético- ¡Y también serás querida! ...No tanto cómo te adora este viejo ... o mas bien de otra manera.

-¿Y pa que necesito que me quiera naiden? ...con que usted me siga queriendo igual me basta.

El amoroso padre le toma las manos.

-¡Qué manos tan suavecitas tienes muchacha! ...Ni parece que han trabajado tanto. ¿Te acuerdas cuando eras pequeña? Me ayudabas a desyerbar el predio, a abonar, podar, resembrar. ¡Y hasta a aflojar la tierra!

-¿Pos quién le iba a ayudar sino yo? ... Estaba usted solito. Mi hermanillo apenas gateaba.

-Sí. -Le responde el padre- Tu mamacita que en la gloria de Dios esté, nos acababa de abandonar .. -y los ojos se le humedecen- mi vieja tan buena y tan sufrida...¡Siempre me aguantó tantas pobreza y hasta que me echara unas copas, de vez en cuando!

-¿Pos que iba a hacer sino? ¡Usted era su consentido!

-Pero ya ves ... se nos fue ... y nos quedamos solos -se queja el hombre pero luego rectifica- en fin, no se debe ir contra la voluntad de Dios. El sabe porque se la llevó.

-¿Y entonces, yo que?...¿Yo no cuento? ...Aquí estoy pa acompañarlo, pa cuidarlo y hacerle su comida, y darle sus medicinas... y a propósito ya va a ser la hora de su pastilla.

Y la joven recoge en el cajoncillo del viejo aparador oloroso a cedro, un frasco del que extrae una píldora, toma un vaso limpio y lo llena del agua fresca de un botellón de barro y luego lo acerca a los labios marchitos de su padre.

-¡En el nombre sea de Dios! -Le dice- Esta medicina le va a caer bien, y hasta le va a dar mucha hambre; porque ya voy a prepararle su comida ¡Hoy si se va a chupar los dedos!- Y volviéndose al hermano le ordena- Ándale Mateo, házme una buena lumbre.

-Voy corriendo.- Responde el chiquillo.

El viejo se queda pensativo y repentinamente le dice:

-¡Eres igualita a tu madre!

Pero ella ya no le escucha, se ha perdido en la cocina. Allí vigila los cocimientos, prueba con una cuchara de madera los caldillos, pica cebollas, chiles, ajos y hasta una papaya colorada y una piña amarilla bien jugosa, de vez en cuando se asoma por la única ventana que luce sus cortinas recién lavadas para echar una mirada hacia el padre quién parece dormir, luego viene a la mesa de pino sobre la que desparrama un mantel a cuadros y con gusto exquisito dispone dentro del florero un hermoso bouquet de flores con tanto esmero y gusto que los colores parecen esparcirse por toda la estancia, luego coloca los platos, los cubiertos, y unos jarros olorosos a barro, un cántaro con agua fresca de limón, en tanto Mateo continua avivando oficioso la lumbre.

-Apurate Mateo - le dice- que debes comer pronto para irte a la escuela.

Mientras termina de preparar los guisos, la vendedora de flores canta y con su voz parecen alborotarse los loros que visitan los árboles del huerto, mientras los pájaros de tornasoles plumajes se bañan en el bordo del pozo, donde además de saciar su sed, esponjarse y gorjear, suelen darse un estupendo banquete de pequeños insectos.

Un nido de golondrinas que suelen pernoctar en un rincón del techo recubierto con tejas se alborota, vuela sobre los árboles frutales, mientras que algunas de las confiadas aves picotean sobre las macetas y se atreven a posarse sobre el ventanillo de la cocina.

La joven las recibe con un cariñoso:

-¡Hola amiguitas!

Un ave la mira un instante y se remonta nuevamente.

Gloria se vuelve a Mateo para preguntarle:

-¿Y terminaste anoche tu tarea?

-Apenas. -responde el chiquillo.

--Pos entonces ve por el Tata antes de que se enfríe su caldo.

El Tata viene renqueando apoyado en el hombro de su vástago.

La muchacha ha servido un chiquihuite de tortillas calientes, apenas salidas del comal, un molcajete de salsa con tomates y cebollas finamente picadas que en la negrura de la piedra luce apetitoso. El caldo humea, huele a pollo fresco pero lleva además una ración generosa de zanahorias tiernas, calabacitas, chayotes, garbanzos, arroz y rodajas de aguacate. El viejo empuña la cuchara, el chiquillo hace rollo su tortilla y la anfitriona está más pendiente de que su padre se alimente bien y de que su hermano parta a la escuela que de comer ella misma, aunque entre sentarse y levantarse a servir se lleve un bocado a la boca. El banquete se irá bajando con buenos sorbos de agua preparada con los jugosos frutos del limonero. Al final del postre que consistió en un mango maduro, mima al viejo.

-¿Comió bien mi tata?- Pregunta Gloria- ¿Le gustó el guisadito? ... es cómo el que le hacía la mama, ella misma me lo enseñó, aunque claro le salía más sabroso. ¡Tenía muy buen sazón! Pero ya iré aprendiendo, no pase apuro.

Y sonríe, y su risa parece reanimar las orquídeas y gardenias que se han encogido acaloradas a esa hora ¡Y todas las flores la perfuman, tal si compitieran por incrustarle su aroma!

El chico se ha ido corriendo a toda prisa a la escuela temeroso de llevarse una reprimenda de la señorita Enriqueta.

La vendedora ayuda al anciano a instalarse en su hamaca, ya que con una siesta le hará mejor la digestión, y ya repuesto se pondrá listo para irse a la plaza paso a pasito al palique con sus amigotes.

Al rato, la casa blanca en medio de un enjambre de verduras, plantas, árboles y flores, se irá refrescando con el cotidiano aguacero vespertino, después ella se pondrá a cortar las flores para ofrecerlas como todos los días a los viajeros del tren mixto, el tren de las doce.

-6-

Cómo en muchos pueblos del trópico la vida en San Miguel de los Plátanos transcurre apacible y tranquila. Sus habitantes se conocen unos a otros pues las calles apenas rebasan un par de

docenas, y aunque las que convergen en la plaza llevan una débil capa de asfalto, muchas otras tienen la tierra suelta y algunas aceras de cemento. En los alrededores sólo existen veredas en cuyos flancos crece la hierba tentación continua de asnos y mulos que transitan cargados de café, rastrojo, legumbres, leña, cocos y hasta botes de leche tibia y dulce olorosa al establo que se ubica fácilmente por su penetrante aroma. A la salida del pueblo y bajo una tupida alameda hogar de cientos de pájaros se acurruca el viejo cementerio, con las puertas siempre abiertas tal si invitaran a pasar a la eternidad. No existen lápidas suntuosas, aunque en algunas tumbas se advierte el afectuoso cuidado de los deudos que siembran flores al pie de las sencillas cruces de madera. Más lejos, al pie de las faldas del cerro más alto de la cadena montañosa que circunda la villa, se divisan las ruinas del casco de alguna hacienda olvidada, seguramente importante beneficio de café, bajo cuyos techos derruidos por la humedad se habrán cobijado suntuosos esplendores. Hoy sólo queda en pie la capilla cuyas pesadas puertas permanecen siempre cerradas con una cadena y un grueso candado tan oxidado que nadie sería capaz de abrir; no obstante en el patio empedrado aún se asienta intacta una docena de árboles copudos y en el tronco de alguno de ellos algún campesino suele atar a su burro, viejo compañero inseparable de un par de famélicos canes, enflaquecidos por las vigilias, campeones del ladrido aunque raramente fieros.

La plazuela la forman en un rectángulo perfecto: la parroquia, el edificio de la presidencia, el único de dos pisos con aires europeos en la descuidada fachada, el enorme atrio de la parroquia, un portal cómo ni mandado hacer para protegerse de las frecuentes lluvias, bajo cuyas arcadas se agrupan media docena de tenduchos, donde el mercero, el zapatero, el del taller de talabartería, un panadero, un boticario y un próspero abarrotero conviven con otra tienda esquinera provista de un modesto aparador donde se exhiben humildes vestimentas de mujer, pantalones y camisas para los campesinos, tela, delantales, huaraches, zapatos y sombreros y entre una lamentable confusión: martillos, serruchos, machetes y modestos

instrumentos de labranza. La dichosa tienda es propiedad del riquillo del lugar quién en unión de dos o tres dueños de los llamados beneficios de café hincan el diente sobre la peonada casi miserable.

No obstante lo modesto de la mayoría de las viviendas, se pueden contemplar cinco o seis casonas con reminiscencias porfirianas, algunas de ellas con sus zaguanes siempre abiertos para lucir patios llenos de macetas con tulipanes, helechos y plantas de ornato de variados tamaños y colores. Exhibiendo también a veces viejas sillas de bejuco, hamacas, corredores pletóricos de jaulas de pájaros y en algunas hasta el hierro forjado que se conserva intacto en la balconería, los vidrios cincelados y hasta algún vitral.

La única calle verdaderamente animada alberga a la escuela y al mercado donde se mezclan los intensos aromas de quesos, carnes, tamales, hortalizas y jarros rellenos de cremas, requesones, jocoque, así como pescados secos colectados en las lagunas aledañas o en los riachuelos.

Un jardín con su indispensable kiosco y algunas bancas de hierro es el lugar preferido de dieciocho o veinte ancianos meditabundos, sombríos, con la morena piel reseca y el insustituible sombrero blanco que ha soportado muchos soles y muchas lluvias, los cuales se reúnen para hablar de las mismas cosas: el café, las lluvias, las festividades para el santo, las defunciones, las misas y cuando ha pasado la recolección sobre el tiempo de la guayaba es decir de la miseria.

La iglesia sólo tiene campanas en una torre; y únicamente se tocan juntas en la fiesta del santo, cuando la cohetería, los juegos artificiales y los sones huastecos acompañados con arpas y guitarras, sacuden por dos o tres días la modorra del pueblo.

También acostumbran festejar el 16 de septiembre en que los escolares engalanados con blancos uniformes desfilan sudorosos con las caras muy risueñas y sólo cuando se recoge una excelente cosecha de café se hace celebrar una misa de acción de gracias en honor del santo, cuya pesada efigie es llevada en procesión acompañada de música y juegos artificiales.

El atrio de la iglesia es el sitio preferido de reunión del beaterío pueblerino, cada vez más raquítrico, pero que suele animarse en las tardes calurosas de mayo cuando las chiquillas van a ofrecer flores a la Virgen, que dicho sea de paso también ocupa un lugar secundario en el altar mayor del templo, la ofrenda culmina con la primera comunión de las niñas, quienes volverán a vestirse de blanco, si tienen suerte, cuando sean novias.

El padre Angel Sánchez es a veces huraño y hasta amenazante, otras, cristianamente compasivo, dirige a su católica grey desde que nace, se bautiza, confirma, comulga, contrae nupcias y muere, y él administra la extremaunción y reza el oficio de difuntos.

La campirana existencia se cobija bajo un cielo mañanero azul brillante, un sol despiadado, que a veces interrumpe una bruma grisácea, y otras, luna lluvia intermitente, o un aguacero fuerte de escasa duración.

En las primeras horas del anochecer de los jueves y domingos muchachos y chicas conversan, ríen, mientras comen elotes asados, refrescos, paletas heladas y golosinas.

Suele haber en agosto noches estrelladas, cuando la luna redonda como un enorme ojo sin pupila, como una hostia helada, preside la pegajosa y suave calma que se arrulla con cantos de grillos y cigarras.

Entonces, dentro del hogar de la vendedora de flores, ella habrá seguramente terminado de trenzar los ramos, hacer los manojos y luego, soñolienta, entre los bostezos del sueño, conduce su colorida mercancía al brocal del pozo para que el rocío mañanero impregnando su frescura, abra los pétalos de las flores y las haga aparecer tan rozagantes como ella.

A esas horas su Tata ya va en el tercer sueño y Mateo debe haberse quedado completamente dormido sobre el cuaderno. Entonces Gloria, se persigna y le reza al santo para que el día que está por iniciarse le traiga suerte y venda mucha flores y hasta naranjas y plátanos si los hubiere.hasta terminarlos.

Aquella mañana cómo muchas otras el tren se detuvo puntualmente frente al andén de la estación, pero esta vez, no guiaba la locomotora el mismo maquinista, aquel señor que escondía el cabello ya entrecano con una gorra ferrocarrilera rematada con una visera de mica verde. El mixto era conducido por un muchacho de semblante risueño, a quién costaba trabajo dada su extrema juventud, identificar en un puesto de tanta responsabilidad.

El rielero parecía verdaderamente fascinado por el voluptuoso paisaje tropical que se había abierto ante sus ojos cual un abanico de prodigios..

Realizaba su primer viaje por aquella ruta y aunque siempre cuidadoso del buen funcionamiento de la máquina encomendada, observaba continuamente sus verificadores, sus miradas se obstinaban en desviarse hacia el paisaje.

-Aunque ya me habían hablado de toda esta belleza, se quedaron cortos. -comentó al fogonero.

--Ya te irás acostumbrando -le respondió éste- a Don Celso en cambio, el viaje ya la aburría.

El nuevo maquinista quién tampoco estaba habituado al trajín de la estación, se quedó cómo embobado presenciando el singular espectáculo.

-Hay mucho movimiento. ¿Es un pueblo importante?- Le preguntó a su compañero.

-Bueno, tiene su comercio -respondió el otro evasivo.

Pero el maquinista no le puso atención, pues sus ojos se habían quedado prendidos en la grácil figura de la vendedora de flores atareada en ofrecer a los pasajeros las bellezas de su tierra.

-¿Has visto? - Dijo al fogonero ocupado en medir el aire y la presión de su caldera- ¡Qué muchacha más bonita!

-¿Quién?-Le preguntó el despistado, al par que sacaba la cabeza buscando en el andén.

-¡Esa jovencita! -Exclamó el ferroviario. ¡Es casi una niña! ¡Pero que hermosa!

-¡Ah! ¡Es Gloria! -Respondió el otro distraídamente- siempre viene a vender flores, pues con su venta sostiene a su padre viudo y enfermo. A veces, se le quedan a la pobrecita, pero otras tiene buena suerte, sobre todo cuando nos detenemos un poco más, porque el jefe de estación nos entretiene con las órdenes. Se sube a los vagones, y luego cuando siente que empezamos a avanzar se baja apresuradamente con su canasto con la agilidad de un muchacho. Sólo una ocasión en que don Celso traía prisa por el encuentro con un carguero que nos estaba esperando en el cambio para que le dejáramos la vía libre, la pobre chica no se animó a bajarse y lo hizo hasta el encuentro ... me imagino que tuvo que regresar a pie ... y está lejos caminando, no te creas...

El maquinista apenas lo escuchaba, mientras llenaba sus ojos con la lozanía de la muchacha.

-Ahora no llevamos tanta prisa -consintió- tomaremos agua, total cinco o diez minutos, los repondremos luego.

El fogonero le contestó algo así como estamos bien de agua, pero el obstinado trenero no sólo se había bajado ya de la locomotora sino que caminaba armado de un largo embudo con aceite hacia los vagones de pasajeros, simulando que revisaba las mangueras de aire o los enchapopotados engranes, así se fue acercando hasta Gloria que animaba a un pasajero regatón.

-¡Veálas usted! -Insistió la vendedora- Están tan frescas, que si las pone lueguito en agua le alcanzarán a durar algunos días.

El pasajero se dejó convencer y aceptando el trato dejó caer unas monedas, entonces con una audacia que el maquinista no se conocía se acercó para pedir a Gloria:

-¿Y a mí no me vende un ramo preciosa?

Gloria se quedó de momento estupefacta, pero reaccionando con rapidez y sin dejar de sonreír respondió:

-¿Y cómo habría de vendérselo al señor maquinista? ¡A usted se lo regalo!

Y escogió el más bello bouquet de azucenas que puso en las renegridas manos del ferrocarrilero con una sonrisa tan franca que aumentó el azoro en los ojos del joven, que no tuvo valor para rechazar el ramo que tomó sin dejar de mirarla.

-Gracias -murmuró- pero no quisiera abusar. ¡Usted viene a hacer su lucha!

-Todos debemos trabajar -concedió ella.

-Ciertamente. Pero me apenaría que usted se deshaga por mí, del mejor ramo ...que pudiera vender por un buen precio -y agregó conciliador- Todavía hay tiempo.

-No guarde cuidado. - respondió ella- voy al coche de primera haber si acabo!

-Pues que tenga mucha suerte -se despidió el maquinista, y al ver que ella ya se alejaba, mientras veía el ramo agregó - ¡Mi madre se lo agradecerá!... seguramente lo pondrá en el altar de la Virgen.

Aspiró el perfume llevándose el ramillete hasta la nariz, pero el jefe de estación ya impaciente lo arrancó de sus sueños, urgiéndole con un manojito de órdenes.

-Ya está usted retrasado. -advirtió- la parada aquí es de siete minutos.

-Mi compañero está poniendo agua.

-Si claro. -admitió- Pero en cuanto termine ¡Adelante!

-Si señor. -Respondió comedido- ¡Y conste que me quisiera quedar!

-¿Le gustó el pueblo? -Interrogó el hombre halagado- Pues yo soy de aquí, pa lo que se le ofrezca, a ver cuando quiere darse una vueltecita.

-Gracias. -dijo el de la máquina y le extendió la mano- Don Celso está enfermo y creo que tiene para rato ... y me han enviado a mí a suplirlo, cómo soy extra ... lo traen a uno de un lugar a otro.

-Pues bienvenido compañero y hasta mañana.

El jefe de estación se dio media vuelta y entró en la oficina del telégrafo. El maquinista trepó en su locomotora, en tanto el fogonero daba un largo silbatazo y echaba a rodar su campana.

El rielero alcanzó a ver cómo la vendedora de flores bajaba presurosa con el cestillo vacío.

El tren inició su marcha lentamente. El maquinista eligió el lugar menos caluroso para dejar su ramo y se dedicó a buscar a la joven con los ojos, ella se quedó parada en el andén mirando partir el convoy.

El se quitó la gorra para decirle adiós, ella le correspondió con la mano.

El continuó contemplando aquel rostro precioso que parecía incrustarse en las laderas, en los valles, que atravesaba su estrepitosa locomotora.

Ella se encaminó agitada hacia su casa, refunfuñando al hermanito.

-Corre Mateo, ya se nos hizo tarde. Nos ganó la hora. Ya debía estar lista la comida del Tata ...

-Pero acabamos ...-Advirtió el chiquillo.

-Nos fue requete bien -admitió ella- ¡Cómo el tren se detuvo tanto rato!

Y recordando la sonriente cara del rielero agregó:

-Ojalá y mañana regrese.

Empezaba a saborear la felicidad.

-8-

Y así volvió a ser cada día. Tan pronto se detenía el convoy, la vendedora de flores sonreía como una chiquilla alborotada y se iba corriendo hasta la locomotora para depositar en las manos del joven maquinista el perfumado ramo de azucenas. Inútiles fueron los ruegos del muchacho tratando de convencerla de que a cambio de la bella mercancía aceptara algún dinero, hasta que temiendo lastimarla prefirió dejar de insistir, en cambio, detenía sistemáticamente el tren todo lo que más podía, pretextando carga, agua, algún desajuste mecánico; y entretanto la joven no desdeñaba subirse a los vagones donde iba y venía primero con las flores y cuando acababa con ellas con el canasto de las frutas, hasta que ante la insistencia del jefe de estación se concluía la parada con un largo silbatazo de la locomotora y el reintegrado tin-tin-tin- de la campana, entonces la

joven descendía apresuradamente del tren y corría a despedirse de su amigo con un adiós preñado de cálidas sonrisas.

-¡Adios! -le gritaba él.

-Adios no. ¡Hasta mañana! -Respondía ella.

-9-

Y cada quién volvía a su trabajo cotidiano, el maquinista debía recuperar el tiempo que había empleado indebidamente, y ella, presurosa y feliz retornaba a su casa donde su padre le advertía

-Hija, ya no trabajes tanto que nos estamos volviendo ricos; y luego

¿Qué vamos a hacer con tanto dinero?

Gloria reía de la ocurrencia, pero una tarde al regresar encontró al viejecito respirando con mucha fatiga.

-¿Qué le pasa a mi Tata? -Preguntó alarmada.

-Que me ha de pasar ... que cada día estoy más viejo. Ya todo me duele y me cansa, hasta caminar. Un día seguramente ya no podré moverme ¡Y que lata te voy a dar hijita! ¡Ojalá que me muera pronto!

La muchacha se sintió cómo herida por un rayo y apenas sirvió el almuerzo al viejo, voló en busca del médico, otro anciano, a quién tuvo que ayudar, pues apenas podía dar algunos pasitos cortos y se detenía.

-¡Ya estamos los dos muy viejos doctorcito! -Le dijo el Tata cuando entró- Y mire que hacer el sacrificio de venir hasta acá a verme ...

-Y con mucho gusto don Melchor. Vamos a ver que le pasa ... y no diga que somos viejos, porque todavía estamos bien correosos.

El Médico tomó su estetoscopio y lo aplicó al corazón y a los pulmones subiéndolo y bajándolo por el torax del paciente, luego sacó su buanómetro y lo aplicó a un brazo que desnudó previamente.

-Vamos a ver cómo anda esa presión.

El galeno después de hacer funcionar el aparato varias veces diagnosticó:

-Lo que me tenía. Tiene usted bastante alta la presión, pero no se asuste. -Y dejó en Gloria una mirada tranquilizadora- Espero que le baje con esto -añadió mientras escribía sobre su recetario- Y si se sigue sintiendo mal, llámeme.

Luego empezó a guardar en el maletín sus aparatos, mientras repetía: -Estamos viejos don Melchor ¿Quién lo duda? ¡Pero muy correosos!

Gloria se adelantó:

-¿Cuánto le debo doctorcito? -Preguntó mientras blandía la receta.

-Pues una sonrisa hijita ... y un día que te pases por el consultorio me dejas unas flores para que se alegre.

El médico cerró su maletín y se plantó su sombrero.

-No me apene doctorcito ...-Murmuró la joven.

-No debe darte pena, además vas a necesitar el dinero para comprar las medicinas -y agregó amablemente- Y ya no te desencamines por mí, tu hermana me acompañara.

Gloria corrió hasta la botica y retornó con el semblante muy contrariado. El boticario ni siquiera tenía idea de que existían esas medicinas, en su polvorienta farmacia con los anaqueles semi-vacíos apenas se apiñaban solamente frascos conteniendo polvos malolientes o cucharadas que el imprudente farmacéutico empleaba indiscriminadamente para hombres y animales, que según él eran muy similares, contentándose solamente con medir las dosis.

Gloria pensó en valerse de un caballo para ir a la ciudad segura de que el medicamento sólo podría encontrarlo allá, pero a la vez se resistía a dejar solo a su padre, entonces Mateo, no por pequeño, torpe, le aconsejó:

-Mañana cuando venga el tren le encargas la medicina a tu amigo.

-Dices bien. -Aceptó la muchacha- Le pediré ese favor; ojalá y me lo quiera hacer.

-10-

-¡Y mil veces chula! -Dijo el trenero- Y todo cuanto se le ofrezca ¿No ve que es un gusto para mí servirla? -Y le relampaquearon los ojos de alegría.

-Entonces, tenga señor, quiera Dios que esto alcance. -Y le alargó un pequeño bulto anudado que contenía algunos billetes y monedas.

-Mejor después me paga señorita. -respondió el muchacho.

Y ella se sintió tan halagada de que la llamara así, que ya no se atrevió a insistir más.

Al día siguiente el tren volvió a llegar puntualmente a la estación y el maquinista mirando que la joven lo aguardaba con impaciencia, le gritó desde el ventanillo de la máquina que todavía no alcanzaba a detenerse.

-¡Aquí le traigo su encargo!

La vendedora de flores se acercó encantada y él apenas bajó de la locomotora le alargó el paquete con la medicina.

-¡Gracias! ¡Gracias! ¡Es usted muy bueno! ... y ahora si...dígame por favor ¡Cuánto le costó?

-Pues ahora verá.... Déjeme ver si me acuerdo cuanto me debe. -respondió bromista el rielero.

-Dígame por favor. -Insistía ella y se se sacó de debajo de los senos el consabido pañuelo lleno de monedas.

-Pues me debe ... ¡Muchas sonrisas -respondió galante.

-¡Acuérdese por favor! ¿No ve que tengo que ir a darle esta medicina a mi Tata?

-¡Pues ya se me olvidó! Pero le voy proponer un trato. Saque las monedas del pañuelo y regálemelo así. Tendré por fin algo suyo y me acordaré mucho de usted.

-¿Y para que quiere acordarse tanto de mí?

-¿No lo adivina?

Ella se puso más roja que una amapola, pero él continuó, aunque le costaban trabajo las palabras, y añadió en voz baja, casi enronquecida.

-Pues porque me gusta ... porque la amo.

Entonces ella vació nerviosamente las monedas sobre el bolso de su delantal, y mirándole a los ojos le dijo:

-¡Yo también!

Y se alejó corriendo, cómo una gacela asustada, apretando contra el seno el pequeño envoltorio con las medicinas.

El maquinista la vio encantado perderse entre el caserío.

-¡Soy un hombre de suerte! -Le dijo al fogonero, ocupado cómo siempre en checar las válvulas.

-¿De veras? -Le contestó el hombre distraídamente.

-¡Soy amado! -Dijo el joven, y hasta le pareció que una alegría desconocida le cosquilleaba por todo el cuerpo.

-11-

Hay amores que nunca maduran y otros que esplenden en un sólo día. El de ellos fue así. En lugar de la redundante palabrería romántica, sus miradas lo decían todo. A falta de las largas horas que las parejas solían gastar en encuentros, serenatas, coloquios entre los balcones; ellos, tenían sólo unos minutos, en que el tren se detenía. ¡Pero cómo los vivían! ¡Con cuánta ansiedad él anhelaba llegar en su vieja locomotora hasta san Miguel de los Plátanos para contemplarla allí, esperándolo sonriente, fresca, ingenua, con su florido canasto de flores del que emergían magníficas y suaves las azucenas con las que la tierna joven le expresaba su devoción. ¡Con que vehemencia ella solía contar las horas, hasta los minutos, aguardando la llegada del tren! ¡Cómo le latía el corazón cuando veía asomarse desde lejos el negro penacho de humo de la máquina! ¡Cómo se alegraban sus oídos con el melodioso repiqueteo de la campanilla! Y luego, cuando la trompa de la máquina emergía de entre la tupida cortina de los árboles apenas había salvado el puente e iniciaba la marcha entre la llanura, que inquietud devoradora la consumía, preguntándose ¿Vendría el mismo maquinista? ¿Se encontrarían otra vez?

Y cuando constataban un encuentro más, y que Dios les volvía a conceder el supremo privilegio de hablarse ¡Con que entusiasmo, agradecían a la Providencia desde el fondo de sus corazones el don de tenerse uno al otro unos minutos, sin atreverse a pedir más que eso: ¡La inmensa felicidad de amarse sin sombras, sin dudas, sin

recelos, sin reproches! Ella era aún una niña, pero su intuición de mujer, aunque ignorante y sencilla le susurraba que aquel muchacho no era el don Juan malévolo que cómo muchos hombres buscaba su perdición. No. él no podía ser uno de esos que engañan y abandonan, que destrozan y pisotean, que se burlan de la debilidad de las mujeres; y mucho menos de una pobre muchacha pueblerina, huérfana, sin estudios ni pretensiones, atada siempre a la tirana obligación del trabajo: hoy, a la labranza mañana, a la recolección del café en la temporada, y todos los días a preparar los alimentos, restregar la ropa sobre las piedras del arroyo, cortar las flores y hacer los ramilletes, incluido el agradable deber de elegir el más bonito para él, con las más hermosas azucenas, aquellas cuya immaculada blancura transparentaban aquella otra nitidez, la de su alma, guardiana de los más puros y elevados sentimientos.

A su vez él era un muchacho sanote a quién no tentaban las aventuras, ni los amores fáciles, ni el alcohol, ni las peleas, ni los naipes, ni los bailes. Pacífico por naturaleza, amable, tranquilo, no podían contar con su presencia en las borracheras de los rieleros, en las reuniones donde le aburrían los chistes obscenos, o la necia verborrea de los ebrios, pero en cambio se podía disfrutar siempre de su amistad y de su discreción.

Conociéndose demasiado detestaba lo necio y lo superfluo, porque desde adolescente en el fondo de su corazón anidaba sobre todos sus anhelos y ambiciones una profunda necesidad no sólo de ser amado sino sobre todo de amar, entonces comprendía que si llegaba a enamorarse verdaderamente y a confiar en una mujer, si esta llegara a traicionarle, iba a sufrir mucho, debido a aquella sensibilidad de la que no había podido sacudirse nunca y que reconocía era el peor enemigo de su personalidad. Su natural romántico lo había inclinado además a amar la naturaleza y en su devoto culto se hubiese perdido sino mediara la enorme responsabilidad de proteger el tren y sobre todo las vidas de sus compañeros y de los viajeros. Ello le conminó a limitar sus contemplaciones y sólo cuando llegaba a su terminal al anochecer o

en los días de descanso a los que solía renunciar por no dejar de ver a la Gloria; cumplido su trabajo, se adentraba en el grato ocio de pasear por los jardines en las horas en que regresaban los pájaros a sus nidos y empezaban a asomarse los luceros.

Gloria y el joven concluyeron que estaban hechos uno para el otro, ella, fue la primera en descubrir que estaba destinada a él, pero la tremenda punzada de ser una hija ingrata detenía sus tempranas ilusiones; entonces, aceptaba que su verdadero destino lejos de ser el de la esposa del ferrocarrilero era permanecer al lado de su padre enfermo y necesitado de sus cuidados; sin embargo –pensaba– ¿Había algo reprochable en querer a alguien más? ¿Causaba algún daño con esperar el tren cada mañana y ponerse tan contenta cuando lo veía llegar? En el confesionario el padre Sánchez escuchaba las inquietudes de la joven, que empezaba a enfrentar un serio dilema en su vida, el sacerdote le previno de que un día debía cumplir con su destino de mujer, cuya primera obligación era la de seguir a su marido. Así lo había decretado el mismo Dios y así había sido desde el comienzo de la humanidad.

-Pos entonces yo habré de ser una desobediente, pues no abandonaría por nada del mundo a mi padre enfermo.

-Así piensas ahora porque no estás enamorada. - Hablaba el cura.

-¿Qué no estoy enamorada? -repitió incrédula- Mas bien diga usted que no conocía lo que era el amor.

El padre Sánchez la miró alejarse y murmuró para sí: -¡Son tan impredecibles los caminos de Dios!

-12-

Transcurrió un año. Con puntualidad la vendedora de flores acudía a la estación para entregar a su amado el ramo de azucenas, perfumada renovación de su amor; el muchacho siempre generoso preguntaba por la salud del viejo y seguía proveyendo las medicinas, su abnegación era compensada con la gratitud de la muchacha, que valoraba cabalmente la nobleza de su amigo, un día, el maquinista

hizo traer a un acicalado señor que descendió del coche de primera clase armado de su maletín de médico.

-Gloria -presentó el joven - El señor doctor Nájera ha accedido amablemente a mi ruego de venir desde la ciudad para ver a tu padre. Tengo la esperanza de que le habrá de curar su artritis.

Ella hizo una torpe y graciosa caravana.

-Deberás hospedar al señor doctor en tu casa, ya que no existe un hotel en el pueblo; y mañana regresará conmigo.

-Pero el señor doctor ... -balbució la joven- somos tan humildes.

-Descuide usted. -Intervino el médico- Le aseguro que me encantará su hospitalidad.

Mateo tomó el equipaje del doctor, aunque él se empeñó en llevar el maletín.

Gloria emocionada hasta las lágrimas se acercó a su amigo.

-No sabría cómo pagarte todo esto que haces por mí. Imagino que te irá acostar un dínaral. ¡Traer un médico de tan lejos!

-Era necesario. Yo quiero que tu papá se cure, para que estés tranquila. Entonces, podemos hablar de lo nuestro.

Ella le miró azorada.

-Si Gloria, ya es tiempo de pensar en casarnos ...

-Pero y mi padre... -Murmuró la joven.-descuida, te aseguro que nunca le abandonaremos. Y ahora acompaña al doctor y procura que se sienta a gusto.

La vendedora de flores puso un beso en la frente del ferroviario, su primer beso: ¡Tan casto, tan puro, que alcanzó a caber en él su corazón agradecido! Luego acompañada del médico que empezaba a preguntar sobre su paciente se fue alejando.

Apenas podía contener en su pecho tantas emociones. Visiblemente agitada todavía, mientras el galeno auscultaba al pobre viejo, ella preparó el mejor almuerzo que su pobreza podía ofrecer, y cuando el profesionalista aseguró al día siguiente la cura del enfermo, ella que no cabía de gozo, no opuso resistencia al anhelo de su protector. Se casarían, le daría un hijo y entregaría toda su vida para él.

Por su parte el novio se presentó un día ante don Melchor para solicitar formalmente a la joven en matrimonio. El padre Angel habló de correr amonestaciones y la pareja que harían Ernesto y Gloria empezó a cavilar donde vivirían, quizá en San Miguel de los Plátanos, el pueblo que impresionó al soñador muchacho desde el día en que hizo su primer viaje. Gloria ilusionada, se puso más bella que nunca; y cuando llevaba su ramo de azucenas a la estación su novio le susurraba:

-¡Tú eres la flor más bella de todas las flores!

-13-

Aquel verano fue particularmente lluvioso. El campo se cubrió de una exuberante verdura y el agua inundó muchos plantíos. Algunos días la tempestad no cesó más que unas escasas horas por las mañanas, pero hubo otros en que amaneció y anocheció lloviendo. La voz de los truenos se agazapaba detrás de la serranía anunciando un aguacero tras de otro. A veces se asomaba el sol, pero a la tregua seguía invariablemente otro chubasco. Pueblos, granjas y ranchos se inundaron y los pobres campesinos no sólo perdieron sus cosechas, sino que el agua entraba por arriba y por debajo de sus chozas. En los jacales los débiles techos se cayeron, en tanto que en otras casitas construidas con adobe, las paredes reblandecidas se derrumbaron. En algunos lugares aledaños el único refugio seguro fue la presidencia municipal y en otros la iglesia; todos en mayor o menor escala tuvieron que lamentar la pérdida de muebles, documentos, animales, semillas y forrajes.

Se iniciaron triduos, novenarios, misas, rogaciones y procesiones pero las lluvias lejos de cesar se intensificaron. Muchos colonos optaron por evacuar sus predios y se les veía transitar por los fangosos caminos con las pocas pertenencias que habían logrado salvar, en pos de algún pariente que vivía en las ciudades o en los poblados enclavados en la sierra donde el agua se escurría por la gravedad y no había inundaciones. Otros, en cambio, deambulaban

desesperados repitiendo cómo se ahogaron sus animales: caballos, burros, cerdos, gallinas; hasta quedar completamente arruinados, muy pocos optaron por aferrarse a lo último que les quedaba, el fangoso pedazo de tierra, por más que vieran en ella nadar sus ropas, la máquina singer de coser, o el armario o ropero irremisiblemente perdidos, destrozados o llevados por la corriente.

En San Miguel de los Plátanos la cosas no fueron mejor. Menudearon goteras en las casas, inundaciones; y cómo consecuencia de aquella incesante humedad se desató una epidemia de gripa, catarros, y resfriados con su respectiva tanda de estornudos, fiebres y hasta se dieron casos de pulmonías que se llevaron a dos tres pacientes que no pudieron soportar los rigores de la naturaleza. En medio de aquel desastre, el padre Angel Sánchez predicaba en la parroquia, que aquello no era sino un justo castigo de Dios por las liviandades y pecados de los recalcitrantes ofensores de la ley.. Dios que había sido paciente, se enojaba de pronto y sancionaba así la desobediencia, la embriaguez, el adulterio, la gula y la inasistencia a la misa dominical.

Pero Gloria se afianzaba a sus ilusiones. En la parroquia habían empezado a anunciar su compromiso; y aunque su casa sufrió también algunos desperfectos, hechas las reparaciones todo volvió a la aparente tranquilidad.

Mientras tanto su novio había solicitado unos días de permiso para comprar el traje de novia y a no dudarlo los muebles y enseres de lo que iba a ser su próximo hogar,. Habían acordado que el matrimonio se instalaría en una casa en la ciudad, aunque para dar gusto al Tata que iría a vivir con ellos, continuarían conservando el florido predio de san Miguel. No obstante y para complimentar los deseos de la novia quién ansiaba sentar su envidiable reputación, la boda se celebraría en la bananera población con música, comida y hasta baile. La ceremonia se fechó para el último domingo de agosto.

El tren continuó llegando a pesar de las contingencias casi siempre ocasionadas por un cerro desgajado. Los retrasos menudearon no sólo con horas, sino hasta con un día o dos, en los

que el convoy no podía pasar, hasta que los sufridos peones reparaban los desperfectos de la vía, no obstante para muchos el tren les pareció la única tabla de salvación para huir de aquel diluvio que parecía no tener fin, porque apenas se asomaba un poquito el azul del cielo; y lucía despejado, al rato se volvía a ensombrecer con las amenazadoras nubes.

El maquinista suplente trajo en tres ocasiones noticias a Gloria en las que su prometido le anunciaba los progresos en la instalación del hogar, conminándola en una carta a que renunciara a la celebración de su matrimonio en el pueblo, preocupado seguramente por los estragos que ocasionaban las inundaciones en San Miguel, pero Gloria inflexible le escribió asegurándole que aquello pasaría y que cuando arribara el ansiado día, todo volvería a encontrarse tranquilo y risueño y el sol se luciría en todo su esplendor, además, insistía, sus amigas y vecinos no podrían trasladarse a otro lugar; y esperando la hora de reunirse para siempre con su amado, en las tardes lluviosas la vendedora de flores se ponía a bordar manteles, carpetas, colchas, sábanas con las que engalanaría su nuevo hogar. La joven encantada por la proximidad de su boda, llenaba de besos al Tata quién con las medicinas del doctor Nájera se había mejorado ostensiblemente; y ahora iba y venía con la ligereza de sus años mozos, sin el sofoco de la presión alta o las dolencias en las articulaciones, que muy de vez en cuando regresaban para advertirle que debía cuidarse y que ya no era ningún jovencito, mientras Mateo se ilusionaba de estrenar el traje de casimir azul marino y la camisa blanca, prendas que usaría el día de la boda de su hermana.

-14-

Por la noche de aquel día, por cierto ya muy próximo al de la ceremonia, volvió a llover, esta vez con una fuerza descomunal, pero al amanecer la lluvia amainó y cuando Gloria fue a la misa de siete, sólo quedaba una llovizna fina que aunque no dejaba de mojar era una molestia soportable.

La alegría de ver al que iba a ser su esposo en las próximas horas llenaba su corazón y con sincera gratitud se detuvo ante el altar del arcángel para darle gracias por la felicidad que le prodigaba, pero apenas regresó a su casa se fue a cortar las azucenas con que las que habría de recibir a su amado, esta vez no le fue fácil conseguir las flores, pues la mayoría yacían vencidas por el agua o en mitad de los predios inundados, pero cuando iban a dar las doce, la vendedora de flores se fue a esperar el tren, estrechando en su seno un par de bellas azucenas.

-15-

Entre los acelerados latidos de su corazón, Gloria escuchó el largo silbido de la locomotora que puntualmente se aproximaba al poblado, el tren todavía estaba lejos, pero los ojos de la joven acostumbrados a escudriñar en el horizonte percibieron la columna de humo negro que parecía subirse a las nubes, estaba ansiosa por ver su vestido el vestido de novia que portaría al día siguiente y los ojos le relampagueaban de alegría.

Fue entonces cuando se escuchó un rugido sordo, y en el andén alguien gritó despavorido:

-¡Se desbordó la presa!

Y a los tres minutos, cuando la joven aún no acababa de recuperarse de la sorpresa se oyó un estallido espantoso. Aquello fue como si toda la tierra temblara, se estremeciera, tan si una granizada de meteoritos se hubieran incrustado sobre ella, hiriéndola con el impacto de un proyectil gigante.

Los consabidos curiosos que permanecían en el andén de la estación aguardando la llegada del ferrocarril, creyeron entre el espanto que el día del juicio había llegado.

Gloria, tuvo un presentimiento horrible y llevándose las manos al rostro dejó escapar un grito nacido de lo más profundo de sus entrañas[

-¡El tren!

A la conmoción, la gritería, el brusco despertar de aquel letargo en que la lluvia parecía haber sumergido a la población entera, sobrevino el terror, los vecinos salieron despavoridos de sus casas y entre una desordenada huida, jadeantes, horripilados se dirigieron hacia el lugar de donde había provenído el estruendo. Gloria a su vez corría con toda la fuerza que sus piernas se lo permitían y sudorosa y extenuada por el enorme esfuerzo fue de los primeros en llegar al escenario del más espantoso siniestro.

El puente había que había cedido por la incontenible crecida del río y ante el peso del tren se había roto por la mitad; y las aguas que lamían las altas riberas, rápidas y avasallantes golpeaban furiosas las canteras.

Desde lejos, Gloria tuvo la visión de que una parte del convoy se hallaba detenido sobre un pedazo del puente que había logrado resistir, pero su terror aumentó al presenciar estremecida que la locomotora y los primeros vagones que arrastraba se habían volcado sobre el espantoso abismo de cuyo fondo profundísimo apenas asomaban un montón de fierros diseminados y humeantes, entonces se escuchó otro ruido, cómo el estallido de cien granadas sacudiendo por segunda vez la tierra, era la caldera de la máquina que estallaba hundiendo sus fuegos crepitantes en la corriente.

-16-

Gloria lanzó un grito y se adelantó desesperada, intentando arrojarse al abismo, pero las manos piadosas de algunos hombres la sujetaron, temerosos de que en su angustia consiguiera su propósito. -¡No! ¡No! ¡Gloria por el amor de Dios detente! ¡Detente! -Le gritaban mientras la asían con todas sus fuerzas.

Ella intentó desasirse de los brazos que la sujetaban pero al fin se rindió llorosa y vencida. Sus sollozos y su llanto convocaron a los asustados espectadores que en vano trataban de calmarla, entonces, para colmo de su infortunio, percibió cómo entre los

horrores de una atroz pesadilla que sobre unos peñascos se hallaba detenido un objeto blanco que las olas pugnaban por empujar y llevarse.

-¡Mi vestido! ¡Mi vestido de novia! -Gritó con todas las fuerzas de la desesperación. Y cayó desmayada.

¡Milagrosamente! -dijo el padre Angel Sánchez desde el púlpito- los dos coches de pasajeros se quedaron detenidos en mitad del puente. La inmensa misericordia de Dios los arrebató de una muerte violenta sin la gracia de la confesión porque el fuerte brazo de nuestro protector, San Miguel Arcángel desenganchó oportunamente los vagones evitando que fueran arrastrados al precipicio..

Y así fue, pues los despavoridos viajeros, que se sentían realmente resucitados, y con la palidez de la muerte, alojada en sus rostros, fueron sacados de los vagones casi tres horas después del siniestro por las cuadrillas de hombres que dando un rodeo alcanzaron la otra orilla del río, pero los cadáveres del maquinista, fogonero, un garrotero y el infortunado empleado del carro expres nunca se encontraron para darles cristiana sepultura; y seguramente fueron arrastrados por la vertiginosa corriente.

Trémula, convertida en una piltrafa humana, la infeliz prometida fue devuelta al poblado, la pulmonía que la amenazó hubiera terminado piadosamente sus días, pero el amoroso cuidado del Tata, la diligencia de Mateo y los conocimientos del anciano médico del pueblo la rescataron de la muerte física.

--17--

Han transcurrido cincuenta años. Apenas unos cuantos viejos recuerdan la horrenda tragedia. El puente nunca fue reparado; y el servicio del tren se suspendió indefinidamente. En su lugar se construyó una carretera que rodeando los cerros roza un poblado distante unos veinte kilómetros de San Miguel de los Plátanos.

El lugar se ha ido despoblando. No había trabajo pues era imposible transportar los productos de la región hasta los centros de

consumo. El caserío por lo consiguiente se fue reduciendo, y de el sólo quedaron algunos jacales y la vieja parroquia que ahora permanece cerrada y sólo se abre muy de vez en vez, cuando un sacerdote se arriesga a decir una misa rápida a los pies del santo patrono de mirada fiera. La mayoría de los comercios cerró y del mercado apenas queda una breve animación en la mañana de los Domingos.

-¿Y Gloria?

Gloria casi septuagenaria era una pobre anciana, con la tez arrugada, encorvada, quién se ayudaba para caminar con un bordón heredado de su padre. Ya no vendía flores ni naranjas, pues tampoco había a quién ofrecérselas. Sólo Dios sabe de que y cómo vivió. Su padre alcanzó muchos años más, tal vez los cien. Mateo emigró a la ciudad en busca de trabajo y porvenir, al principio, le enviaba algún dinero y una que otra carta en la que le decía que trabajaba en una fábrica, luego, dejó de escribir y ella no supo más de él.

Su casa se llenó de goteras e invadida por los hierbajos que crecían indiscriminadamente, dejó de ser el alegre vergel de la vendedora de flores, pero en un apartado rincón, la viejecita cultivó siempre un prado de azucenas, de las que cortaba todos los días dos flores blancas, y cuando el viejo reloj de la iglesia daba las doce del día, descalza, con los pies heridos por las espinas y por los guijarros, se encaminaba al río y arrojando las flores llamaba a su amado. Fueron inútiles los ruegos del Tata, los consejos del padre Sánchez a quién deliberadamente evitaba, pues no se le volvió a ver entrar a la parroquia; sorda a los requerimientos de algunos pretendientes que intentaron acercarse a ella, jamás volvió a ser la misma si bien veló por su padre hasta el final. Jamás se le vio reír y aún las palabras más indispensables brotaban trabajosamente de su boca.

Una noche se quedó dormida para no despertar más. Los vecinos a quienes su soledad solía ablandar y la socorrían de vez en cuando, se extrañaron de no verla cortar sus azucenas a la mañana siguiente, y cuando penetraron en la miserable vivienda constataron que estaba muerta.

No había cura en el pueblo y media docena de gentes piadosas le mandaron hacer un ataúd de pino desnudo y sin ningún adorno; con cuatro cirios alumbraron el velorio y rezaron un rosario; y al día siguiente muy temprano condujeron su cadáver hasta el panteón cuyas puertas parecen estar abiertas a la eternidad.

Sobre su tumba plantaron una tosca cruz de madera; y un letrero en el que a duras penas puede leerse: Aquí yace la vendedora de flores.

EPILOGO

“...Más el viejo sauce que llora sobre el río, cuenta que ve todas las tardes flotar sobre las ondas dos blancas azucenas “

SOROCHE

*En veinte años se vence uno a si mismo,
se expugna el Himalaya, se sondea el abismo,
se desgarran de Isis los más tupidos velos
o se forjan las llaves del reino de los cielos.
Amado Nervo.*

-1-

El doctor Fernando Quirós Gutiérrez, a quién la malidicencia estudiantil apodada simplemente “el burro Quirós”, y que ya cumplía tres décadas de impartir la cátedra de anatomía, llegó aquella mañana puntualmente, según era su costumbre; y los alumnos portando sus immaculadas batas blancas fueron acomodándose en sus sitios, en tanto se iban apagando los murmullos y los ruidos en señal de respeto y consideración a la palabra del mentor, que apoltronado en su butaca limpiaba tranquilamente con un pañuelo los lentes, cerciorándose una y otra vez que no quedaba en ellos la más insignificante impureza.

Renombrado médico e ilustre pedagogo, procuraba siempre que su clase se iniciara con una breve disertación que motivara a su auditorio, previamente armado de los instrumentos de disección al par que con la consabida libreta, donde escrupulosamente anotaban los irreprochables conceptos del galeno.

Quirós Gutiérrez finalmente satisfecho guardó los lentes en el bolso superior de su bata y con sencillez y amable tono inició su discurso preliminar:

-El cuerpo humano es comprensible para la ciencia -afirmó- y gracias a ella sabemos, que los millones de células alojadas en él, intentan

automáticamente reparar los estragos que sufre, e incluso hasta ignorar sus frecuentes períodos de enfermedad. El hombre, desde épocas muy remotas se ha venido interesando por el conocimiento de su cuerpo, albergue también de su personalidad, de su mente y de su alma.

Estas últimas palabras, resultaron demasiado pesadas para Rueda que era: ateo, materialista, anti-clerical y quién no creía en la existencia del alma, del espíritu, o de todo aquello que representado por conceptos subjetivos, no se hubiera conciliado con el rigor científico. Sin embargo, esta vez el estudiante se limitó a estirar levemente los labios con un incabado gesto de desdén, manifestando así su desprobación.

-Así, desde los remotos tiempos de la incipiente civilización egipcia, más influenciada por la religión que por la investigación pura, la humanidad inició el estudio de la anatomía, que siglos después en la edad de oro de la ciencia de Hipócrates, pasó a ser una disciplina importante. Posteriormente la figura de Galeno, el prestigiado médico del emperador romano Marco Aurelio, alcanzó una trascendencia que perduró más de mil cuatrocientos años, ya que sus conocimientos se consideraron indiscutibles hasta el final de la edad media. Así, los doctores de aquellos tiempos solían decir que era mucho mejor equivocarse con Galeno, que aceptar cualquier innovación, en lo que no estaban del todo errados, pues si bien este autor ha sido rebasado, fue quién fundó los cimientos de la anatomía y de la fisiología que hoy estudiamos. Sus vastas aportaciones se compendiaron en ciento veinticinco volúmenes, de los que hasta hoy existen ochenta y tres, y en los que se trata entre otras materias, del movimiento de los músculos y de la acción intrincada de los nervios. Después, Bombatus Von Hohenheim, médico y ocultista suizo, quién eligió el nombre de Paracelso, contribuyó eficazmente a la medicina clínica, mientras Hans y Zacharias Janessen preparaban el camino para llegar a la venerable anatomía de Gray, quién engloba en diez sistemas las funciones del cuerpo humano: nervioso, digestivo,

respiratorio, vascular, uro-genital, endocrino, esquelético, muscular, articular y epitelial.

-¿Y las articulaciones y los huesos? ...-Preguntó tímidamente Villalba.

-Bueno. Están íntimamente ligados al sistema nervioso. Algunos autores consideran como un conjunto a los órganos internos, agrupándolos con el epígrafe de sistema esplacnológico. Sin embargo el cuerpo, nuestro cuerpo, esa prodigiosa computadora, maravillosamente sincronizada, padece con frecuencia de esas justas congénitas, temporales o crónicas, que es lo que solemos llamar enfermedades.

-Sin ellas, no tendría razón de existir el médico. ¿No es así? -Propuso Rivera.

-Quirós Gutiérrez no se tomó la molestia de responderle y prosiguió: Sin embargo debemos admitir que el cuerpo humano, posee una extraordinaria capacidad de adaptación al medio circundante. Baste observar a los habitantes de las selvas, los polos, o el desierto; entonces concluimos, que el cuerpo que el cuerpo es capaz de adaptarse a las condiciones más severas, aunque claro, en ocasiones externa su protesta.

-Como el soroche. -Se atrevió a insinuar Adán Palma a quién todos conocían simplemente como el peruano.

-¿El qué, dijo usted? -Preguntó Quirós.

-El soroche... una especie de angustia a causa de la rarefacción del aire en los lugares muy elevados. Los síntomas acusan cierta dificultad para llenar los pulmones de aire, afectando la presión sanguínea y obligando a trabajar más intensamente al corazón, también ocasiona que la digestión se vuelva más lenta y que sobrevengan mareos, dolores de cabeza y hasta una una melancolía, una tristeza ...-concluyó penosamente el muchacho.

El mentor que había seguido con algún interés el comentario de su alumno respondió:

-Pues, perdone mi ignorancia ... todavía tengo tantas cosas por aprender que recorro frecuentemente al principio socrático, nunca había escuchado hablar de ese trastorno ... o enfermedad.

-Es un mal propio de mi país. -Aclaró Palma- cuando se vive a los 3000 metros de altura sobre el nivel del mar, afecta los turistas y hasta a los nativos que nos desacostumbramos a vivir entre las montañas. ¡Es una enfermedad el alma! Un posible reproche de la naturaleza para quienes pretenden acercarse demasiado al cielo.

Estas últimas palabras fueron demasiado para el auditorio. Se escucharon algunas risitas, pero Quirós Gutiérrez apenas parpadeó.

-¿Y dice usted que se llama?

-Soroche, señor maestro.

-¡Vaya palabra! -Objetó el catedrático.

-Es un vocablo popular. -Aclaró Palma- tal vez extraído del quechua.

-¿Y usted?

-Bueno, lo conocí en mi tierra, aunque nunca llegué a padecerlo personalmente. Los indios de los Andes contrarestan sus efectos mascando hojas de coca.

-Eso es una droga, que no va a curar el alma. -Objetó Rivera , sin poderse contener. Pero el profesor volvió a ignorarlo y dirigiéndose a Palma concluyó- Bueno, ya nos hablará usted otro día, ampliamente de ello, y espero que no será motivo de alarma. Mente y cuerpo están íntimamente ligados y constituyen un todo tan inseparable, que no dudaría en afirmar que la gran mayoría de los trastornos que padece el hombre, tiene n su origen en la mente. -Y para dar por terminado el tema, agregó: -Bien, ahora

vamos a lo nuestro. Y dio comienzo a la parte fundamental de su materia.

-2-

En el café de chinos aledaño a la plazuela de Santo Domingo donde se albergaba la escuela de Medicina, media docena de estudiantes se acomodan apretujados en un modesto gabinete de madera, sus precarios recursos no les alcanzaban más que para un

café con leche y uno o dos de los sabrosos panecillos que se expendían por diez o quince centavos. Rara vez podían darse el lujo de dejarle algunos céntimos de propina a la mesera, quién a pesar de ello, les servía, coqueteando con alguno, consecuentando piropos subidos de tono y hasta alguna que otra nalgada que algún atrevido le propinaba a la que la chica correspondía con una palabrota.

Aquella mañana la conversación giraba sobre el asunto del famoso soroche, y Palma era bombardeado con diez preguntas a la vez, que él se esforzaba cortésmente en contestar, cediendo a la curiosidad que despertaba su condición de extranjero y sobre todo de sudamericano.

-¿Así que tu vivías en Ayacucho? -Le interrogaba Palacios- ¿Y cómo diablos es aquello?

-Bueno -Respondió el interpelado- pues para contestar bien a tu pregunta tengo que hacer un poco de historia.

-Con tal que no sea muy larga. -Advirtió Rueda.

-Abreviaré. -Concedió el peruano- Bien, pues como ustedes saben, hace quinientos años Francisco Pizarro conquistó el Perú, y precisamente el 25 de Abril de 1540 fundó una ciudad que llamó: San Juan de la Frontera, título que apenas le duró unas décadas porque pronto fue destruída y reedificada con el nombre de Victoria, en memoria de la batalla de Chupas, allá por aquellos lustros de cruel memoria cuando se consumaban los horrores de la sangrienta conquista que desembocó en la cruel y larga colonización de América entera.

-Bueno sí, pero ¿Qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando? -Protestó Casillas.

-Cómo ustedes saben ...

-¡Qué vamos a saber!- Confesó Villalba.

-Entonces ¿En la escuela media no les enseñaron historia? -Preguntó a su vez el peruano.

-¡Quién diablos va a acordarse de la Secundaria o de la Prepa! - Exclamó Rivera impaciente.

-Lo que intento decirles pero no me dejan terminar, es que el 9 de Diciembre de 1824 , las suertes cambiaron dando a la historia un giro definitivo, pues las fuerzas realistas al mando del general y regente español Baldomero Espartero fueron derrotadas y aniquiladas por los bravos indios al mando de Sucre, en la llanura de Quinua, treinta y siete kilómetros al norte de donde yo vivo; y a 3,300 metros sobre el nivel del mar

-¡Qué bueno que les dieron a los gachupines! - Aceptó Madgaleno quién a pesar de su apellido y su rostro con las huellas de una indudable ascendencia ibera, detestaba a los españoles.

-En esa trascendental batalla se selló decisiva la independencia de la América española y los sobrevivientes de regreso a su patria, decepcionados y rotos, cargaron además con el despectivo mote de los “ayacuchos”, apodo que había de recordarles por siempre su vergonzoso fracaso.

-¡Qué bueno! - Volvió a intervenir Madgaleno.

-Después de este hecho glorioso, que hoy Quinua conmemora con un obelisco de 44 metros de altura, por los 44 años de lucha por la independencia nacional, Ayacucho adoptó con ese nombre el honor de ser la capital de la provincia de Huamanga.

- Pero aún no nos ha dicho como es tu tierra. -Insistió Casillas con impaciencia.

-Es una ciudad alojada en medio de la imponente masa pétreo de los Andes peruanos centrales a 2761 metros sobre el nivel del mar. Tiene un clima seco y agradable que propicia la fertilidad de los campos que producen granos y frutas en abundancia. No lejos, el río Huamangayo se desliza, aunque también fluyen otros ríos como el Huatatas, el Ocopa y el Yorobamba.

-¿Y que más hay? -Interrogó nervioso Casillas.

-Pues tenemos muy cerca a Warique fue la capital del primer imperio andino; y en Quinua abundan los bosques de eucaliptos que saturan el ambiente de gratas aromas.

-¡Claro! ¡El eucalipto huele bien! -Asegura Casillas.

-También está Huanta, la llamada esmeralda de los Andes, allá se multiplican los valles y las campiñas y hay muchos apiarios; y los campesinos llevan a vender o a cambiar la miel en las ferias dominicales de Tambo, Cangallo, Sachabamba o Muyarina.

-¿Has dicho a cambiar? -Pregunta Rivera

-Sí. Aún se practica el truco en esos lugares.

-¡Pues que atrasados deben estar! -Sentencia el muchacho. Pero a Palma a quién no parece importarle mucho su opinión continua:

-Ayacucho no ha cambiado desde la época colonial, hundido entre montañas de piedra y polvo, un polvo blancuzco que se aloja sobre el follaje de los árboles enanos, eternamente tapizados de gris. Allá los inviernos son fríos y en la estación primaveral o en el verano, se divisan desde cualquier colina los enormes picos que destacan entre una majestuosa proliferación de cordilleras, cuyo infinito laberinto sería imposible ordenar con la vista.

-Sí. Cómo en los Himalayas. -Recuerda Rueda quién acompañó a su padre en un viaje por la India hace diez años.

Palma prosigue:

-En la estación fría llueve mucho en las cordilleras pues un parpadeo constante delata las tormentas y se adivina como las nubes más negras que grises desembuchan sus odres; aquello espanta y sobrecoge, porque la tormenta ruga, se agranda y multiplica en la profundidad de las gargantas, sacudiendo arbustos y empavoreciendo la humildad del hombre que se sabe impotente frente a la furia de la naturaleza.

-¡Debe ser aterrador! - Admite Rivera.

-Tal vez ese espanto, ese miedo renovado ante la violencia de los elementos, han hecho del Perú un país exageradamente religioso. Primero los antepasados ofrecían continuamente sacrificios para aplacar las cóleras de sus dioses, propiciando su protección y amistad, después, con la llegada de los conquistadores no cambió mucho el cuadro y allí tienen ustedes la fría estadística, en mi pueblo hay: 33 iglesias para dieciocho mil habitantes, sin contar monasterios, conventos, altares, capillas y ermitas.

-Entonces es una ciudad de beatas y santurrones. -Sentenció despectivamente Rivera.

Pero el peruano no le escuchó y siguió comentando:

-Pero precisamente la religiosidad ha perpetuado por centurias la arquitectura de las iglesias. Hay templos desde el de la Compañía de Jesús y otros dedicados al culto de algún santo, como: Santa Teresa, Santa Ana, San Francisco de Paula, Santo Domingo, Nuestra Señora de Fátima, San Agustín, La Merced, el Santuario del Señor de Quinuapata ... y otros más que han permanecido intactos por siglos. Si te plantas en el mirador de Acuchima alcanzas a ver todas las torres y las cúpulas y hasta las casonas coloniales de Chacón y Mozabamba.

-¡Ya me lo imagino! -Asegura Rueda- ¿Y no tienen otra cosa?

-¡Claro que sí! -Conviene Palma entusiasmado- ¡También están el Arco del Triunfo y la Alameda Bolognesi, pero las iglesias son nuestros verdaderos monumentos coloniales y además depósitos de tesoros, pues guardan en su interior: magníficos vitrales, cuadros y estatuas de santos, herrerías de filigrana, ornamentos y vasos sagrados, custodias exquisitamente labradas .

Las últimas palabras las pronunció el peruano, como un murmullo que se fuera disolviendo.

-¿Y a ti también te ha dado eso del soroche? -Preguntó burlescamente Rivera.

-Aquí no hay Andes. -Respondió el interpelado.

-Vamos, déjelo que recuerde a su tierra ... después de todo allá viven los suyos. -Pidió Francisco Madgaleno.

El peruano agradeció con una mirada de comprensión la simpatía de su único amigo .Luego el tema se olvidó.

Un chascarrillo de Casillas que pasó por enfrente provocó las risotadas del grupo que la dió por hablar de diez cosas a la vez, Rivera parecía encontrarle a todo el humor y Villalba soltaba su risilla de conejo ante los chistes obscenos de sus condiscípulos; pero el peruano vagaba por un mundo muy distante de allí, por un tierra lejana, inasible, a la que se había propuesto no tornar, hasta que

consiguiera el título de médico, meta de todos sus afanes y razón por la que se desvivía en la Facultad.
Pero desde aquel día sus condiscípulos le pusieron el nombre de Soroche.

-3-

Apenas hacía un poco menos de dos años que él y Mariela caminaban con los brazos entrelazados por las afueras de Ayacucho, ella lucía tan sencilla como una campesina, pero aunque llevaba vestidos de algodón, no muy escotados; no obstante la baratura de las telas, estas se ajustaban a la perfección a su fina cintura, a las formas tan suaves de la joven, que le hacían resaltar sin proponérselo un cuerpo cuya elegancia contrastaba con su pobreza. Solía llevar zapatos toscos, ordinarios, con los que iba a la escuela católica, pero en cambio los domingos, calzaba sus pies pequeños con zapatillas de charol y enfundaba las bien torneadas piernas con el lujo de las medias. Adán recordaba que también solía ponerse faldas amplias y blusas de colores con mangas bombachas que tenían un escote más generoso donde temblaban dos pechos que se empeñaban en causarle insomnios.

Se habían conocido desde cuando eran muy pequeños, pese a que vivían uno del otro en cada extremo de la ciudad, Mariela, allá en el barrio del Calvario, cerca del templo del Arco y Adán en la calle de Miller, aldeaña al templo de San Agustín. Seguramente el destino quiso acercarlos en una de las múltiples ceremonias religiosas a las que llevados por sus padres acudían, o hasta quizás en una de esas reuniones civiles en que los pequeños de la pre-escolar o de la elemental, solían reunirse en el portal Constitución. Años más tarde recordaban que apenas se habían encontrado, Adán observó con curiosidad a una niña que llevaba un moño demasiado grande sobre su cabeza y se adelantó unos pasos hacia ella para preguntarle:

-Y tú ... ¿Cómo te llamas?

A lo que ella había respondido sencillamente.

-Mi mamá me puso Mariela. ¿Y tú?

-Yo me llamó Adán Palma. -Respondió formalmente el pequeño.

Jugaron muchas tardes y desde aquel día, él la iba a buscar a la escuela del Sagrado Corazón a las cinco de la tarde, cuando las niñas puntualmente, salían en tropel con gran algazara de risas y de voces, el pequeño se acercaba y sin ningún preámbulo le decía:

-¿Quieres jugar conmigo?

Ella se sonreía por toda respuesta y ambos emprendían algún juego que solía ser el de las escondidillas, y así ocultándose y volviéndose a hallar, divisaban la casa de adobes de Mariela.

Pero otras tarde su madre iba por ella y el chico se regresaba malhumorado a jugar con su trompo y sólo muy de vez en cuando en la compañía de sus condiscípulos de la escuela oficial, entonces, se conformaba con decirle adios con las manos en alto y ella le correspondía sonriente, levantando su manecita mientras seguía dócil a su madre.

Doña Natalia era viuda y vivía con la pequeña sosteniéndose de una exigua pensión que le otorgaban por su marido, capitán del ejército muerto en servicio y por las humildes costuras que las vecinas del barrio, tan pobres como ella, le confiaban; y que más consistían en arreglos y remiendos que en confecciones.

Adán en cambio, tenía una mejor posición económica, pues su padre, aunque campesino y sembrador de papas, poseía algún ganado, ausentándose largas temporadas fuera de Ayacucho, en las tierras altas, donde se ubicaba su pequeña propiedad que llamaba el rancho y de la que no desperdiciaba ni un palmo de tierra.

El buen hombre no deseaba que su hijo fuera a ser como él, un granjero sometido de por vida a un trabajo rudo y esclavizante, y pensando en la instrucción de su vástago, rehusaba trasladar a su pequeña familia al campo, optando por pasar unos pocos días en la ciudad y algunas semanas en el rancho. Pero cuando su padre llegaba, era una continua fiesta para Adán, porque no le regateaba cinco o seis soles que el pequeño convertía inmediatamente en dulces, bombones, chocolates, panecillos y hasta helados que obsequiaba encantado a su pequeña amiga, quién seguramente no

podía disfrutar de aquellos manjares deliciosos. Niños y amistad crecieron así. Luego, la escuela media, pareció distanciarlos un poco, Adán, un año mayor que ella, cursaba también un grado superior, entonces, cuando se encontraban, ella le hacía preguntas referentes a las materias, y él inteligente y dotado de una excelente memoria le solucionaba todas sus dudas, a la par que le preguntaba:

-Entonces ¿Qué te enseñan en tu escuela? ¿Sólo a rezar?

Mariela le replicaba que las madres eran excelentes maestras y además muy bien preparadas y que no tenía nada de malo que oraran un poco antes de iniciar las clases. No obstante, el chico percibía en las actitudes de su amiga, que si bien ella nunca evadía hablarle, se había vuelto mucho más reservada, lo que le parecía consecuencia de aquella educación remilgosa donde el más mínimo temor de faltar a la inacabable lista de reglas y deberes arrastraba a las pobres niñas al confesionario con su segura secuela de arrepentimientos, rezos, contriciones, y promesas de no volver a cometer el mismo error. Al terminar la educación secundaria, Adán recibió con los honores debidos por haber sido el alumno más aventajado de su grado, un diploma honorífico que le entregó el grave y ensiencido señor, que se hacía llamar Inspector de Educación, con las consabidas felicitaciones del director del plantel, los profesores y los escandalosos aplausos y porras de sus discípulos quienes no le regatearon sus abrazos toscos y los repetidos apretones de manos Su madre, la señora Amparo, lo llenó de besos en el rostro y lo estrechó largamente entre sus brazos, mientras su padre, menos efusivo, pero mucho más práctico, lo tomó por los hombros y mirándole fijamente le dijo:-

-Eres un buen hijo. Y hoy nos has dado a tu madre y a mí un verdadero motivo de satisfacción. Mereces un premio. ¿Que te gustaría tener?

Adán respondió.

-Me gustaría poder ayudarte en la granja, ir a las montañas para bañarme todas las mañanas en el río ... y que me dejaras cuidar la llama.

-¡Es tuya! - Concedió el hombre. -Y en cuanto a venirte al rancho, si tanto lo deseas pues mañana mismo nos vamos.
-Nos iremos bien temprano. Antes de que amanezca.
-Claro, el aire del campo te sentará bien. Pero -Advirtió- Será solamente por las vacaciones. Quiero que regreses para que continúes estudiando. Debes terminar el Liceo y escoger alguna carrera, aunque no sea muy larga ... no quiero que te vayas a quedar como yo. El trabajo del campo, ya lo verás ¡Es muy duro!
Y apenas da para vivir con muchos esfuerzos.
-¡Quiero ser médico! -Afirmó el muchacho.
-¡Médico! -Repitió su madre en el colmo del asombro.
La familia empezaba a emprender el regreso a casa, Adán se despedía de sus escandalosos compañeros.
-¡Nos veremos! -Le anunciaban-
-¡Felices vacaciones!- Le deseaban otros.
-¿Seguirás participando en el equipo de Fut? - Le preguntó alguno.
El señor Palma se había quedado pensativo, pero cuando dejaron la escuela volvió al tema:
-¿Y a donde vas a ir a estudiar eso que quieres ser?
-No lo sé todavía. -Respondió Adán.
-Será muy largo ese estudio. -Anticipó cautelosamente la mujer.
-Seguramente cinco o seis años por lo menos. -Respondió Adán-
Aunque el doctor Lebrija dice que hay que pasarse entre los libros toda la vida.

Camaron algunas cuerdas en silencio, seguramente el excelente padre medía sus fuerzas ¿Podría acaso con los modestos recursos que poseía costear la carrera larga y costosa que su hijo deseaba? ¿Le alcanzarían las fuerzas para trabajar tan duramente que el producto de su modesta propiedad le permitiera poder conceder a su retoño el anhelo de llegar a ser un reconocido y brillante profesionista? ... ¡Y nada menos que doctor! De pronto, se explicaba las aficiones del muchacho, que en las tres o cuatro veces que había visitado la granja, no había desperdiciado la ocasión de curar a los animales enfermos, y hasta al peón, quien se había cortado

cuan larga era y profundamente, la palma de la mano, Adán se la había vendado cuidadosamente después de haberle desinfectado la herida y haber procurado mediante los escasos medicamentos que había encontrado en el botiquín detener la sangre que no dejaba de manarle ... y luego, las largas visitas y pláticas con el doctor Lebrija, quién le había llegado a nombrar alguna vez como “su ayudante”. ¡Ah! entonces todo se aclaraba, el muchacho pese a su extrema juventud tenía ya una vocación bien definida, aunque no se le ocurría de donde pudo venirle, pues ninguno, que él supiera en su familia o en la de su esposa, la había dado por eso de la medicina ... excepto tal vez su abuelo que tenía en un pueblo cercano una tienda donde vendía algunos remedios ... pero quién seguramente no sabía gran cosa de eso, pues era sólo un comerciante.

La madre sólo pensaba en que su único hijo seguramente no tardaría en volar, y ella se quedaría sola, sin el marido que pasaba en el campo y el hijo que se iría a no se donde.

De pronto, Adán con el diploma enrollado bajo el brazo se apartó violentamente de sus padres.

-Ahora me reuno con ustedes. ¡Se me olvidaba una cosa!

Y sin darles tiempo a que le hicieran alguna pregunta, corrió por el rumbo opuesto y cortando distancias, en un santiamén se puso frente a la casa de Mariela. Eran las tres de la tarde y el sol se ensañaba. La casa de la jovencita estaba cerrada a piedra y lodo, en alguna calle próxima sobre la tierra suelta dormían dos o tres perros, alguno sacudiéndose las pulgas y otro tirado cuan largo era perdido en una profunda siesta. Algunos chiquitines sucios y harapientos arrastraban una caja de zapatos valiéndose de un trozo de cordel, mientras se hacían la ilusión de que era un coche. Adán se desesperaba, dio cuatro o cinco vueltas y como no viera ni trazas de la niña, se decidió a lanzar una piedra sobre el portón de madera, pero la respuesta fue el silencio. Lo intentó una y otra vez, imaginando que si salía enfadada la costurera se iba llevar una buena reprimenda, pero en su lugar, tras los visillos de la única ventana se asomó Mariela extrañada.

Adán le hizo señas de que saliera, ella se inclinó para decirle que la esperara y a poco se le vio en la puerta entre sorprendida y sonriente.

-¿Qué quieres? -Le preguntó.

-Pues vengo a enseñarte mi diploma.

-¡Tu diploma! ¿Obtuviste un diploma?

-Saqué el primer lugar. -Afirmó orgullosamente el muchacho, extendiéndole el papel que ella tomó con sumo cuidado.

- ¡Así que eres el mejor!

Adán se sonrió por toda respuesta.

Entonces ella con los ojos relucientes de entusiasmo, entre un impulso lleno de generosidad lo abrazó mientras le rosaba con los labios la mejilla.

-¡Te felicito! -Le dijo- ¡Te felicito! ¡Ya lo sabía yo! ¡Tú tenías que ser el mejor!

Adán desconcertado por el beso se había puesto más rojo que una amapola y no hacía más que sonreír como un tonto, luego reaccionando agregó:

-Me vine a despedir de ti. Mañana me voy con mi padre a las montañas.

-¿Te vas? -Repitió la niña con cierto desconsuelo.

-Papá me ha prometido que podré jugar con la llama.

-Ten cuidado -Advirtió ella- Si no le gustas, te escupe.

-Cuando vuelva vendré a buscarte. -Prometió.

-Te estaré esperando.. -Respondió ella.

Adán enrolló el diploma emocionado y se dio media vuelta en dirección a su casa.

Mariela todavía en la puerta le gritó:

-¡Gracias por venírmelo a enseñar!- Y lo miró perderse poco a poco.

La costurera se asomó.

-¿Quién era?

-Adán-

-¿Adán?

-Sí. El chico de los Palma. Que le dieron un diploma por ser el alumno más aventajado de su clase y me lo trajo a enseñar.

-¡Qué presumido! -Declaró doña Natalia entrando en su casa. Mas por la mente juvenil de Mariela, cruzó su primera intuición de mujer, el muchacho no lo había hecho por presunción, sino más bien por guardar un atento cumplido para ella. Había venido además a despedirse. Y Mariela supo por primera vez que seguramente iba a extrañarle. Y que aquel chiquillo significaba una agradable compañía para ella.

-4-

Adán fue y regreso otras tantas veces a las montañas, trayendo presentes para su amiga: quesos de cabra, frutas dulcísimas y variadas y en una de aquellas escapadas que alternaba con el último año del bachillerato, le hizo el más espléndido regalo que hubiera podido soñar una jovencita: fue un pájaro azul, intensamente azul, excepto la cabeza que lucía negra, y la panza donde se le dibujaba una línea blanca entre las patas, el ave, seguramente acostumbrada a la infinita libertad de los Andes, al verse prisionera en una jaula se debatía desesperada. Adán la presentó a su amiga y Mariela enternecida tomó la jaula y con un murmullo de voz llamaba al pájaro, logrando, que después de transcurridos algunos días, se sosegara al fin. Al principio los muchachos supusieron que el infeliz pájaro sucumbiría de tristeza por la libertad perdida, pues se resistía a comer y Mariela llegó a creer alguna vez con gran pesar que se había muerto, tal era la inmovilidad del animalucho, pero los repetidos cuidados de la joven, incluso el audaz empeño de introducir su mano dentro de la jaula para acariciarlo atraída por el bellissimo azul de su plumaje, fueron venciendo paulatinamente su instintiva resistencia, y al fin aceptó comer, beber agua, refrescarse; y cuando Mariela juraba que había aprendido a conocerla un gorjeo la hizo saltar de alegría.

Mujer y pájaro resplandecieron.

Ella tenía dieciseis años y Adán dieciocho.

El pájaro empezó a unirlos. Al principio Adán la buscaba para preguntarle si el pájaro aún vivía, una mañana Mariela lo invitó a

pasar al pequeño jardín situado detrás de la humilde vivienda. La costurera lo admitió sonriente, preguntándole por sus padres a quienes le pidió saludar en su nombre, y darles las gracias por los regalos que madre e hija habían disfrutado. ¡Y que rica la miel! ¡Y el queso era de lo más sabroso! Y la fruta ... ¡No se diga! ... pero siempre era demasiada. ¿Por qué se había molestado tanto? Nunca hubieran podido consumirla toda, así que decidieron compartirla con las madres del Sagrado Corazón. Pobrecitas, pasaban noche y día pidiendo por los pecadores, y aunque su regla era muy estricta, no las privaba de poder disfrutar los frutos de la tierra que Dios proveía generoso para todos sus hijos, pero además había alcanzado hasta para hacer compota de manzanas y mermelada de chabacano ... ¿Le gustaría probar una poca? Adán no supo rechazar el platito que Mariela le tendía y disfrutó del exquisito dulce en que habían convertido Doña Natalia y su hija el canasto de fruta fresca ... ¡Ah! ¿Y el pastel de chocolate? ... ¿Le gustaría probar una rebanadita? Habían empleado bien el cacao obsequiado y Mariela contribuyó amasando la harina, Adán devoraba todo con glotonería porque las manos de su amiga andaban de por medio en todo eso. Lo del pájaro fue al final. El ave se había repuesto y se le veía feliz en su cautiverio, las plumas se le habían brillantado y Mariela lo llamaba por mil nombres cariñosos, mientras Adán se deleitaba en la ternura de aquella niña cuyo candor y sencillez le cautivaban.

Volvió eufórico a su hogar donde confió a su madre las emociones que la amistad de Mariela le habían deparado. Ella lo escuchaba esperanzada de que motivado por el interés que el trato de la joven le despertaba, le hiciera olvidar y aun desistirse de esa locura de marcharse de Ayacucho a estudiar a quién sabe que parte donde seguramente lo acecharían tantos peligros que expondrían incluso su propia vida, impidiéndole a ella volver a ver a su Adán. Su padre en cambio, adivinando las inclinaciones de su vástago quién insistía en ir al campo más frecuentemente para volver a Ayacucho cargado de regalos para Mariela, le recordó suavemente, que si bien era deseable

que tuviera una amiga, no le agradaría que desistiera de su empeño de seguir una carrera.

-No quisiera por nada del mundo que te quedes siendo un campesino como yo. -Le recordaba.

Aunque a decir verdad el hombre no sabía con que dinero podría sufragar los gastos por los estudios de su hijo, quién con la vocación más decidida, insistía en llegar a ser médico.

Al fin, un día de fines de noviembre Adán concluyó el bachillerato con calificaciones óptimas y por segunda vez recibió las efusivas felicitaciones de autoridades, maestros y condiscípulos, esa ocasión, la venta de la cosecha retuvo a su padre en la granja impidiéndole asistir, y Adán apenas pudo desprenderse del gentío corrió a abrazar a su madre quién le estrechó con lágrimas en los ojos.

-¿Por qué lloras mamá? -Le había preguntado.

Y ella no supo que responderle.

El festejo habría de complementarse con un baile..Después de todo los graduados ya eran jóvenes a quienes interesaba la vida social, Adán planeó de inmediato invitar a Mariela, aunque dudó si la dejaría venir su madre. Decidió que lo acertado sería ir a buscarla y proponérselo, y si ella aceptaba pues solicitar el debido permiso materno; la velada debía empezar a las 9 de la noche , pero bastaría que ella le acompañara hasta la hora que le permitieran volver y él la llevaría hasta la puerta de si casa y después, regresaría tranquilamente a la suya, pues no le despertaba el menor interés bailar con sus compañeras, y en cuanto a las chicas bien sabían que él no tenía ojos mas que para Mariela. Se escabulló como pudo y cuando estaba saliendo por una calle lateral, escuchó la música de una banda, y en tanto que una multitud se iba acercando, encaminó sus pasos en sentido contrario procurando rebasar el conglomerado y se percató que se trataba de una procesión. Media docena de cofrades con anchos listones rojos atravesados en el pecho encabezaban el numeroso grupo, cuatro de los delanteros portaban estandartes con la imagen de San Martín de Porres a quién llamaban “El Moreno”,

luego venía el párroco de La Madgalena, en cuyo templo la estatua del santo tenía un altar privilegiado, custodiado por cuatro monacos con sotana y largo sobrepelliz blanco y almidonado. Uno de ellos portaba un incensario, otro el hisopo con el que el cura rociaba de vez en cuando a los feligreses y el mayor portaba una larga cruz de latón dorado, cuya parte superior portaba la imagen de Cristo crucificado, la cual era flanqueada por otros dos monaguillos que sostenían dos largos y seguramente pesados candelabros; pero esto era solamente la cabeza de la procesión porque inmediatamente detrás, diez hombres vestidos con severos trajes negros llevaban jadeantes y sudorosos, sobre los hombros, una gruesa tabla de madera dura primorosamente labrada sobre la que se asentaba entre un verdadero vergel de flores que apenas dejaban ver, un altar, arriba del cual la estatua del sonriente santo parecía repartir benévolas bendiciones. Seguidamente, caminaban a paso lento, primero un grupo de mujeres mayores, cubiertas las cabezas con velos negros y las más jóvenes con mantillas blancas, y entre el grupo, Adán alcanzó a divisar a Mariela a quién hizo una cortés reverencia que ella correspondió con una sonrisa, y a su madre quién iba muy devota entre el grupo de señoras. Luego, en caótica confusión, venían mujeres y hombres del pueblo, seguidos de un enjambre de chiquillos que corrían inquietos alrededor de sus padres. El conjunto era rematado por una ruidosa banda de catorce músicos que soplaban con toda su fuerza sus relucientes instrumentos de viento, acompañados por las no menos escandalosas maniobras de la percusión. A la algazara de la música se añadía el estallido de los cohetes y la vociferante alegría de una multitud entusiasmada que a ratos coreaba lo mismo himnos religiosos que vivas al santo limeño.

Adán enfundado en su traje azul marino con el que acababa de asistir a la apoteósica ceremonia, no tuvo más remedio que seguir a la comitiva, con la esperanza de poder hablar con su amiga y dirigirle la invitación, pero la ceremonia religiosa parecía no llegar nunca su fin, porque después de que la procesión dio algunas vueltas por la plaza y recorrió todas las calles vecinas de más importancia, y cuando al fin,

se llevaron la imagen del santo hacia su templo y lo colocaron en su respectivo altar, la multitud se dispuso a rezar primero el rosario con sermón y bendiciones, y luego veinte oraciones más y letanías que concluyeron hasta las siete de la noche. Para para Mariela, quién no dejó de observar a su amigo, constatando su paciencia, no pasó desapercibido su empeño y apenas abandonaba con su madre el templo, el muchacho se acercó a saludarlas, y ni tardo ni perezoso expuso el motivo de su larga espera. Mariela lo escuchó complacida, pero su madre inmediatamente la excusó alegando que al siguiente día, muy de mañana, su hija partiría a una piadosa casa, para asistir a unos ejercicios espirituales que durarían una semana, aunque desde luego, lo felicitaba por haber terminado sus estudios, de seguro con excelentes notas como siempre, y le deseaba que gozara y se divirtiera en el dichoso baile de esa noche.

Adán serio y profundamente decepcionado con la negativa respondió:

-Entonces, yo tampoco asistiré al baile.

Y despidiéndose con un breve saludo dióse media vuelta y se marchó dejando a Mariela seria y entristecida, si bien, madre e hija cogidas del brazo y caminando rumbo a casa se abstuvieron de hacer el más mínimo comentario.

-5-

Los ejercicios espirituales se efectuaban en una casona construída en las laderas de los Andes, a treinta kilómetros de Ayacucho, y la muchacha debió haber interrumpido frecuentemente sus rezos y meditaciones pensando en su amigo. Aún cuando apenas empezaba a asomarse a la vida, era en el fondo como muchas precoces jovencitas, toda una mujer, para quién no debía parecer indiferente el interés de Adán, sus atenciones delicadas y aquella impetuosa determinación de no asistir al baile de los recién graduados, simplemente porque a ella no le habían permitido acompañarle. Sin mediar palabra alguna, con ese sólo hecho,

comprendió que ella era la única, la que ocupaba desde siempre sus pensamientos y que el prometedor joven no albergaba otro empeño en su corazón que no fuera agradarla. Esta idea de ser la elegida, le fue formando una íntima convicción, también ella, recíprocamente, consagró sus predilecciones a Adán y más tarde ¿Por qué no? su cariño y su vida misma. Fue repasando las imágenes de otros muchachos que la rondaban, hasta aceptar que ninguno era tan amable, tan fino, educado e inteligente como Adán, estas conclusiones debieron haberla inquietado mucho; y se reprochó haberles dado cabida precisamente durante aquellos días dedicados a Dios, y al término de los dichos ejercicios que terminaban después de una catarata de rezos, ayunos, predicaciones, con la confesión, Mariela tuvo que admitir roja de vergüenza ante el tribunal penitenciario haber consentido la distracción, pero el confesor, habituado sin duda a escuchar los remordimientos de los feligreses, apenas le concedió importancia, si bien, le hizo ver que tal vez Dios la quería para El y que si se decidía por la vida contemplativa,, encontraría toda la felicidad posible en ésta y en la otra vida. Mariela por su educación extremadamente religiosa escuchó atenta las insinuaciones del sacerdote, pero apenas abandonó la capilla, volvió a ponerse a pensar intensamente en Adán y cuando al fin la liberaron del encierro y tornó a su casa, se sintió como liberada de una opresión y se fue inundando de una alegría desconocida. ¡Por fin vería a su amigo!

Aunque dentro de una ciudad pequeña no son desusuales los encuentros frecuentes, a Mariela se le fueron alargando los días, pues a pesar de haber dado prolongadas vueltas a la plaza y rondar por las calles vecinas al domicilio de Adán, no lo había encontrado, lo que la hizo entristecerse, pues imaginó que la negativa de su madre para asistir al dichoso baile debió haberlo contrariado mucho, y lastimado seguramente, se había ido a las montañas para ayudar a su “viejo” como él decía; y tal vez se quedaría allí semanas o hasta meses. Adolorida con esta idea, le sobrevino otra peor, pues supuso que el muchacho que había concluido sus estudios no tenía nada que hacer

en Ayacucho, ya que la carrera que planeaba emprender lo arrastraría indudablemente muy lejos de allí, y entonces seguramente ella ya no le vería más, aterrada intuyó que aquella ausencia era el preámbulo de algo peor y se puso a temblar; su sobresalto le hizo ver claramente que estaba enamorada y que ahora por sobre todas las cosas deseaba verlo y decírselo. Pero ¿Cómo? ¿Acaso era prudente que una señorita declarara así por así sus sentimientos?

Cuando acabó la semana y vio llegar el domingo con la esperanza de encontrarlo, imaginó que podría encontrar la forma más propia y discreta de sugerírselo, descubriéndole cuanto había pensado en él y cómo le hubiese gustado asistir al baile en su compañía y pasar juntos la velada.

La tarde de aquel domingo Mariela se engalanó con un trajecito de dos piezas, que la hábil costurera había confeccionado para su hija, después de haber adquirido con el producto de sus precarios ahorros y quién sabe cuántas privaciones, una bonita tela en el puesto que vendía saldos en la feria; y que sus expertas manos de costurera, convirtieron en el más gracioso atuendo que una jovencita pudiera desear. Aquella vez, contra las reiteradas recomendaciones de las madres del colegio que prohibían terminantemente a las muchachas usar maquillaje, ponerse prendas escotadas y faldas cortas, alegando que eran insinuaciones del demonio de la carne, que ofendían a Dios; Mariela puso en sus labios y mejillas un poquitín de rouge, también agrandó sus ojos y empleando esa intuición de las mujeres, presente aún en las más sencillas, se hizo un peinado elegante que concedió a su rostro una gracia que jamás imaginó que pudiera poseer, lustró muy bien sus zapatillas y previo permiso de su madre, quién le puso en el bolso algunas monedas, salió según ella, ¡Inocente mentirosa! a reunirse con algunas compañeras de clase para ir a dar una vuelta.

Pero no hubo ni amigas, ni Adán; y al dar las siete y media, cuando empezaba a sentir una inquietud que ya colindaba con la desesperación, la muchachita tímida, retraída, asustadiza, se convirtió en la mujer decidida, enamorada, capaz de emprender las acciones

más audaces; y con pasos seguros, animados por una firme resolución se encaminó en busca de lo desconocido y llegó hasta frente a la casa de su amigo, sintió que las piernas le temblaban y que no sabría ni que decir a su madre o a su padre si como debía ser se hallaban en su hogar, no obstante le pareció que todo aquello sería mucho mejor que retornar a los días pasados debiendo simular tranquilidad ante su madre y ante las monjas quienes escrutaban minuciosas cuanto pasaba por sus educandas.

Mariela estaba estremecida de susto, el temor había perlado su frente de sudor, sintió deseos de secar con su pañuelo el maquillaje que comprendió no tardaría en deprendérsele por las mejillas, pero deshechó la idea y resuelta tocó el grueso aldabón de la puerta, que no obstante a pesar de su enorme esfuerzo, sonó leve, y suponiendo que no le habían escuchado insistió otra vez con mayor aplomo. A poco, se encendió una luz en lo que ella supuso sería un zaguán y apareció doña Amparo. No más verla y Mariela creyó que le huía la voz.

-Bueas noches señora. Venía ver ... a saber ... quería ver si se encontraba ... si está Adán.

Entre las mujeres nunca hay nada oculto, en un instante la señora Amparo advirtió la lucha de aquella jovencita, que vencía su timidez, su orgullo de muchacha para llegar hasta allí, temerosa, como un animalito asustado en busca de su Adán.

-¡Claro que está! -Dijo sonriente- Pero pasa, pasa por favor. ¡Qué bueno que has venido! Mi hijo ha estado muy inquieto por ti, y me preguntaba todos los días si ya habría regresado de tus ejercicios.

Mariela la siguió a un patiecillo donde alternaban plantas y macetas y penetró en un modesto pero limpio recibidor.

-Siéntate por favor hija. -Invitó la buena mujer, ofreciéndole una silla.- ¿Quieres beber algo? ¿Gustas un refresco o un vasito de jugo?

-No. Gracias señora. -Contestó la joven, con las mejillas intensamente rojas.

-Toma un poquito de agua de naranja -Insistió Doña Amparo y vació de una jarra el líquido que vació en un vaso ofreciéndoselo a la visitante.

-Voy a llamar a Adán. Está en su recámara. ¡Y le dará tanto gusto verte!

Las últimas palabras fueron miel para Mariela, pues le advirtieron que seguramente él también habría pensado en ella y que hasta la había extrañado.

Escuchó a Doña Amparo hablar en una habitación aledaña.

-¡Adán levántate. Tienes visita! Y pasados algunos minutos, la escuchó anunciando::

-Ni siquieraa te imaginas quién ha venido a visitarte.

De pronto, Adán estaba frente a ella, al verla se le iluminó el rostro y entre un impulso lleno de entusiasmo donde hospedada toda la alegría, ¡La única y verdadera alegría que sólo la mujer amada puede conceder al hombre: gritó! ¡Mariela!

Ella se levantó súbitamente de su asiento y Adán la estrechó, y en su abrazo percibió fuerza, ternura; y ella se dejó apretar dócilmente, tal si de pronto, se hubiera percatado que se amaban tanto que se necesitaban de tal manera que eran ya uno del otro. Las palabras brotaron en torrente: y las risas se asomaron a los labios y los ojos chisorrotearon de placer, entonces Adán contemplándola exclamó:

-¡Y que guapa vienes! ¡Si estas hecha una princesa!

-6-

La vida en Ayacucho era monótona e insulsa, tal si pesara sobre la pequeña ciudad una modorra impuesta por la altura de los dantescos y descomunales colosos que circundan los valles vecinos.

Los Andes son como un pesado cinturón de tierra y roca que aprisiona tercamente las calles encimadas sobre las laderas; y aún las altas torres de las iglesias lucen enanas frente a la inalcanzable majestad de las montañas.

Caen heladas con frecuencia y en el invierno los pobre tiritan de frío mientras un viento tenaz translada enormes cortinas de polvo, que más tarda en asentarse que en ser conducido a otro lugar.

En las tardes tristes y lluviosas, caen las hojas secas de los pequeños árboles que el aire arremolina y después de obligarlas a danzar grotescamente se las lleva lejos, arrojándolas en aquella inmensidad de azules y verdes.

Algunas veces las tormentas con su corte de truenos y relámpagos se desencadenan, luego sobreviene la calma y hasta sale el sol que resplandece en los magníficos crepúsculos andinos, haciendo jugar con su luz mil rarezas entre las inquietas cortinas de nubes.

Otros días las tinieblas de la neblina impiden ver las sucesivas cordilleras y sólo en alguna que otra colina despejada se divisa a lo lejos un pastor con su rebaño de cabras o algún campesino afanado en recoger entre los terrones oscurecidos de la tierra los tubérculos de la papa, la yuca o el camote con que habrá de alimentar a su mísera familia.

En el Perú como en muchos países de América, también las mujeres suelen destripar los terrones pedregosos como cualquier hombre, ordeñar vacas y hasta domesticar llamas y guanacos.

El calendario marca las celebraciones religiosas con sus largas misas de tres ministros, cantos y cohetería; en tanto que las festividades cívicas con su inevitable profusión de banderas, los relamidos discursos del alcalde y los desfiles de los niños de las escuelas elementales rompen la calma cotidiana.

Alguna mañana intempestivamente se pregonan por las calles el anuncio de algún teatro de títeres ambulante que se ha instalado en algún solar desierto, y cuyo espectáculo que se previene alegre, resulta grotesco y hasta deprimente.

Hay sólo dos cines, donde se proyectan películas viejas.

Sólo en diciembre la fiesta navideña anima algunos días consecutivos a la población.

En la escuela católica a la que asiste Mariela van a instalar un nacimiento y a cada una de las alumnas le ha sido encomendada una misión. A ella le ha tocado la de recoger heno, tarea a la que con gusto se adhiere Adán; el muchacho, quién antes erraba alrededor de la amarillenta luz de su ventana con tal de hablarla un momento, ahora está feliz de salir al campo en su compañía. La excursión los lleva hasta el puente que suele esconderse bajo la neblina, allí, henchido de amor, de ternura, de pasión, atrae su cabeza hasta su pecho y pone un beso sobre su frente. Ella acepta la caricia, agradeciendo su delicadeza, por no haberse atrevido a besarla en la boca, el beso fraterno tiene un no se que de santidad, de respeto, de veneración hacia algo que no es todavía de él, pero que anhela profundamente. Ella aprecia su timidez muy acorde con la exagerada religiosidad que le han inculcado y que objeta entre sus múltiples prohibiciones, el tocarse las manos, el acercamiento de los cuerpos, y todo lo que colinda peligrosamente con la tentación de pecar, pero Adán apenas le toma las manos y con los ojos húmedos le susurra francamente su confesión de amor.

-¡Te amo Mariela! ¡Te amo, mi dulce y tierna Mariela!

Ella fija en él sus hermosos ojos castaños acariciándolo con su mirada, perdida entre una completa delectación.

-Yo también a ti. -Le responde suavemente.

-Entonces. ¿Serás mi novia eterna?

-¿Eterna? -Repite ella, y hay asombro en sus enormes ojos.

-Quiero hablar con tu madre. Decirle que te quiero.

-No lo hagas ahora -Sugiere ella- Tiempo habrá. Por ahora, mejor que eso sea nuestro secreto.

-Nuestra promesa. -Rectifica Adán- Nuestro compromiso, que jamás habremos de romper, suceda lo que fuere, pase lo que pase.

Mariela le mira sorprendida.

-¿Y por qué piensas que podríamos terminar, si apenas estamos empezando?

Adán sonríe y después de una pausa prosigue.

-¡Nunca te traicionaré! -Afirma con voz segura.

Mariela le clava su mirada y se vuelven a dar las manos. Luego ríen, ríen nerviosamente, estrepitosamente, porque a ella, que al fin es solamente una chiquilla, se le ocurre lanzarle el haz de heno a la cabeza, que Adán ni tardo ni perezoso se lo devuelve. Juegan un buen rato, hasta que Mariela más sensata y sin dejar de reír le previene:.

-Ahora tenemos que juntar de nuevo el heno, sino ¿Qué vamos a llevar?

Y ambos se afanan por reunir las ramitas dispersas, con las que se habrá de hacer el pesebre donde descansará el amor de todos los amores, el mismo que ha contagiado al tierno corazón de quienes le siguen..

-7-

El primer beso resultó torpe, Mariela no sabía besar y Adán tampoco. Se quedaron temblorosos, sorprendidos, aunque no se había tratado de un beso robado, sino consentido. El muchacho resplandecía de dicha y ella, había disfrutado tanto de esa caricia hasta entonces desconocida, que miraba a su novio con una mezcla de adoración y agradecimiento.

Hacía tres meses que eran novios, un delicioso noviazgo de miradas enternecidas y de darse las manos.

La pareja había encontrado un discreto refugio en las afueras de Ayacucho, se trataba de un viejo tronco derruido al que algún campesino tuvo la ocurrencia de convertir en banco y el cual se asentaba bajo dos árboles enanos, cuyas ramas apenas conseguían amortiguar los rayos del sol abrasante, porque en aquellas alturas los árboles no crecen demasiado alto y aún la hierba sobrevive famélica, no obstante aquel paraje apartado le pareció suficiente a la ilusionada pareja para sus secretas entrevistas suponiendo haber elegido el sitio ideal para recrear su romanticismo, porque a lo lejos, en las faldas casi salvajes de las montañas, la luz jugaba en los valles creando una espléndida gama de verdes, como el anuncio un grato porvenir pleno de esperanzas.

Un dulce calor emanaba del cuerpo de la muchacha, mientras un perfume tenue parecía envolverla en un halo de aromas y de luz, todo incitaba a abrazarla, a besar sus mejillas ardientes, sus párpados, a acariciar sus cabellos largos, sin embargo Adán permanecía quieto frente a aquel abanico de tentaciones maravillosas, tal si aquella vírgen le inspirara más que respeto, miedo; miedo de ofenderla, de profanarla, de cometer impulsivamente la más leve falta que pudiera desmerecerlo ante sus ojos, o de hacerle perder el favor de su confianza.

Una de aquellas tardes en que conversaban tranquilamente Mariela que aparentaba estar distraída trazando figuras sobre la arena con una varita, se irguió de pronto para preguntar a su novio:

-Dime Adán, ¿Cuándo seamos mayores te casarías conmigo?

Adán creyó que le preguntaban: ¿Te gustaría entrar al paraíso y quedarte a vivir en él? Entonces, con una entusiasta elocuencia que se desconocía le habló de su amor imperecedero, de su anhelo de tenerla siempre junto, adorándola, si era posible, más cada día; y por supuesto de su determinación de casarse, de hacerla la esposa más feliz y compartir con ella la inmensa alegría que le daría llamarla suya.

La niña al fin mujer, se volvió realista y le preguntó:

-¿No terminarás por cansarte de mi algún día?

-No pienses nunca eso. -protestó vehemente el muchacho- y las promesas, los juramentos brotaron de su boca como en una catarata incontenible. Es verdad que aún faltaban algunos años para la realización de ese sueño, pero transcurrirían rápidos, y entonces, con que satisfacción gozarían de la recompensa, con que placer saborearían el espléndido premio de estar juntos gozando de una felicidad que todos habrían de envidiarles.

Adán consiguió elevarla a su mundo de sueños; y entre sueños planearon su casa, las flores que debía embellecerla, los muebles, los objetos más insignificantes, dando por hecho que el pájaro azul no se moriría nunca

-Dicen que las aves viven muchos años, si se les protege y se les ama.

-concedía Mariela.

-Entonces el pájaro se quedará entre nosotros un largo tiempo ... -
rectificaba Adán.

-¡No quiero que se muera nunca! -Insistió Mariela y mirando
fijamente a su novio agregó:- ¡No quiero morirme yo tampoco, ahora
que me has hecho tan feliz! ¡Y si Dios determinara que tuviera que
morir, quisiera que fuera entre tus brazos!

Adán palideció.

-¿Morirte? ¿Por qué hablar de eso ahora? ¡Si apenas vas a cumplir
dieciocho años!

-No sé porque se me ocurrió -dijo Mariela- En los ejercicios a los que
asistí hablaban tanto de la muerte ...

-En los ejercicios -repitió Adán- La religión se mete tanto en esas
cosas ...

-El padre insistió mucho en que deberíamos estar preparados para
morir, es decir sin pecado mortal.

-Pero nosotros no pecamos por amarnos -se defendió Adán- porque
Dios sin duda alguna es amor . Ahora sólo debemos creer que vamos
a vivir muy felices, a querernos si se puede más que ahora.

-¿Más? -Dijo Mariela con los ojos relucientes- ¡Si ya siento quererte
tanto, que por recordar que renunciaste asistir al baile porque a mi no
me dejaron acompañarte, me tuve que ir a confesar, y no te imaginas
cuan avergonzada estaba de decirlo!

-En cuanto a lo del baile, creeme que no me importó habérmelo
perdido. Sin ti me hubiera aburrido horriblemente.

-¿No te gusta bailar? Podías haberlo hecho con tus compañeras.
Seguramente tendrás muchas amigas.

-¡Calla! -Protestó Adán, poniéndole el pulgar sobre los labios. ¡Tú
eres mi única amiga, mi novia, mi amor, mi vida!

Mariela ebria de ternura le tomó el rostro entre las manos y fue ella,
la chiquilla ingenua, inocente, la que le volvió acercar los labios, esta
vez entreabiertos, para estampar en Adán el verdadero primer beso
de amor.

Unas semanas después un acontecimiento inesperado los
ensombreció de tristeza.

Adán iba a emprender los estudios de medicina. El muchacho le habló de sus anhelos de ayudar a la gente, de prevenirla contra las enfermedades, de inducirlos a llevar una vida mejor, salvando muchos niños, sobre todo los más pequeños, quienes morían como racimos víctimas de enfermedades, infecciones, desnutrición y descuidos de sus propios padres ignorantes, habló de la inmensa cadena de males que desataba la superstición, la suciedad, la incapacidad de la gente para velar por su salud y por su vida, habló de los ancianos que morían no tanto por la edad física sino por el abandono y aún por la falta de atención de los mismos médicos, siempre insuficientes en los hospitales; del bajo promedio de vida humana en el Perú, mientras en otros países como en el Canadá, se disfrutaba de una existencia no sólo más larga, sino más digna, y para concluir arremetió contra los brujos y curanderos, contra las comadronas a quienes se debía substituir por médicos que hicieran honor a su profesión y no fueran unos avorazados comerciantes, médicos entusiastas que dirigieran puestos de vacunación, enseñaran a la gente a preparar y consumir alimentos sanos, que desparasitaran y atendieran oportunamente las enfermedades a tiempo de controlarlas, evitando que diezmaran a la población.

El estaba decidido a ser uno de esos combatientes aguerridos, pertrechados contra la muerte, uno de los aliados de la vida que luchara no sólo por su Ayacucho querido, sino por la patria entera y sobre todo ¡Por ella!

La joven lo escuchó anonadada de su vehemencia, sorprendida de aquel entusiasmo que le despertaba una causa noble y los ideales que lo animaban encontraron eco en su bondadoso corazón. Su espíritu cristiano, su formación de buena católica aceptaba y compartía aquellos propósitos, ahora no sólo amaba a su pretendiente, sino que lo comprendía y lo admiraba.

Su noviazgo, que ya se prolongaba un año los había acercado para conocerse mejor. En él habían gozado, saboreando a plenitud sus encuentros, sus citas, a las que ninguno de los dos faltó ni una vez, habían disfrutado también los sencillos regalos que se habían

intercambiado, las confidencias, los detalles delicados de aquel muchacho que no tenía ojos sino para ella: hoy una flor, mañana su nombre grabado en el tronco de un árbol, otro día una carta que Adán introducía por la hendedura de su puerta; y toda aquella adoración que ella sentía que le despertaba y por la que aún sintiéndose profundamente halagada hasta llegó a reprocharle, advirtiéndole que solamente a Dios se le debía adorar así.

Tantas demostraciones la habían colmado de felicidad y la felicidad la había hecho más bella; pero he aquí ahora llegaba para los dos la hora difícil, tenían que separarse, pero la separación era la condición indispensable para volver a unirse y esta vez para siempre, Adán se iba a estudiar, pero seguiría cerca de ella, llevándola en su pensamiento donde quiera que se encontrara, iba a trabajar con ahinco, dormiría pocas horas, haría todo lo que sus maestros le manaran, y luego, después de transcurridos unos pocos años, que se pasarían volando, regresaría con su título de médico para entregárselo a ella, quién era la principal razón de su lucha.

Mariela le tomó las manos con ternura, pero los ojos se le llenaron de lágrimas.

-Entonces ...¿Te vas? ¿Esta es nuestra despedida? -le dijo- ¡Si no vuelvo a verte me moriré de pena!

-No nos despedimos. -Replicaba Adán- es sólo un hasta pronto. Luego, volveremos a encontrarnos y ya no estaremos distantes nunca.

-¡Nunca! -Repetía Mariela, pero el pesar le contristaba el seño y las lágrimas le escurrían por las mejillas.

Al ver así Adán se conmovió, la atrajo hacia su pecho y con la voz quebrada por los sollozos susurró:

-No. No llores por favor. No tengo valor para verte llorar. No quiero apenarte. Si tu no quieres que me vaya, no me iré. Renunciaré a la carrera. Me quedaré aquí contigo, aunque no sea más que un campesino como mi padre, o tal vez, pueda conseguir alguna colocación que me permita ofrecerte lo indispensable para vivir y para casarnos aunque sea muy modestamente ... al fin y al cabo

¿Qué importa que tu Adán no sea nadie, si me has de querer de todos modos por igual?

-¡No! -Exclamó Mariela- No digas más. Yo no permitiría que por mi renunciaras a tu vocación, a lo que tienes determinado hacer. Yo soy sólo una pobre muchacha que te quiere mucho y que te esperará siempre. ¡Siempre! ¿Comprendes? ¡Porque nunca habrá ningún otro hombre en mi vida! Debes irte a estudiar y regresar hecho todo un señor médico para que yo me sienta orgullosa de tí y estremeciéndome de satisfacción diga: ¡Mi esposo, el doctor! ... ¡Qué feliz me harás!

Adán la estrechó y por vez única ella le apartó suave pero decisivamente.

-¡Vete! ¡Vete Adán! Supongo que vendrás a verme de vez en cuando.

-No será posible. -Respondió con inmenso pesar el joven.

-¿Entonces, ni siquiera podré verte unos pocos días cuando estés de vacaciones? ... porque supongo que te irán a dar vacaciones. ¿No es así?

-Creo que me las habrán de conceder. Pero estaré muy lejos y me será imposible venir a verte.

-¿Muy lejos? ¿Y qué es lejos? ¿Un día de camino a Lima o unas horas para Cuzco?

-No Mariela, no voy a Lima ni al Cuzco. Voy a estudiar a México. Allí están muy adelantados en medicina. ¡Mucho más que nosotros!

-¡México! ... ¿Y donde queda eso? -Preguntó Mariela inmensamente impresionada.

-Lejos. Muy lejos de Ayacucho y aún de Lima. Es un país del norte, pero me han dicho que es muy bonito, y que aceptan bien a los sudamericanos. Imagínate ¡Me dieron una beca! ¡Una beca para entrar a la Universidad! Era el único recurso. Mis padres nunca habrían logrado sostenerme la carrera en una universidad privada del Perú.

-Pero la Universidad Católica ...

-Cuesta Mariela, cuesta mucho dinero y no lo tenemos. Mi padre me ha ofrecido enviarme algo para libros, para el instrumental que iré

necesitando, porque lo de la beca ¿Sabes? No es mucho. Y no es que México no sea generoso ¿Qué más puedo pedir si me abre los brazos su máxima casa de estudios? ... pero tal vez los mexicanos no deben ser demasiado pudientes.

Los sollozos ahogaron las palabras de Mariela. Adán en vano trataba de consolarla, de calmar la pena que le hacía saltar el pecho, imposibilitándola de dominar el copioso llanto; cuando al fin pudo hablar, haciendo un inaudito esfuerzo para que las palabras pudieran salir de su boca, preguntó dolorida:

-Entonces. ¿No sabré de ti? ¿No te veré más sino hasta después de muchos años? ... ¿De cuántos años?

-Trataré de que no sean demasiados. Cuatro o cinco. ¡Si puedo acortarlos te juro que lo haré! ¡Estudiaré día y noche! Yo también voy a sufrir. Yo también habré de extrañarte y me darán muchos deseos de regresar, pero si logro aguantarme, te juro que en cuanto vuelva nos casaremos inmediatamente. Pero ya tendré mi título. ¡Ya seré médico! Mientras tanto te escribiré cada semana o si quieres lo haré a diario ... te escribiré mucho contándote todo lo que haga.

-¡México! -Exclamó como un eco la muchacha. ¡Ni siquiera podré imaginármelo! Y allá conocerás otras muchachas. Seguramente serán muy bonitas las mexicanas y entonces te olvidarás de mí, de una aldeana que no sabe vestirse bien, ni tiene modales, ni sabe más de lo que le han enseñado las monjas.

-¡Mariela! -Protestó Adán dolido- ¿Quiere decir que me conoces tan poco? ¿Acaso has visto que yo mire siquiera a otra muchacha? ¿No has tenido prueba suficiente de mi lealdad? ¿Te ha dicho alguien que voy a fiestas, que frecuento amigas? ...

Los argumentos de Adán calmaron a la joven.

-Tienes razón. -Admitió- ¡Nunca me has dado una sola pena! Y por ello te empecé a querer tanto, como yo misma nunca lo hubiera podido imaginar. Sólo que los años y la distancia...

-Te harán más cara, más valiosa ¡Más deseada!- Y volviendo los ojos al cielo, agregó:

-Te juro por Dios que nos debe estar oyendo, que nunca habrá ninguna otra mujer en mi vida y que jamás habré de traicionarte.
-¡No jures! -Dijo la muchacha espantada- No debemos tomar el nombre de Dios para estas cosas. Yo te creo. -Y lo besó en los ojos.

Una semana despues amaneció como todos los días: cielo azul, sol, vida, aunque soplaba insistente un vientecillo fresco, pero a al filo de las siete de la mañana, un súbito cambio del clima atrapó a la ciudad, sumergiéndola en una espesa neblina.

Faltando veinte minutos para las ocho, Adán se presentó en la terminal terrestre llevando por equipaje un viejo veliz de cuero negro en una mano y en la otra una bolsa con las provisiones que su madre, siempre previsor, le había preparado para el largo camino que le esperaba. Venía dispuesto para abordar la corrida de las ocho de la mañana con destino a Huancayo donde seguramente debía esperar el asmático tren que lo conduciría pervias catorce horas de viaje hasta Lima. Allí debería esperar para embarcarse en cualquier barco que aceptara pasajeros a Panamá o si posible fuera hasta el mismo puerto de Acapulco de donde continuaría para la ciudad de México, y todo ello, antes del mes de julio en que habrían de iniciarse las clases.

Sus padres lo acompañaban silenciosos, y aunque en la cara del señor Palma, asomaba la satisfacción, la madre del joven en cambio, se veía profundamente conmovida, y de vez en cuando, con las lágrimas en los ojos le dirigía las últimas recomendaciones.

Al poco rato llegó Mariela intensamente pálida, al principio se veía como temerosa de acercarse al pequeño grupo, pero la señora Palma al verla la abrazó y la acercó a su hijo.

A las ocho en punto el chofer echó a andar el motor. Era la hora de la partida. Los demás pasajeros, la mayoría comerciantes terminaban de asegurar sus bultos, paquetes y bolsos repletos de todas las cosas imaginables que iban a mercar en los pueblos.

Adán subió el último. Se despidió de su padre con un fuerte apretón de manos, luego se inclinó ante su mamá, de quién solicitó humildemente la bendición y al final, tomó respetuoso la mano de la Mariela donde puso un beso devoto, y con voz firme sacada de su estirpe de hombre prometió:

-¡Volveré!

Mariela no pudo responderle.

El joven subió precipitadamente al autobús, tal si tuviera miedo de arrepentirse y asomado en el ventanillo del coche que ya emprendía la marcha, miró como se iban perdiendo lentamente, primero sus padres, su amor, luego la terminal y la ciudad de Ayacucho, donde había vivido su niñez y su adolescencia.

Mariela apenas consiguió levantar el brazo en señal de despedida. Ahora comenzaba lo peor: la soledad, la tristeza, la incertidumbre, la vida le presentaba demasiado pronto el pagaré con el que suele cobrar las horas de nuestra dicha efímera, sólo que esta vez los intereses rebasaban las fuerzas de la pobre muchacha, pensó que aquello era el inaplazable castigo del cielo por haber amado más a un hombre que a Dios mismo, por haber consentido el pensamiento de la distracción en aquella casa santa, interrumpiendo sus oraciones, la piadosa lectura de las vidas de los santos, los deberes religiosos; y todo ello por la reprochable felicidad de confiar en la dudosa tentación del amor terreno.

-8-

Adán llegó a México una soleada mañana de fines de junio. Sin haber salido jamás de Ayacucho, su viaje constituyó una ininterrumpida carrera de sorpresas. Al principio supuso que Lima debía de ser lo máximo, pero cuando se embarcó en el Callao y vio por vez primera el mar, su admiración se desbordó al grado de que obsesionado con los espectaculares amaneceres vencía el sueño, ya de por sí bastante recortado en su larga contemplación de las noches estrelladas. La maravillosa dimensión de la naturaleza lo anonadaba.

Apenas hizo algunas amistades en el barco, tal si prefiriera quedarse silencioso, sumergido en un continuo diálogo sin palabras con su Mariela, a quién solía hablarle, tal si la joven estuviera a su lado. Luego, recapacitando, descubría que estaba completamente solo y que el objeto de sus confidencias se hallaba a miles de kilómetros de distancia y no podía escucharle, entonces se ponía a escribirle largas cartas, sobre la grasienta mesa del comedor del barco, en las que le relataba paso a paso sus impresiones. Cuando terminó el viaje se sorprendió de que había hecho grandes progresos en su expresión aunque luego descubrió que las palabras se le habían quedado atoradas cuando intentaba describir aquel país enorme, con su hermoso puerto de Acapulco, sus carreteras bien trazadas en lugar de los angostos y sinuosos caminos del Perú; y la imponente ciudad de México, a la que encontró sencillamente maravillosa, con sus edificios contrastantes, donde alternaban entre enorme profusión lo mismo los antiguos palacios de fachadas coloniales, las mansiones lujosas, los almacenes donde era posible conseguir cuanto uno pudiera apetecer, los grandes cinematógrafos y los magníficos teatros, de los que apenas pudo conocer dos o tres, siempre ocupando las localidades más altas y económicas, donde las féminas con mucha pintura y poca ropa, danzaban, cantaban, reían incansables, coquetas, irresistiblemente seductoras bajo la luz de los reflectores, a su lado la sencilla novia de los Andes, resultaba diferente, y sin embargo, aquella ingenua muchachita era la dueña absoluta de su corazón y de sus pensamientos, y en su involuntaria comparación le parecía ofenderla, suponiendo que con el sólo hecho de mirar a otras mujeres la estaba traicionando. Sin embargo sus descubrimientos lo mantenían perpetuamente azorado.

Un día, se percató de algo mucho más importante: lo exiguo de sus recursos, la capital mexicana no era ni mucho menos Ayacucho; aquí el dinero que su padre le había proveído se le iba de las manos. Había iniciado apenas los engorrosos y difíciles trámites de la inscripción en la Facultad y de la beca, compareciendo de una ventanilla a otra, de pasar en frente de algún funcionario, empleado o

serviente ¿Acaso entendía él de jerarquías? ¿De poderes? Optaba por anteponer para todos la palabra “caballero” o “señorita” con idéntico respeto y la misma actitud sumisa de perro apaleado que implora un favor.

En fin, entre aquel ir y venir y cuando en lugar de los arrugados billetes sólo le quedaban unos céntimos en el bolsillo, encontró con lo que sería su verdadera tabla de salvación: un amigo.

Paco Madgaleno le reprochó haber disipado su capital pagando hoteles, aunque el despilfarro concernía sólo al alquiler de cuartuchos que hospedaban gratuitamente a legiones de cucarachas, albergando los momentáneos manoseos de las parejas irregulares o el comercio vil de las prostitutas establecidas en una buena parte del centro de la populosa ciudad.

Madgaleno, quién tampoco andaba muy bien de fondos, y que al igual que su compañero iba también a vivir de una modesta beca que la liberalidad del general Don Lázaro Cárdenas le había otorgado, encontró en el peruano el socio ideal para compartir un cuarto de azotea en la calle de Cuba 75, aldeaña a la Escuela Nacional de Medicina, y que aunque provisto con un baño comunitario para todos los habitantes, era amplio, limpio y cercano al comedor universitario, ubicado en las vecinas calles de la Academia.

Oriundo de Michoacán, Paco era desprendido y generoso, y mientras el sudamericano esperaba su modesta mesada, compartió repetidas veces, no sólo la habitación sino la comida, la ropa y hasta alguna jarra de cerveza barata que degustaban en algún tugurio próximo al mercado Abelardo Rodríguez.

Al fin se iniciaron las clases. Los muchachos tuvieron que proveerse de batas blancas e ingeniarse para conseguir libros prestados, usados, o para turnarse y obtenerlos en las bibliotecas.

En aquellos meses conocieron de sobra las mil facetas de la miseria, la que padecen los artistas independientes, los escritores sin nombre y sin editor, los mendigos ... y los becados, siempre ante la constante alternativa: un libro o una camisa, un instrumento o

reponer las gastadas suelas de unos zapatos viejos, esperando ansiosamente la ayuda que les mandaban y que llegaba casi siempre tan retrasada que se empequeñecía ante los gastos de los estudiantes. No obstante, en su auxilio, se abrieron las puertas benévolas del comedor, y los dos muchachos se formaban los primeros, armados de sus bandejas vacías, ansiosos de escuchar la gastada frase en la voz de la galopina: ¡El siguiente! ,entonces la miraban con ojos tiernos y ancha sonrisa, tratándola de amable señorita, estratagema que les valía para obtener los más grandes trozos de carne maciza sin huesos ni nervios, los platos rebosantes de avena caliente y los bolillos menos endurecidos. Los futuros galenos se hartaban, aunque luego les sobrevenía la consabida modorra que los inhabilitaba al estudio y a la concentración.

Por si fuera poco, debían además lavarse, plancharse y remendarse la ropa, y para ahorrar el costo de la peluquería cortarse uno al otro el cabello cada quince días, economizando hasta las mismas navajas de rasurar cuyos filos agotaban.

Todo el día era estudiar, el doctor Jesús Alemán Pérez los sorprendía con exámenes a la hora que menos lo esperaban y exigía respuestas inmediatas y concretas y cuando había titubeos o vaguedades se le hinchaba una vena azul en la sien derecha, signo inequívoco de su desaprobación, en cambio el doctor Norberto Zapata quién impartía la cátedra de Epidemiología tenía siempre un aire complaciente y bondadoso, campeando en él una cordialidad sumada a cierta tendencia a la broma y a encontrar el lado festivo de las cosas, solía conformarse con respuestas cortas y sencillas que no desvirtuaran el concepto más importante; y que él completaba, repitiendo una y otra vez sin aburrirse los conceptos ya vertidos, conminando a sus alumnos a memorizarlos y concluyendo siempre con una frase gastada, que sus discípulos terminaron por aceptar como propia:

-Todas las grandes proezas humanas están alentadas por el signo de la pasión. Sin la pasión no somos nadie ni llegamos a ninguna parte. ¡Sean apasionados y llegarán a ser buenos médicos!

Madgaleno había anotado cada una de las palabras que engarzaban este credo vocacional, ellas iban a ser el evangelio de toda su vida, cuando hablaba Zapata los verdes ojos de Paco parecían horadar al maestro cuya sabiduría lo deslumbraba.

Años más tarde, ya médico, y metido entre los cañeros, allá en un ingenio del estado de Morelos, las habría de repetir, para animarlos en sus luchas sociales, en su eterna confrontación frente a la injusticia, la desigualdad y aún la traición de sus líderes venales.

Madgaleno fue siempre un decidido hombre de izquierda, como fue el protector de Adán.

En aquel estudiante la medicina fue también el medio de adentrarse en las masas y de influir en las demandas de los desposeídos, de los perdedores eternos, el luchador por una vida más digna de ser vivida, mientras Adán se concretaba a responder a los múltiples cuestionamientos de su amigo explicándole:

-Allá en mi tierra, cuando los blancos llegaron, ellos tenían la Biblia y nosotros la tierra, hoy en cambio, ellos tiene la tierra y nosotros la Biblia.

A veces los estudiantes, cansados de las largas horas sobre los libros, procurando meterse dentro de la cabeza medio centenar de palabras, que a su vez querían decir un ciento de cosas nuevas, apagaban el foco de cuarenta wats con que alumbraban su modesta habitación y se daban a deambular para despejarse por las calles adyacentes, deteniéndose a contemplar en la salchichonería de las calles de Allende, los chorizos, jamones, chistorras, quesos y bocados cuyos apetitosos olores turbaban sus estómagos acaso demasiado habituados a los caldos grasosos, a las lentejas, frijoles y garbanzos de todos los días, pero no completamente resignados a tan monótonos menús.

El improvisado paseo terminaba siempre en el jardín de la Alameda, o en la plazuela de Loreto, desde donde urgidos de sueño y de estudio, optaban por volver a su cuchitril para tornar a sus libros manoseados y a sus largos monólogos, en que recitaban de memoria párrafos enteros.

En aquellos años apenas se dio alguno que otro cambio, consiguieron por diez pesos menos un cuarto en la calle de Venezuela y fueron adentrándose en la Fisiología que era impartida por el doctor Fidel Pérez y después en la Anatomía Topográfica bajo la conducción del maestro José Negrete Herrera. Al principio Adán se confundió con el nombre de la nueva asignatura, hasta que Paco le hizo ver que “topo” significaba simplemente lugar.

Poco a poco se fue acentuando entre ellos una respetuosa intimidad, en la que uno no preguntaba al otro más de lo que quería decir.

Adán seguía siendo un hijo de las altas montañas, uno de esos seres incorruptibles a quienes la civilización, la época, o el ambiente, por cierto bastante desenfadado de los estudiantes de medicina, no había conseguido corromper. Madgaleno le veía recoger ansioso alguna carta que de vez en cuando le entregaba la portera, en ocasiones con las huellas inequívocas de haber pasado antes de su final destino, por muchas manos, y que llegaba ajada o con huellas de lluvia, lo que significaba que había recorrido grandes distancias. Adán solía hasta arrebatarse la misiva que se iba a leer a solas, en la relativa intimidad de su cama, aunque a veces Paco lo había sorprendido repasándola a la mitad de las clases, entre las prácticas, en el comedor o incluso en las alegres reuniones de los estudiantes, a las que Soroche muy raramente asistía, entonces el muchacho se quedaba serio, como ausente y sin importarle de lo que se hablaba, sacaba una y otra vez del bolsillo de su saco aquel pequeño trozo escrito con letra menuda y por los dos lados, que luego volvía a introducir cuidadosamente en el sobre, y volvía a meditar con los ojos húmedos, la respiración entrecortada y aquel aire de tristeza y de nostalgia que era incapaz de disimular. Sus compañeros: Barrios, Rivera, Villalba, Palacios lograban contener a duras penas su curiosidad, pero el trato amable, respetuoso y considerado de Soroche, quién jamás les hacía preguntas indiscretas

sobre sus relaciones o aventuras, les obligaba a correspondérselo y preferían hablar de los otros tópicos siempre socorridos: las clases, los maestros, los libros, los exámenes, los repetidos menús del comedor universitario, las películas y desde luego de las enfermedades y los enfermos.

Una vez, sin embargo Soroche rompió el silencio. Dejó sobre la gastada colcha de la cama la carta abierta y se quedó mirando hacia el techo con los ojos húmedos, que muy trabajosamente retenían el llanto; Paco sintió profunda pena por su estoico amigo y con discrección y delicadeza, sin atreverse a preguntarle nada, se acercó a darle unas palmadas sobre la espalda, haciéndole notar que él se ponía de su lado para compartir el trago amargo o la contrariedad que debía estar pasando. Aquel gesto y la inmensa necesidad de comunicarle a alguien lo que sentía, conminó a Soroche a confiar a su único amigo el secreto que hasta entonces había guardado en el fondo de su corazón, como algo tan suyo, tan sagrado, que sólo a él, y únicamente a él podía pertenecerle

-Me escribe una muchacha -Explicó señalando el pliego- Mi novia. Se llama Mariela ... y es ... ¿Cómo te diría yo? ¡Toda mi vida!

Paco se quedó de una pieza ante aquella inusitada confesión, si bien en aquel instante se le aclararon los gesto, actitudes y hasta palabras descuidadas de su camarada, a las que nunca había concedido mayor importancia, pero que ahora clarificaban la vida interior de aquel muchacho raro que tomaba tan a pecho su noviazgo.

-¿Y que le sucede a tu Mariela? -Preguntó en el más amable tono de voz.

-Pues ... ¡Está deshecha! Verás: se nos ha muerto algo que nos unió mucho al principio.

Madgaleno frunció el ceño.

-¿Pues que era eso?

-¡Un pájaro!

-¿Un pájaro? -Repitió a punto, no supo si de la risa o del asombro.

-Verás no era un pájaro cualquiera -explicó Soroche- se trataba de un ave muy rara. Un pájaro azul que sólo se encuentra en las montañas más elevadas, cuando uno tiene mucha suerte.

Madgaleno asintió tratando de imaginarse el tal pájaro y los dichosos Andes, de los que su amigo solía hablar con frecuencia.

-Una vez, yo estaba en la granja de mi padre, en las montañas altas, llevé a nuestro ganado a beber agua un riachuelo próximo; y allí, sobre un peñasco ¡Se había posado el pájaro! Su plumaje era de un azul tan intenso, que sólo lo he vuelto a ver en el mar cuando hice el viaje para venir aquí. Me acerqué a él cautelosamente y me sorprendió que no hizo nada para moverse, y echarse a volar como lo hacen todos los pájaros, entonces lo tomé con sumo cuidado y observé que tenía un ala lastimada, al principio, supuse que estaba rota, pero no, era una herida, quizás ocasionada por haberse enredado en alguna planta espinosa, el pájaro protestó, pero una vez que lo tuve entre las manos procuré curarlo y hasta le hice una pequeña venda con un tozo de mi camisa, luego empecé a construirle una jaula que me salió muy fea; y aunque me repudiaba la idea de quitarle su libertad, decidí traerlo a Ayacucho y regalárselo a Mariela, y aunque todavía no éramos novios, pues ella lo recibió en prenda de eso .. de que la amaba. Y después con el pretexto de saber si el pájaro no se había muerto, iba a visitarla casi todos los días.

-Me lo imagino. -concedió Paco.

-No se porqué murió. Ella debe haberle cuidado mucho. De ello estoy plenamente seguro. ¿Por qué nos persigue siempre la muerte? ¡Esa eterna entrometida, obstinada en eclipsar el maravilloso milagro de cuanto vive, sea hombre o pájaro! ¡Es cómo una bestia inmundada, agazapada, esperando tronchar con saña loque amamos!

Adán hablaba con la vehemencia de quién declara la guerra a un enemigo, del que lucha contra una fuerza superior que lo hace desesperarse.

Paco guardó silencio, pero Soroche continuó, buscando desahogar algo que seguramente había retenido mucho tiempo.

-¡Siempre me topo con ella! En el Perú la gente muere a montones! Todos: niños, hombres, mujeres, jóvenes, viejos. ¡Por una u otra razón! Entonces ¿Para que diablos sirven los médicos? ¿En que nos hemos metido nosotros? ¿En que queda todo esto? -se lamentó angustiado, señalando los libros- ¿Resulta algo a cambio de esta vida sacrificada, se obtiene una respuesta a trueque de esta esclavitud, si al final, todos estamos condenados irremisiblemente a lo mismo? ¡Y todos tenemos que morir, porque esa es la ley inexorable, el pago por el don de la vida, del que no escapan los pájaros ni los hombres!

-Paco lo escuchaba tranquilo, aunque no dejaba de sorprenderle aquella súbita exaltación.

Soroche se fue calmando poco a poco, luego, dando rienda suelta al idealismo que cabía en él agregó:

-Pero al menos el amor sobrevive. ¡Por eso amo a Mariela! ¡Por ello no quiero que se extinga lo que siento por ella! ¡Y me resisto a que me olvide, o a separarla de mis pensamientos!

Madgaleno le miró a los ojos.

-¡Si conocieras a Mariela! ...¡Es tan niña! Aunque ahora ya debe estar convertida en toda una señorita, cuando la dejé aún no cumplía los 18 años, pero tenía la madurez de una persona mayor ...

-Pues te felicito. -apuntó Madgaleno- Es una fortuna encontrar alguien así.

-Verás -prosiguió Soroche, encantado de hablar sobre el mismo tema- es una muchacha de nuestro tiempo, aunque con ideas un poco anticuadas. Muy dependiente de su madre e influenciada por la religión. Pero se que me esperará. Tenemos un compromiso. Como te diría yo ... ¡Más bien es un pacto demasiado serio! ¡Y ella no puede echarse atrás!

-Deseo que así suceda. -convino Paco- Después de todo es lo que tú mereces. Por lo que renuncias a todo, incluso hasta divertirse un poco, aunque creo que no te vendría mal de vez en cuando ...

-¿Divertirme? ¿Y te parece poco la diversión que nos espera? Cardiología, Digestivo, Respiratorio, Reumatología. No tardaremos mucho en enfrentarnos con el doctor Rogelio Camacho Becerril, de

quién me han hablado que es muy exigente. ¡Vaya que si tendremos diversión!

-Entonces procura conservar la tranquilidad. Es indispensable para poder concentrarse. Cuando acabes con todo eso, podrás volver a tu Mariela. ¡Sólo hasta entonces! Si estudias con ahinco y pasas todos los exámenes de todas las materias, te irás acercando poco a poco a ella.

-Tienes razón. -admitió Soroche- entonces: ¡A darle!

Y cada estudiante tomó su libro, mientras descendía la tarde, en la que ya soplaban el relente que precede a los anocheceres del mes de Febrero.

-10-

Lo que Paco Madgaleno había denominado genéricamente diversión aludía sin duda a la íntima camaradería que solía darse con las condiscípulas y enfermeras de los hospitales donde los estudiantes empezaban a realizar sus primeras prácticas. Habían lo mismo, románticos noviazgos que rápidas aventurillas que con la misma celeridad que surgían se acababan, otro tanto consistía en las relaciones sexuales que sin muchos preámbulos se celebraban con las sirvientas vecinas, habitantes de las azoteas en las que se alojaban, sobre todo alumnos del interior del país que no tenían familiares en la metrópoli y por lo consiguiente no disponían de un hogar; y en una tercera posibilidad, quedaban los *affaires* con las infelices prostitutas que merodeaban por la zona, desde la plaza de Loreto hasta la calle de Donceles, incluyendo el barrio alegre de las Vizcaínas, y las cuales aceptaban venderse concediendo alguna rebaja y hasta fiando a los fogosos muchachos ávidos de sexo y de compañía femenina; pero aunque sus disolutos colegas disfrutaban esa parodia triste de amor, se abstendían de insistir demasiado al Soroche que los acompañara en sus correrías. El peruano si bien veía con complacencia a las muchachas como cualquier varón, no manifestaba otro interés que el cultivo de una superficial amistad, porque sabía demasiado que sólo una pasión inflamaba sus

sentimientos, una joven distante, cuya imagen seguramente se habría ido desdibujando con el tiempo, y cuyos rasgos ya no serían los mismos, pero que estaba representada por unas dos decenas de cartas envueltas con meticulosidad y atadas con un cordoncito, que el muchacho portaba siempre bajo la camisa, porque en ellas estaba representada la razón de cuanto era y de sus más caras aspiraciones.

Pero el hombre propone y Dios dispone.

Las cartas se fueron espaciando cada vez más, el teléfono resultaba prohibitivo para la precaria economía de Adán y además, aunque hubiera querido utilizar ese medio, ni sus padres, ni mucho menos Mariela contaban con el aparato.

Soroche iba y venía casi jadeante al correo donde decidió tomar un apartado, temeroso de que las cartas pudieran extraviarse o no llegaran a sus manos por sus frecuentes cambios de domicilio, ya que entonces vivía en la compañía de su amigo, en un destartado departamento de la calle de República de Chile, desde allí, continuaba escribiendo con matemática regularidad poniendo en las cartas todas sus posibles direcciones: la de la Escuela, del Hospital General, del Juárez, y hasta el domicilio de algún compañero de confianza que disponía de casa propia.

Luego, le sobrevenía momentáneamente la calma, la joven contestaba, aunque de una manera más bien corta, donde distante de hablarle de su amor, se concretaba a referirle cosas superficiales sin ningún interés especial para su relación, aquella frialdad abarcaba hasta la antefirma de la que había suprimido las palabras: ¡Siempre tuya!

Aquellos retrasos, que llegaron a prolongarse hasta por tres meses, entristecían a Soroche; y aunque las prácticas, los exámenes, el abrumador trabajo le defendían de la depresión absoluta, el muchacho se veía desmejorado e inquieto. Entonces, solía inventarse mil disculpas: que si el mal servicio del correo, el extravío de las cartas, las ocupaciones de su novia cuya vida actual ignoraba por completo, atribuyéndole estudios, enfermedad, cuidados a su madre, terminando siempre por justificarla..

En el laboratorio entre las emanaciones del cloro, o de la sala de prácticas, Soroche cabisbajo, pálido, pretendía disfrazar ante los demás su pesar, su horrible pesar que le estaba royendo el alma con la impiedad de una gangrena; y para esconder pudorosamente su miseria, para ponerla a cubierto de las preguntas, la burla o la compasión y hasta solía canturrear una tonada, que acababa muriéndosele entre los labios.

Aquella vez recibió solamente dentro del sobre una estampita con la imagen de la Virgen, en la que Mariela por detrás había escrito que todas las noches lo encomendaba a ella. Lejos de consolarlo, aquella nota escueta en la que no había la más mínima alusión a su compromiso, le desconcertó más. En su cama de célibe a deshoras de la noche, cuando extenuado por las clases, las prácticas o la guardia frente a la cabecera de algún enfermo sucio y maloliente, tornaba en busca de un poco de reposo, Soroche daba inútilmente vueltas en demanda del regateado sueño, que llegaba entre grandes fatigas en las últimas horas de la madrugada, próximas a las cinco en que debía levantarse para el duchazo que le energizaba momentáneamente. Entonces, en aquellas horas espantosas de insomnio, con las manos crispadas sentía hambre de ella, necesidad de ella, y al pensar en la enorme distancia que los separaba quería gritar, desahogarse, correr en su busca, abandonando todo; y sólo mediante un considerable esfuerzo conseguía serenar su desasosegado espíritu. Mariela se le había vuelto obsesión. Una Mariela ausente, casi imaginaria, demasiado lejos, inasible y huidiza y sin embargo real, escapándosele de continuo entre conjeturas angustiosas, en que extenuado imploraba las horas del amanecer para volver a su dura, pero mucho más piadosa rutina: clases, estudio, enfermos, olores. Soroche golpeando la almohada clamaba: ¡Mariela! tal si su grito pudiera ser escuchado por la joven, entonces se quedaba esperando una respuesta que no llegaba nunca; a veces en una benigna duermevela Soroche soñaba con la muchacha que alegre y tranquila le juraba esperarlo. Soroche escudriñaba el cielo, el sol, el día, las nubes, anhelando recibir por la mañana la misiva en la que

ella le reiterara su amor, su fe, su confianza; y regresaba apresurado a su modesta casa sólo para recibir la misma amarga decepción: no había carta alguna. Así esperaba la tarde, la siguiente semana, el mes próximo, mientras que entre tanto no hacía más que pensar en ella, recordarla, creer en su promesa, en sus palabras, repitiéndose hasta el cansancio que ella no podía mentirle, no debía fallar; y en cuanto a engañarle, a tener relaciones con otro, ni siquiera se atrevía a detenerse para cobijar ese sucio pensamiento que manchara la imagen nítida y pura que se había formado de ella.

Paco Madgaleno asistía mudo e impotente ante el drama y la miseria de su amigo. Aunque escéptico en cuestiones de amor, poseía en cambio una inagotable generosidad pronta a derramarse, así su comprensión, su cordialidad amistosa parecían buscar deliberadamente los más ínfimos pretextos que pudieran distraer un momento aquella mente ofuscada, aquel espíritu enfermo, atrapado en la más peligrosa de las embriagueces, en la más alucinante de las drogas.

Una mañana le anunció, que aquel día, infausto por cierto, se cumplían seis meses exactamente que no recibía una sola letra de Mariela. Aquella ocasión les fue asignada su primera guardia de 24 horas continuas y hasta prorrogables en la sala de post-intervenidos del Hospital General. Paco insinuó a su amigo la necesidad de encontrarse físicamente aptos para el nuevo cometido que iba a exigir el acopio de todas sus fuerzas y por supuesto de los conocimientos adquiridos. Comentó también, que las susodichas desveladas se compensarían con la mejor alimentación que se proporcionaba a los internos, muy superior a la del comedor universitario, Soroche le respondió que cumpliría como el mejor, lo que hizo con intachable eficiencia, pero cuando regresó de la guardia se decidió a escribir por correo aéreo, entrega inmediata y certificada, a su madre, preguntándole directamente por Mariela e instándola a darle una respuesta rápida sobre el particular.

La buena mujer intuyó la inquietud de su vástago y alarmada le contestó inmediatamente, pero en la respuesta Soroche apenas

pudo imaginarse nada, doña Amparo le decía que Mariela se dejaba ver muy poco, pues pasaba con las monjas a quienes ayudaba con los pequeños huérfanos, y en cuanto a que tuviera algún novio, pues no se le veía con nadie y alguna vez que se encontraban le saludaba con la deferente cortesía de siempre. La señora Palma terminaba la carta invitando a su hijo a seguir sus estudios, y a dejar de preocuparse por cosas que le distrajeran de su principal objetivo. Soroche sólo consiguió tranquilizarse un poco, pero empezó a socavar en su ánimo un extraño presentimiento que había de acompañarle durante el resto de la carrera.

-11-

Detrás de las más crueles angustias está siempre la pasión amorosa. El amor preside lo mismo la desesperación que la dicha. La naturaleza humana tiende a valorar más lo prohibido, lo distante, lo imposible, que lo que está al alcance de la mano. Los amores insatisfechos, no logrados, son el tema inagotable de la literatura. La felicidad se goza no hay para que escribirla, el desenlace de los cuentos que son totalmente fantásticos e irreales, es siempre el mismo: “reinaron muy felices y tuvieron muchos hijos ...” más en cambio para describir la desdicha, los vocablos escasean en todos los idiomas. Soroche la conoció intensamente. Después de aquella escueta estampa con la imagen de la Virgen, Mariela no volvió a escribirle nunca; y el muchacho cual un Dante que explorara los rincones del averno, lejos de olvidar, de sepultar en su juventud y en su pasado aquel noviazgo de chiquillos, aquel ensayo de amor que no maduró, se fue hundiendo en la más honda de las depresiones, barnizada con el más hábil de los disimulos.

Adán sentía vergüenza de ser tan niño, de no poder controlar sus sentimientos y aceptar como, cualquier hombre el revés que la vida le propinaba. Poco o nada consiguieron adivinar sus compañeros, quienes a la par que aumentaban su sabiduría ganaban en desvergüenza, quizás alguno de ellos hasta se volvió brutal y algún otro cínico, la ciencia develaba misterios, destruía prejuicios,

pero derribaba principios. El rigor científico, el crédito sólo concedido a lo tangible, el espíritu explicado y reducido a la materia, iban despojando a los futuros médicos de lo fantasioso, lo abstracto, lo subjetivo, lo improbable; los sentimientos eran simplemente reacciones químicas producidas dentro del complejo mecanismo del cerebro, las intuiciones, la inteligencia, la memoria, perdían su carácter misterioso para explicarse en otro lenguaje, y Soroche lo aprendió sólo para saber que aparte del sufrimiento de la carne, el hombre había sido destinado a enfrentar otro tormento más, quizá aún más agudo: el ocasionado por su propia mente, ingobernable, pese a todas las explicaciones científicas. De no haber estado tan medido su tiempo, tan tiránico su horario, y de no haber sido tan exigentes sus profesores o tan amplios los programas de estudio que no le concedían tiempo para algo más que cumplir con las obligaciones inherentes, él hubiera querido penetrar en esa otra dimensión de la medicina que ahonda en los trastornos de los desequilibrados, excéntricos, adictos, quizá por el afán de autocurarse él mismo, de conseguir zafarse de la sujeción de aquellos garfios que lo mantenían encadenado a un nombre de mujer, o a una tontería de adolescente, negándole el reposo, la concentración, la posibilidad de ser como todos los demás, quienes seguramente habrían desterrado aquella pasión estúpida. El mismo Villalba, con su aparente timidez, habría encontrado coraje para desprenderse de los recuerdos, para renunciar a las esperanzas, aceptando lo inconsistente de las promesas de una chiquilla incapaz de cumplir con un compromiso moral, voluble, o demasiado inmadura para poder acreditar con hechos la validez de las palabras. Así, mientras él se esforzaba entre exámenes, prácticas, deberes, cual un sujeto sujeto a una disciplina férrea, ella se habría aburrido de la espera, las hormonas habían hecho de las suyas, la naturaleza incapaz de silenciarse se había rebelado y flaqueando la voluntad, el anónimo rival había conseguido seducir, triunfar, hacer suya aquella voluntad débil y ya de otro ¿Qué podía importarle el hecho de haber faltado a su palabra, de haber sido incapaz de cumplir una promesa

de chiquilla? ... además existía también la posibilidad de que desconfiada cómo suelen serlo la mayoría de las mujeres, hubiese dudado de la lealdad de su novio, suponer que Adán podría haber conocido otras mujeres, tener amistades, relaciones y hasta procrear algún hijo con alguna era posible; vencida de antemano pudo haber previsto un aplastante triunfo de sus competidoras mucho mejor armadas que ella que en resumidas cuentas era una pobre pueblerina. Y en cuanto a su silencio, Adán convenía que ella prefirió evitar la pena de las explicaciones, exponiéndose a una respuesta cargada de reproches, así, el silencio era la más elocuente de las respuestas, la distancia se volvía su mejor defensa, y si su pretendiente volvía casado, o era ella la que hubiese contraído nupcias, quedaría simplemente volver a emplear el recurso del silencio o del disimulo. Soroche se sumía en tan amargas reflexiones a las que se sucedían sentimientos contradictorios, en ellos residía no la fidelidad sino la obsesión, no la voluntad sino la cobardía, no el amor sino la necesidad.

Sumergido en conjeturas, deambulando entre disculpas o explicaciones que se daba y desechaba con la misma velocidad, Soroche continuaba implacablemente llenando largas cuartillas, ora con rudos reproches, o con renovados juramentos, en aquellas cartas apasionadas, irónicas, acusadoras, impacientes, suplicatorias, el infeliz imploraba en nombre de Dios, de la piedad, una letra que pusiera fin al cruel martirio de la incertidumbre, pero todo desembocaba en el mismo impenetrable silencio; y abismado en aquel pozo hecho de sombras, donde la más leve luz del consuelo no llegaba jamás, el desesperado muchacho enfrentaba enfermos y maestros, horarios y deberes, miserias y soledad. Su misma madre escaseaba las cartas temerosa de no poder responder a las impacientes preguntas de su hijo, evadiendo tal vez lo que no sabía o no quería decir, concretándose a repetirle las recomendaciones de su marido: que no debía distraerse, que no flaqueara ahora que estaba a punto de conseguir lo que debía de ser su máximo galardón, y Soroche pensaba que lo querían triunfante aunque fuera desventurado, vivo pero infeliz, realizado pero solo. A veces un optimismo infundado le

acompañaba por unos días, seguramente aquella torpe obsesión acabaría por dejarlo en paz y entonces hasta podría encontrar otra muchacha y quedarse a vivir en México, evitándose el infortunio de toparse con el fantasma de aquella tontería, pero al poco tiempo como una fiebre intermitente regresaban su ilusión y su miseria, su infortunio y su amor ¡Aquel amor tan rehacio a despegarse, como esas costras que si se arrancan se llevan los jirones de la carne!

Entremedio de aquello que el peruano consideraba el total abandono de Dios, he ahí que la Divina Misericordia le alargó en Madgaleno el remo que le impidiera sucumbir en la violencia de la tempestad, asido a el logró saltar a la barca de la salvación que lo llevaría al puerto de la vida, de una vida triste, solitaria, amarga, sin esperanza, sin futuro, Soroche comprendió que cuánto más deseaba la muerte, más la vida parecía aferrársele con un motivo. ¿Mas que puede interesarle sinceramente a un enamorado que no sea el objeto de su amor mismo? ... quedaba lo de la vocación, el ideal, la carrera, la satisfacción de servir a los demás, de ser famoso, de ganar dinero, de llegar a ser un médico como lo eran aquellos maestros que impartían cátedras y conferencias, que deslumbraban en las mesas redondas, que realizaban milagros en los quirófanos, que errdicaban padecimientos crónicos y deducían como magos de mangas anchas los diagnósticos inequívocos con certero tino y exactitud prodigiosa ... ¿Pero que podía representar todo aquello sin ella? Quedaba el dinero ¿Pero para quién? Acaso para su padre que ahora sería más viejo al que arrancaría de su trabajo pesado, su madre, a quién podría colmar de comodidades ... luego, también quedaban ellos, por los que había abandonado a su tierra y a su Mariela: los pobres, los menesterosos, los miserables, los sucios, porque sucios son el alma y el cuerpo del hombre, aún dotado de la maravillosa máquina de su carne puntualmente eficaz, aunque suceptible al desgaste, a la vejez y a la imperfección ...¡Todos ellos contaban! ¡Todos ellos lo necesitaban! ¡Pero para entregárseles era necesaria la paz, la paz que se le negaba, la tranquilidad que sólo podía concederle una palabra, una sola palabra de una muchachita campesina!

En aquellos difíciles años Paco fue los oídos abiertos, la mano tendida, la mirada atenta; escuchó benevolente todos los días a todas horas las mismas quejas, los idénticos comentarios. Al principio hizo cuanto pudo por desviar de su amigo aquella obsesión enfermiza, más tarde convencido de lo inútil de sus propósitos se convirtió en el cirineo voluntario, y así siempre amable, bondadoso, incansable aprendió a disculpar a su amigo cuando lloraba y a sonreírle para distraerlo y hasta a bromear con él haciéndole creer en una engañosa mejoría. Paco le llanó el camino, le prestó sus libros y su fe, su amistad y su cordura, su charla y su silencio, su respeto y su humildad; veló con él enfermos y moribundos, valoró su vocación, aplaudió su esfuerzo, reivindicando su seguridad de que Soroche, pese a todo, estaba llamado a un destino superior; y al concluir la carrera, cuando los muchachos fueron llamados al temido examen profesional, mientras Soroche temblaba Paco le reanimó seguro de que triunfaría; y en el momento en que el jurado dictaminó por unanimidad su aprobación, aplaudiendo la brillante disertación del peruano, él fue el primero en acercarse para decirle abriéndole los brazos:

-¡Felicidades doctor!

Soroche tuvo dos patrias gracias a Paco Madgaleno. Amo a México no sólo por la beca, la universidad, el título, sino por la entrañable amistad que aquel idealista le brindó; y en medio de su tristeza Soroche admiró profundamente a su colega que sabía iba a luchar por la salud y por el pan de los pobres.

Una tarde, Paco Madgaleno, ayudando a su amigo con media docena de bultos y valijas lo encaminó al aeropuerto.

-Doctor, dentro de algunas horas, volverás a saborear tus dichosos anticuchos-Le auguró sonriente.

Ambos amigos se abrazaron fuertemente. Habían compartido un largo trecho de su vida. Soroche le miró a los ojos y de sus labios brotó, como salida del alma, la única palabra que no se ha desgastado todavía:

-¡Gracias!

Luego se volvió para abrazar a sus compañeros, algunos maestros y hasta conocidos que fueron a despedirle.

Regresaba en efecto, para enfrentarse a su destino, para descubrir la incógnita que le había regateado el sueño, la intranquilidad que ennegreció sus noches.

Cerraron las puertas del avión, Paco levantó el brazo para darle el último adiós y después de una breve escaramuza el aparato se fue elevando por los aires alejándose a toda prisa del valle de México.

-12-

Los valles se arremolinaban incesantemente uno tras otro, allá en las alturas las montañas lucían desnudas como siempre, era la idéntica caricatura de un bosque, en el que la vegetación aparentaba ser una mancha verdosa sobre los montes calvos cuya proliferación parecía no tener fin. El autobús zizagueaba, Adán empezó a sentirse mareado. Siete años de ausencia lo habían transformado por dentro y por fuera. Ahora todo era distinto y su tierra lo desconocía, el hijo de los Andes era un extraño y la naturaleza lo recibía como a cualquiera de los extranjeros que se afanaban por conocer los secretos del imperio de los incas.

A las siete de la noche, Adán volvió a poner los pies en Ayacucho. Después de un largo viaje volvía sucio, empolvado, con la barba crecida, y mal disimulada la impaciencia. Portaba consigo algunos regalos para sus padres y para Mariela, adquiridos a base de economías, dádivas de los familiares de los pacientes hospitalarios a quienes había atendido y obsequios de sus compañeros y de la inagotable gentileza de Paco Madgaleno que le había ofrecido los más finos presentes como recuerdo y despedida. Ayacucho lo recibió con la agradable tibieza primaveral del mes de noviembre. A primera vista le pareció que nada había cambiado en el pueblo, seguían sus mismas calles, su plaza, iglesias, casonas y hasta su parque polvoriento invadido de una suave placidez. Al fin estaba nuevamente en su tierra, al fin volvería a ver a su Mariela, casada o

soltera, enamorada o indiferente ¡Pero la vería! Y también podría abrazar a sus padres, a sus amigos y andaría una vez más aquellas callejuelas, testimonios de su juventud y de sus sueños, por las que tantas veces había suspirado en aquellos últimos años. Sólo que ahora sería el doctor, el señor doctor y podría poner sobre su puerta un letrero: “Consultorio para pobres del Doctor Adán Palma”, y en los muros colgaría su título y sobre su escritorio un retrato de Mariela.

De aquel muchacho insignificante México devolvía un médico, un hombre hecho y derecho dispuesto a curar y a servir. Pero nadie lo reconoció. ¿Habré cambiado tanto? -Se preguntó. El muchacho del taxi le ayudó a subir sus pertenencias y le preguntó donde quería que lo llevara. Adán no pudo contenerse y en tono de reproche le preguntó:

-¿Es que ya no me conoces? ¿Ya no sabes donde vivo?

El chico lo miró extrañado antes de responderle.

-No señor.

-Pues llévame a la casa del señor Palma.

-¿El señor Palma? ¡Claro! ¡Es una buena persona! Por cierto que tiene un hijo que estudia en los Estados Unidos.

-¡No! -Lo interrumpió Adán- ¡En México! ¡Mi segunda patria!

-Entonces ¿Es usted?

-Sí. Soy yo.

Y no hablaron más por el camino. Al llegar frente a la casa el muchacho se bajó primero, llamó a la puerta y regresó apresurado a bajar las maletas de su pasajero..

-¿Quién? -Se escuchó la voz de Doña Amparo desde dentro.

-¡Soy yo señora, Leoncio! ¡Y le traigo una sorpresa!

Se escucharon unos pasos calmosos, pero al abrir la puerta y ver a su Adán, la pobre mujer no pudo contener un grito, no supo si de júbilo, de dolor, de sorpresa o de angustia.

-¡Adán! ¡Mi Adán! ¡Si eres mi Adán!

Madre e hijo se echaron a los brazos. Se besaron, se llenaron de lágrimas, Leoncio había entrado las maletas y Adán buscó en sus bolsillos algunas monedas para pagarle su servicio.

-No. -Dijo el muchacho- Déjelo por ahora. Otra vez me pagará. Ya recuerdo quién es usted, cuando terminó la secundaria yo iba apenas en el tercer año de la elemental.

-Pero ... -Insistió Adán-

-No, de veras no. Señor doctor. -Y se alejó en su taxi.

A las voces de su esposa acudió el señor Palma, más encorvado y con más arrugas, pero luciendo la más amplia sonrisa.

-¡Hijo! ¡Hijo querido! ¡Pero si estás hecho un hombre! ¡Todo un hombre! ¡Un gran hombre! -Y lo abrazó con fuerza, mientras le repetía ¡Pero si me has rebasado ya!

Adán abrazó largamente a su padre.

-¡Ya soy médico papá! ¡Ya cumplí lo que tú también querías! ¡Y gracias a tí! Pero ¿Qué digo? ¡A ustedes, a los dos! Y sacó el cuadro que contenía su título de médico cirujano. -Aquí tienes mi título..

Había visitas en casa. Menudearon abrazos, risas, besuqueos, lágrimas; llovieron preguntas, Doña Amparo quería estar en la cocina preparando los mejores platos para su hijo, pero sin perderse una palabra, el señor Palma quería saber todo: ¿Cómo era México? ¿Qué cosas había visto? ¿Cómo le habían tratado los mexicanos? ¡Y la ciudad de México era tan enorme como decían? ¿Y además muy bella?

Se abrieron las botellas que había en la casa, algunos vecinos llegaron con otras, se bebió vino y cerveza a la salud del recién llegado, se sirvieron los guisos en la vajilla que sólo se usaba en las grandes ocasiones, y después de aapapachar, felicitar, abrazar al recién llegado, al filo de las cuatro de la mañana, los invitados fueron desfilando, el señor Palma cansado por los tragos y agotado por la emoción y la alegría se fue quedando dormido sobre la mesa. Al fin Adán pudo acercarse a su madre y tímido, con la respiración entrecortada y una horrible palidez le preguntó:

-Mamá. ¿Y Mariela?

-Mariela ... pues se enfermó, se enfermó muy gravemente ...
Adán se puso lívido.
-Pero se repuso y ya debe estar bien.
-¿Debe? ... ¿Luego tu no sabes? ¿No lo indagaste a pesar de mis súplicas?
-Sí claro. Hice lo que me pedías.
-¿Entonces?
-Entonces ...
-Supongo que debe estar bien. -Dijo cohibida la pobre mujer.
-¿Supones?
-Ella ya no está aquí. Hace tres años que ya no vive aquí.
-¿Se casó? -Más que preguntar, gritó Adán angustiado.
-No hijo. ¿Porque se había de casar?
-¡Claro! -dijo Adán reanimándose- ¡Si tenemos una promesa!
¿Recuerdas mamá que nos habíamos prometido=
-Sí claro. Lo recuerdo pero ...
-Pero que ...
-Yo no se nada. No puedo decirte nada. Sólo que ella ya no está en Ayacucho.
Adán miró el reloj. Faltaban veinte para las seis de la mañana.
-¡Ahora lo sabré! ¡En cuanto amanezca!
Y entró en su cuarto que su madre había conservado intacto desde la partida de su hijo.

-13-

Doña Amparo no preguntó a su hijo donde se dirigía. Lo vio salir apenas acababan de sonar las siete de la mañana, Adán se había duchado y sin la barba, el rostro, aunque aún conservaba su juventud, lucía los estragos de los estudios, las malpasadas, los insomnios y la desesperación.

Cruzó Ayacucho. Llegó a la casa de Mariela y tocó con firmeza la puerta. Iba a reclamar lo que sentía como suyo, pues lo habían ganado su dolor y su angustia.

Doña Natalia huesuda como una espina y con la tez amarillenta salió a abrir la puerta.
Adán de pie, con la mirada fija en ella preguntó:
-¿Y Mariela?
-No está aquí. -Respondió la mujer.
-¿Y a soy médico! -Aclaró Adán.
-Lo felicito. -Dijo la mujer, cuyos ojos brillantes eran lo único que parecía tener vida en su rostro enjuto de india quechua. -¿Qué bueno!
-¿Cómo le fue por allá? -Habló por decir algo.
-¡Eso no importa ahora! ¡Vengo por Mariela! Seguramente usted debe saber donde está. ¿Se ha casado?
La mujerona guardó silencio.
-¿O se fue simplemente con alguno?
Doña Natalia entendió la indirecta y reaccionó vivamente.
-¡Está al servicio de Dios pidiendo por todos nosotros! ¡Dios la ha llamado para Sí y ella como cristiana obediente acudido a su mandato!
Adán sintió que la tierra se le abría y con voz enronquecida preguntó:
-¿Y la promesa?
-¿Qué promesa?
-¡La de casarnos! ¡La de estar juntos toda la vida! -Exclamó en el colmo de la angustia.
-¡Ah, seguramente fueron cosas de muchachos!! ¡Ella era entonces una chiquilla! -Respondió tartamudendo- ¿Qué sabía de esas cosas?
-Pero ..
-Usted decidió irse a otro país a estudiar.
-Sí. ¡Quería ser alguien para merecerla! ¡Quería ser médico y volver para casarme con ella! ¡Y hacerla feliz! ¡Muy feliz! ¿Me entiende? ¡Ella dejó de escribirme! ¡Ni siquiera me dio una explicación!
-¡Estaba muy enferma! ¡Los cólicos la pusieron dos días en un grito!
-Yo hubiera venido inmediatamente ¡Hubiera dejado por venir a verla! ¡Todo! ¡La carrera, las clases! ¡Hubiera volado por estar aquí!
-El único que podía salvarla era Dios. ¡Y Dios y la Virgen me hicieron el milagro de que volviera a vivir! ¡La Virgen Santísima me la

devolvió ... y yo ... yo le prometí que si vivía, la consagraría a Ella.
¿Para que escribirle a usted? No había derecho de turbarlo en sus estudios. ¡Para inquietarlo inútilmente!

-Pero teníamos una promesa. ¡Un juramento que hicimos los dos! -
volvió a gritar desesperado.

-Las únicas promesas que valen y que deben cumplirse son las promesas hechas a Dios.

Adán sentía que el corazón estaba a punto de estallarle. Tenía las orejas enrojecidas.

-¡Eso quiero oírlo de ella misma! ¡Qué me lo diga frente a frente!
¡Ella no puede traicionarme!

-¿Traicionarlo? ¿Y quién habla de traición? Ella no quería lastimarlo más por eso dejó de escribirle. Pensamos que eso sería lo mejor y que usted al fin se olvidaría de todas esas tonterías de chicos. .

-¿Tonterías de chicos? ¿Llama usted tontería a mi amor, a mi adoración por ella? ¿Llama usted tontería a mi angustia, al dolor de no saber nada de ella? ¿A pasarme las noches en vela, sufriendo, lejos de mi país y de los míos, tirado en un camastro sin poder pegar los ojos? ¿Llama usted tontería a querer honestamente a una muchacha y pretender hacerla mi esposa? Si ella lo ha olvidado ... si ella ha pisoteado mis ilusiones, mi fe en sus propias palabras, que me lo diga frente a frente. ¿Lo oye usted? ¡Frente a frente, mirándome a los ojos, diciéndome que ha jugado conmigo, que nunca me quiso, que todo fue un engaño. ¡Un estúpido engaño!

¡Basta! -Dijo Doña Natalia- No merece mi hija que la trate usted así. Ella también se fue terriblemente dolida -Y con las lágrimas en los ojos agregó- ¡No sabe como luchamos! ¡No supone lo que ella sufrió! Pero al fin se impuso la razón. ¡No podíamos faltar a la Virgen! ¡Usted no se imagina como estaba! El doctor Lebrija no me daba esperanzas de que amaneciera.

Adán se imaginó a los agonizantes a quienes tantas veces había asistido.

-¡Sólo la Virgen! -Y en su rostro aparecía el fulgor de la fe.

Adán enmudeció.

-La Virgen no nos hubiera perdonado ...

-Tengo que verla. -Insistió Adán- ¡Moveré cielo y tierra hasta encontrarla!

-¿Y que ganaría con ello? ¿Inquietarla? ¿Apenarla más? ¡Ya debe haber sufrido bastante! Además es una monja de clausura. ¡Está muerta para todos, incluso para mí! ... Cuando profesó fue una ceremonia conmovedora ...

Adán ya no pudo pronunciar una palabra más. Se fue alejando poco a poco, inmensamente abatido. Era la imagen viva de la desolación. Su rival era Dios y contra El nada podía. Sintió que las piernas se le doblaban.

Doña Natalia todavía en el umbral alcanzó a decirle:

-Debía usted saber que lo primero es servir a Dios.

El médico regresó paso a paso a su casa. Una angustia, peor que todas las que había experimentado le orpimía el pecho. Sentía que el aire no le llegaba a los pulmones. Con pasos cortos cruzó la plaza Constitución donde habían caminado juntos tantas veces él y Mariela, el llanto benefactor le brotó en medio de los sollozos, los pocos transeúntes que empezaban a deambular en aquella hora, se extrañaron de ver a un pobre hombre, que cadavérico como un fantasma, lloraba como un crío desvalido, mientras iba diciendo entre murmullos casi ininteligibles:

-¡Mariela! ¡Mi Mariela! ¡Tuyo es mi amor! ¡No me importa si he arado en el mar o en la arena!

-14-

En el Cuzco suele llover hasta tres días seguidos de día y de noche, con breves pausas en que sólo chispea; ese exceso de humedad es lo que mantiene la perpetua verdura que circunda la ciudad colonial.

El agua que cae pertinazmente baja de las azoteas por medio de canelones de lámina, causando un struendo tal si arrastraran cadenas en medio de los tubos; y luego va a encharcarse y a irse escurriendo poco a poco en los múltiples brazos del río Urubamba

que riega los valles que llegan hasta el Machupichu, capital del antiguo imperio inca.

Distante más de un millar de kilómetros de Lima y a una altura de 3660 metros sobre el nivel del mar, Cuzco es una leyenda viva donde el pasado se hace presente en cada metro de tierra. Cuna de una espléndida civilización y escenario de una conquista sanguinaria, en la que el invasor impuso a fuego y sangre su religión, fue y es todavía cobijo de inúmeras iglesias y conventos, cuya magnificencia y esplendor rivalizan con las ruinas incaicas: Ajlla Wassi, Amaru Kancha, Kiswar Kancha, Qora-Qora, Guanapata, Qasana y Hatun-Kancha; y junto a estos restos, las enormes y suntuosas iglesias desde la Catedral con sus torres achatadas hasta los templos de la Compañía, La Merced, San Fernando, Santo Domingo, San Blas, Santa Catalina, San Cristóbal, Santa Teresa, Santa Clara y San Pedro; y por si esto fuera poco, una docena de conventos, casas de retiros espirituales, oratorios, capilla, ermitas, altares, pleróticos de imágenes, cuadros y estatuas de santos, Vía-Crucis magníficos, pilas bautismales, altares, patios, cupulas, torres, rejas, en tal magnitud que la devoción religiosa sobrepasa todo lo imaginable.

Las iglesias están sólidamente asentadas y ostentan gruesos muros, sus torres en cambio no son muy altas, debido principalmente a la frecuente incidencia de los sismos; suelen ser sombrías, heladas y exhiben una impresionante cantidad de telas con los reiterados temas de la crucifixión, la coronación de espinas, los azotes, el "Ecce-Homo", el descendimiento del cadáver de Cristo de la Cruz, en fin los tristes episodios de la pasión del Justo, que desembocan en ese estremecimiento místico, donde el arrepentimiento por el mayor crimen cometido por los hombres alimenta una religión austera, en la que abundan los santos graves, y los mártires llagados con las carnes atormentadas por una infinita variedad de crueldad y de barbarie y que asoman sus rostro macilentos alumbrados por las luces amarillas de los cirios. Se respira un olor a viejo mezclado con la inconfundible aroma del incienso, y de la cera derretida; y luego, haciendo un pronunciado contraste el

primor de los enrejados, la deslumbradora magnificencia de las custodias con incrustaciones de piedras preciosas, el dorado de altares, candelabros, floreros, ornamentos, vasos sagrados, misales, púlpitos y marcos ribeteados de oro con retratos de santa Cecilia, San Severo, San Sebastián, Santa Teresa, San Francisco, algunos de ellos, los menos por cierto, sonríen en el arrobamiento místico, y las miradas de sus ojos postizas emanan dulzura, sabiduría, paz, perdón, beatitud, serenidad, consecuencia de su perpetuo huír de las pasiones o conformidad ante los implacables designios de Dios.

Cuzco es también una ciudad de marcado contraste donde la despreocupada vestimenta de los turistas, su curiosidad, hedonismo, desenfado, su ansia de aventura; se diría que casi profanan la austeridad de las costumbres y la espantosa, degradante y ancestral miseria del indio, quién no obstante haberse liberado del yugo del conquistador continúa sometido al trabajo mal remunerado y a la perpetua privación de los más indispensables bienes materiales.

A semejante villa, por cierto muy representativa del Perú, fue designado para trabajar en el Hospital Municipal, el doctor Adán Palma, quién trabajador incansable, no se contentó con la agobiante labor en el Nosocomio, sino que además instaló un modesto consultorio aledaño a su vivienda, donde como lo había planeado desde su adolescencia seguía atendiendo con ejemplar constancia a pobres y a ricos, en ocasiones hasta altas horas de la noche. Muy pronto se extendió su fama de buen cirujano, ganándose la consideración no sólo de los pacientes sanados sino hasta de sus propios colegas, que apreciaban sus conocimientos actualizados, sus teorías revolucionaria aprendidas en una universidad extranjera y respaldadas por una experiencia insuperable.

Palma, brutalmente despojado del único amor de su vida, se consagró por entero al ejercicio de su profesión. Cada semana intervenía a seis o siete pacientes por lo menos sin contar curaciones y consultas que le absorbían prácticamente todo el día, en los intervalos que el gentío cesaba, leía gruesos volúmenes, tomaba notas, estudiaba casos difíciles, revisaba revistas médicas, indagando

por cuantos medios estaban a su alcance, las causas obscuras de los padecimientos, los síntomas sigilosos de las enfermedades, la gravedad de las dolencias encubiertas y la posible restauración de los órganos dañados, comprobando por el mismo, los rayos X, las pruebas de laboratorio, los análisis, revisando sus propias conclusiones, sus diagnósticos precoces y casi nunca equivocados. Buscando mantener su mente ocupada, evitando caer en los recuerdos, la vida del galeno se volvía rutinaria pero útil, dura pero tranquila, si tranquilidad se puede llamar a la resignación; sus comidas se volvieron moderadas, sus horas de sueño mínimas y solamente, alguno que otro domingo por la tarde se permitía una breve excursión al campo para estirar las piernas. Cada mes recibía una carta de Paco Madgaleno que contestaba puntualmente y con benaplácito. En ocasiones los ruegos reiterados de algún paciente sanado lo obligaban a aceptar un almuerzo en el que probaba una copa de vino o un vaso de cerveza; y una vez que contentaba a su anfitrión sonriente y amable retornaba a su consultorio donde se apilaban cada más libros cuyos textos subrayados o con notas escritas al margen con su puño y letra hablaban de aquella ansia frenética de conocimientos, de aquel fanatismo por una ciencia inabarcable, que era también su tabla de salvación evitándole recordar su soledad. Inútiles resultaron los ruegos de su madre para que solicitara su cambio a su natal Ayacucho, las recomendaciones de su padre que reclamaba en su ancianidad la presencia de su único hijo, Adán trató de extirpar de su vida todo lo que le trajera recuerdos, como solía arrancar de los cuerpos los órganos inservibles o dañados.

Más de alguna vez escuchó tras de sus ventanas la algazara de las danzas mestizas del carnaval, los villancicos navideños, los acordes de las músicas pueblerinas, o de la banda municipal, Palma se negó para el placer y para el amor, porque ambos le habían sido negados. Un día reconoció que había rebasado los treinta y cinco años, que sus padres ya estaban muy viejos y que cuando la tierra los recibiera en su seno, él se habría de quedar totalmente solo. ¿Pero

acaso no había vivido siempre así? Alguna vez la naturaleza turbó sus noches, el deseo de alguna compañía femenina pareció atraerlo y hasta llegó a tomarse algún café en la compañía de alguna muchacha, de entre las muchas que parecían perseguir a un soltero codiciable, pero pronto comprendía que nunca podría llegar a enamorarse y se cuidó de iniciar noviazgos sin futuro, de prometer lo que no podría cumplir, así truncó amistades, incluso aquellas que podrían haber suavizado su vida; le horrorizaba la idea de volver a concebir una ilusión, de esperar una hora dichosa; y hasta el fantasma de Mariela fue palideciendo, como si se hubiese enamorado de un sueño, cuyo despertar amargo le hubiera dejado una de esas heridas incurables, que se obstinan siempre en cicatrizarse, rebeldes al médico más experto, siempre sangrantes y dolorosas, ¡Porque el dolor y sólo el dolor es el eterno compañero del hombre!

-15-

El doctor Santiago Manjarrez apestaba a tabaco y a alcohol, su vicio le impedía cumplir con puntualidad su consulta en el hospital, a la que faltaba con demasiada frecuencia. No sólo era un médico anticuado, que probablemente no había vuelto a tomar un libro después de recibirse, sino que el frecuente temblor de sus manos, su desaseo, su barba crecida, el traje grasiento y manchado y hasta la poco tranquilizadora presencia de cardenales ocasionados por las caídas, consecuentes de las borracheras; le habían ocasionado: reprimendas, suspensiones, desconfianzas de las autoridades hospitalarias, reproches de los pacientes y numerosas dificultades, no obstante su reprochable desarrollo profesional, todo lo se le perdonaba por su exagerada beatería. Protegido de monseñores, amigo incondicional de sacerdotes, no pasaba un día sin acudir a una misa tempranera, aunque asistiera a ella aún medio mareado, y por las tardes antes de acudir a las oscuras cantinuchas donde saciaba su apetencia de licor acudía devotamente a rezar su respectivo rosario.

A pesar de sus defectos, era un hombre cortés, educado, cuya humildad parecía solicitar perdón por su incontrolable debilidad.

Aquella noche la lluvia parecía que no iba a dejar de caer sobre Cuzco, apenas había oscurecido y el cielo se cubrió repentinamente de nubes más negras que grises que empezaron a descargarse, un vientecillo frío volvió aún más inhóspitas las calles desiertas, y cuando el reloj de la catedral daba las ocho de la noche, los pocos turistas que reacios al encierro de sus cuartos de hotel aún deambulaban por el plaza principal, optaron por entrar en busca de un café bien caliente o una copa, las pocas tiendas y alguno que otro restaurant que aún permanecían abiertos decidieron cerrar ante la ausencia de clientes, seguros de que el horrendo chubasco no iba a parar en toda la noche

El doctor Palma cansado de un día en que había realizado dos intervenciones por la mañana y atendido casi horas de consulta por la tarde cenó ligero y solicitó a la vieja sirvienta quechua que lo asistía llevarle un mate bien caliente mientras él consultaba un libro de pediatría, la mujer dejó la taza con el líquido humeante sobre su escritorio y comentó:

-No va a dejar de llover en toda la noche. Además hace mucho frío.

-Pues retírese usted y descanse. -respondió Palma.

-¿No se le ofrece ya nada?

-Nada. Muchas gracias. Que pase buenas noches. -Respondió Palma sin levantar la vista del libro.

En esos momentos llamaron a la puerta.

-¿Quién podrá ser a esta hora? ... Voy a abrir. -dijo la sirvienta.

Palma puso cara de disgusto, presintiendo que una urgencia lo obligaría a abandonar la tibieza de su habitación.

-Es el doctor Manjarrez. -Anunció la anciana, cuando ya su colega, escurriendo agua desde la cabeza hasta los pies estaba en frente de él.

-¡Doctor! -Exclamó Adán levantándose- ¡Qué gusto verlo por aquí! Pase usted, siéntese por favor.

Contrariamente a lo que Adán sospechó al principio, Manjarrez estaba sobrio pero visiblemente alterado.

-Perdonará usted el atrevimiento y lo inoportuno de la hora, pero vengo a rogarle su ayuda ... pues tengo un paciente grave.

Adán se inquietó vivamente.

-¿Y me viene usted a solicitar que lo vea de inmediato?

-Me temo que sí doctor. Yo he estado tratando el caso ... pero se ha agravado, posiblemente por una reciente recaída. Y me han mandado llamar con urgencia.

Adán tomó su saco y el maletín.

-¿Sale usted así? -Se le oyó decir a la criada que corrió por el abrigo del doctor y un paraguas, luego agregó- Ha estado arreciando la lluvia, y cuando abrió la puerta agregó: -¡Es el diluvio!

Adán se puso rápidamente el abrigo y abrió el paraguas.

-Nos veremos luego. -Dijo a manera de despedida a la mujer y salió siguiendo a Manjarrez.

-¿Dónde vamos? -Preguntó Adán mientras abordaban el taxi que por lo visto los estaba aguardando.

-Al convento de las Carmelitas. -respondió el galeno- Se trata de una de las hermanas.

Si Adán palideció Manjarrez tranquilizado por la prontitud con que su camarada accedía a su ruego, no alcanzó a enterarse.

Un relámpago iluminó la calle como el espantoso parpadeo de la naturaleza enfurecida.

El taxi emprendió la carrera, mientras sus llantas deparaban agua como un surtidor, no se veía a un metro de distancia y los limpiadores resultaban insuficientes, pero la pericia del conductor permitió que abandonaran prontamente el centro de la ciudad, internándose en un suburbio.

Manjarrez silencioso fijaba sus ojos en las manos ágiles y fuertes de su colega, cuyos dedos afilados debían poseer la destreza necesaria en los casos desesperados.

-Tiene usted manos de cirujano doctor. -Comentó por hablar de algo- Yo hace tiempo que ya no frecuento el quirófano.

Llegaron. El amurallado recinto estaba oscuro y silencioso. Manjarrez saltó del taxi y buscó un cordón enterrado en

un hoyo horadado en el muro, se escuchó un campanillazo que Adán supuso era más bien una contraseña.

-Aguarde un momento doctor. -Solicitó cortésmente Manjarrez, tratando de evitar que su acompañante prescindiera del resguardo del coche, pero Adán descendió y abrió su paraguas. La espera bajo la lluvia se hacía casi interminable.

Pasaron tres minutos que debieron parecerles horas y una religiosa abrió una pequeña puetecita disimulada entre el amplio portón de madera gruesa erizado de figuras de hierro forjado.

-¡Ave María Purísima! -Dijo la monja.

-Ya estamos aquí hermana. -anunció Manjarrez.

La monja abrió entonces la pesada puerta.

-Aquí traigo a mi colega el doctor Palma -Presentó- ¡Es un prominente cirujano! ¡Seguramente se salvará!

-Si Dios quiere doctor -Respondió la monja de edad imprecisa mientras hacía una corta reverencia al recién llegado, y agregó - ¡El es quien dispone de nuestras vidas!.

Y sus facciones indefinidas se fueron perdiendo en la obscuridad, mientras ella se introducía en una puerta y los galenos se quedaban en una amplísima recepción donde techo, piso y paredes eran de piedra, pero que parecía más bien la boca de una caverna, invadida por un frío peor que el de la calle y que helaba hasta los huesos.

Adán se sentó sobre un banco de madera tosca que se apilaba contra la pared. Frente a él se había clavado, escueta, plana, sin ningún adorno una enorme cruz de madera; a su lado, muy alta, había una ventana enrejada a través de cuyos vidrios sucios asomaban de vez en cuando los guiños blancos de los relámpagos anticipos de unos ruidos escalofriantes, y bajo ella se abría una corta ventanilla cubierta con una tabla de madera pintada de café oscuro.

El doctor Manjarrez consideró oportuno instruir a su colega sobre las reglas de la clausura. Aquella ventanita era un torniquete, que constituía la única comunicación de las hermanas con el mundo, las cuales, mediante éste, podían alguna vez escuchar la voz de sus

familiares que venían a visitarlas, y aún hacer caridades a los necesitados, atravesando con sus manos el socorro, pero sin verles.

Así protegía Dios a los suyos de los ojos curiosos.

Adán no supo que responder, y cuando estuvo a punto de hacer alguna pregunta o comentario se abrió la puerta de la clausura.

-Háganme por favor la caridad de seguirme. -Invitó otra monja con una voz cantarina.

Y los médicos se apresuraron. Al atravesar la puerta se les unió la tornera, y el pequeño grupo atravesó un patio y luego, siguiendo un largo corredor, parte de un cuadrilátero, rodearon un jardín y llegaron ante unas escaleras mal alumbradas donde les esperaba otra monja a la que Manjarrez conocía y se adelantó a saludar.

-Ella es la madre Sor María del Perpetuo Socorro.- Dijo Manjarrez por lo bajo. Adán asistía distraído subiendo como a automática, en tanto observaba los tobillos amarrados con medias de lana gruesa de las hermanas. Ahora atravesaban otro corredor mal alumbrado, a cuyos lados se sucedían una serie de puertas que Adán supuso serían las celdas. Pronto llegaron al dintel de una de ellas donde se habían reunido otras monjas, el doctor Manjarrez se adelantó para dirigirse a una de ellas.

-Viene conmigo el doctor Adán Palma.

-Bendiga Dios su caridad doctor.- Respondió otra religiosa dirigiéndose a Palma.

-Le hemos requerido a una hora tan inoportuna. -Admitió la que presidía el grupo.- ¡Soy la Superiora!

-No es inoportuna madre, si puedo ser útil ... -Aseguró el cirujano.

-¿Quiere seguirme? -Invitó. Adán penetró en una habitación casi siniestra desde donde se escuchaban los desgarradores lamentos de una mujer. Manjarrez lo seguía encorvado y pensativo.

Apenas traspasaron la habitación los acogió una visión aterradora. Sobre un duro lecho se debatía el cuerpo de la mujer que lanzaba aquellos lastimeros gemidos, en tanto que una hermana le sujetaba las manos y otra intentaba poner sosiego a sus pies, el cuerpo

retorciéndose protestaba moviéndose de un lado a otro entre convulsiones. De aquella voz doliente a veces salían frases ininteligibles de las que ocasiones se lograba escuchar un angustioso: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Piedad! ¡Perdón Dios mío!

La Superiora en tono frío y autoritario ordenó:

-Cálmese. ¡Deje ya de gritar y ofrezca sus miserias a Dios! ¡Piense en los dolores que Nuestro Señor Jesucristo padeció por nuestros pecados y pida que le de fortaleza! ¡Ya está aquí el doctor por gracia de Dios

. En aquel momento entre la luz chisporroteante de las velas, la enferma se volvió descubriendo el rostro circundado por la toga, un rostro cetrino, empapado de sudor, quién al revelarse a Adán le pareció que soñaba, tal si todo se desplomara o se hundiera.

-¡Mariela! - Gritó Adán.

Al oír aquella voz la infeliz muchacha abrió los ojos vidriosos con la mirada perdida.

La Superiora protestó:

-No es Mariela, sino Sor María de las Divinas Llagas, si el señor doctor se digna.

Pero la enferma lo había reconocido.

-¡Adán! -Se le oyó decir con voz desfallecida .

Y en medio de su dolor, de su inmenso dolor le miró intuyedo la gran pena que le causaba ¡Oh Dios! ¡Y como hubiera querido evitarle una angustia más, después de las que estaba cierta había sufrido por ella. Había implorado tanto a Dios en la capilla, en la fría y austera soledad de su celda donde la habían confinado, por aquel noble muchacho que había sido el único, el verdadero amor de su vida! ¡Cómo había rogado tras de aquellos muros, donde debía representar a diario la comedia de una vocacion que no sentía, la devoción que estaba lejos de profesar y cuya hipocrecía hoy pagaba con la tortura de la carne; y por las pestañas húmedas brotaron otras lágrimas, más amargas aún que las que había vertido entre el sufrimiento del cuerpo martirizado, porque los dolores del alma suelen ser más intensos que los físicos.

Pero todo se redujo a un momento. El médico se impuso al hombre. Repuesto de su asombro Adán tomó el pulso y luego con visible nerviosismo sacó su estetoscopio y se puso a auscultar primero el corazón, luego los pulmones, el tórax y ante las escandalizadas miradas de la Priora y de las monjas vigilantes ordenó: -¡Ayúdenme!

Las monjas se miraron esperando seguramente la anuencia de la superiora, y Adán sin aguardar una palabra desnudó aquella carne con la que tantas veces había soñado, aquel cuerpo que tanto deseó. Sus dedos expertos temblaron al palpar el vientre vírgen de la mujer amada y buscando la mirada del doctor Manjarrez interrogó:

-¿Cuanto tiempo hace que está así?

-Empezó a sentirse mal hace dos días -Dijo la madre del Perpetuo.Socorro.

El médico empezó a explorar el vientre de la enferma.

-Es una inflamación del apéndice veriforme -Dijo y continuando la auscultación agregó: -Se manifiesta en toda la región apendicular. Debió usted haberlo detectado inmediatamente -Dijo con marcado reproche al borrachín- El dolor va del muslo derecho a la espalda. ¿Hubo vómitos, diarrea, calentura?

Una de las monjas asintió.

Adán se volvió a la Superiora.

-Se trata de una apendicitis. Hay que intervenir inmediatamente.

-Ahora debe confesarse. -respondió la monja con los dientes apretados.

-Primero hay que operarla- Insistió Adán- ¡Eso es mucho más urgente! -Y luego en tono autoritario añadió:-

Se debe trasladar de inmediato a un hospital.

-¡Imposible! -Dijo la Priora- ¡Ella tiene un voto de clausura!

-Pues para que lo siga cumpliendo es preciso que viva. -Opinó tajante Adán- Y aquí no existen los recursos necesarios.

-El hospital de las Ursulinas...-Se atrevió a proponer tímidamente el doctor Manjarrez.

La mirada de la Superiora se demoró, pero las palabras de Adán denotaron su apremiante determinación.

-Demorarse significa la peritonitis.

La Superiora permanecía impávida y las demás monjas como pinguinos petrificados esperaban escuchar el veredicto final.

-¡Decídase! -Insistió Adán- O se atenderá a las consecuencias.

Aquel tono enérgico venció la resistencia de la mujer.

-Soliciten una ambulancia. -Ordenó Adán dirigiéndose a las hermanas.

Algunas de ellas salieron apresuradas seguramente a llamar por teléfono.

Adán estaba irritado, chando chispas por los ojos, tomó por los hombros al doctor Manjarrez.

-Había dolor en la fosa ilíaca derecha, inflamación del colo; a la palpación y a la percusión, debió usted haber identificado la sintomatología. El dolor suele ir siempre del muslo derecho a la espalda. Hace más de doscientos años que el doctor Mestiver enseñó que hacer en estos casos.

-Pero ... -intentó defenderse Manjarrez.

-Pero para ello hay que dejar el alcohol.

Manjarrez se puso más amarillo que la cera. Avergonzado intentó evadirse, hubiera hecho cualquier cosa por desaparecer, pero la voz de Adán le devolvió a la realidad.

-Ahora no es momento de explicaciones. Usted será mi asistente.

La enferma tenía los labios resecaos por la fiebre, pero los ojos extraviados por el dolor se clavaron en él encendidos y abultados, entonces con un fatigoso esfuerzo volvió a clamar:

-¡Adán!

Y el león se volvió cordero, y con una voz suavísima le susurró al oído.

-¡Ya estoy contigo! -Y le apretó una mano.

Veinte minutos después el cuerpo de Mariela estaba sobre la mesa de operaciones.

-16-

A la luz intensa del quirófano, Adán percibió que el vientre se encontraba demasiado hinchado, con ansiedad fue desnudando aquella carne que el dolor castigaba tan cruelmente. Al tocar el área la paciente exhaló un grito extraño, casi animal, fue casi como un alarido anulando hasta el más mínimo decoro. Aquel mal, como un reguero de ponzoña se había instalado en cada arteria, en cada célula, invadiendo los miembros, la cabeza, los párpados, sin perdonar un sólo milímetro del cuerpo. El dolor humano, el depredador inconquistable, el enemigo obstinado y feroz de los seres; arma de la muerte, anunciador del desastre, se presentaba cínico, rebelde, malévolamente triunfador.

Mariela abrió los ojos y en medio de su angustia, tomó la mano de Adán e intanto sonreírse con un hilo de voz exclamó:

-¡Adán! ¡Mi Adán! La Virgen me ha escuchado. ¡Me voy a morir en tus brazos!

Adán enloquecido por semejante revelación, trató de animarla.

-¿Morirte? ¡No, jamás! ¡Yo estoy aquí, para luchar contigo! ¡Tienes que vivir! Hoy que te he encontrado tienes que vivir! ... ahora descansa ... duerme ... ¡Todo va a pasar! ¡Te vas a poner bien muy pronto! ¡Muy pronto! ...

Y la anestesia empezó su piadosa labor, Mariela se fue quedando dormida, mientras Adán preocupado por su fatigosa respiración vigilaba atentamente el comportamiento de aquel corazón extenuado.

Y el gladiador se alistó para el combate, armado del bisturí iba a herir para salvar, para extirpar y vencer aquel huidizo enemigo que se escondía, para aparecer con nuevos ímpetus, que se agazapaba para matar.

-La paciente respira profundamente -dijo la enfermera para romper el silencio pegajoso apenas interrumpido por la lluvia que caía intermitente sobre las láminas del techado de dos aguas, produciendo un ruido sordo que llegaba hasta los oídos centuplicado. El cirujano abrió el vientre, Manjarrez lo asistía con cara de arrepentimiento,

pero ante el cuadro que se presentó a sus ojos, Adán se sintió invadido por un espanto que empezó a perlar de sudor su rostro moreno escurriéndosele por las mejillas; con rapidez y pericia comenzó a hacer su trabajo, seguro que tenía que ganar una carrera decisiva, la del tiempo. Un mechón de cabellos se le salieron de la gorra y se le pegaron a la frente; con la mirada solicitaba a Manjarrez y a la enfermera los instrumentos que precisaba, con el terror sintió apoderarse de él una intensa fatiga, un cansancio que nunca había experimentado, ni siquiera en el internado cuando se hallaba en la tercer intervención en urgencias o en terapia intensiva; el galeno empezó a temblar, la enfermera medía los latidos del corazón de la paciente intensamente debilitada. En ese momento se escuchó el estruendo de un rayo que debió haber caído muy de cerca y a los pocos segundos sobrevino un apagón dejando la sala a oscuras, Manjarrez salió violentamente de la sala y apresuró a las religiosas que aguardaban rezando en la antesala, en unos instantes regresaron portando velas, el cirujano casi de memoria y con un inhabitual nerviosismo cortaba la carne putrefacta, pero el cansado corazón de la paciente se volvía cada vez más perezoso y Manjarrez hacía esfuerzos desmesurados para obligarlo a marchar. Regresó la luz eléctrica, pero sólo fue para constatar que el rostro de la enferma empezaba a demudarse tornándose azul, en tanto que las aletas de la nariz se contraían, sólo los labios semi-abiertos que dejaban asomar los dientes blancos y finos, parecían espre el choque del beso, pero no el beso de amor, sino el beso final de la muerte.

-¡Oxígeno! -ordenó Adán y mientras acercaban la mascarilla, ensayó la respiración de boca a boca, Mariela pareció reaccionar, Adán se desesperaba tratando de transmitirle vida, al fin el oxígeno empezó a funcionar, Adán sudaba a chorros y la enfermera le pasó por la frente una toalla húmeda, él le agradeció el gesto con la mirada.

Se volvió a escuchar el bramido de la tempestad.

-¡Es el diluvio! -dijo una de las monjas aterrorizada.

Adán empezó a coser, pero la ansiedad y la prisa lo habían vuelto torpe. De pronto la enferma inhaló profundamente la que sería su

última bocanada de aire y expiró. Adán intentó reanimar el corazón, una, otra, diez veces, pero todo fue inútil.

Sor María de las Divinas Llagas había muerto.

-¡Adrenalina! -rugió Adán, Manjarrez se apresuró a cumplir la orden; pero inyectó a un cadáver.

El cirujano se secó con el brazo la frente sudorosa con un ademán tan desesperado que esta vez fue el doctor Manjarrez quién le acercó la toalla, Adán lo miró con desesperación, un sudor frío le cosquilleaba por todo el cuerpo. Se quitó violentamente el tapaboca, anduvo unos pasos como zombie y arrojó la gorra, la bata, los guantes salpicados de sangre con el inmenso desprecio que se deshechan las cosas inútiles.

¡Ah! La impotencia del hombre, la esterilidad de la ciencia, el desengaño por la batalla perdida, por la derrota en la lucha; en aquel momento le pareció constatar que todos sus desvelos, sus esfuerzos por aprender, por memorizar conceptos, cumplir deberes, aprobar exámenes, experimentar, diseccionar, incrustarse en la mente cada órgano, cada dosis, investigar cada célula ¡Habían sido inútiles! Tan inútiles como su amor, su devoción, su ternura, su fidelidad hacia aquella muchacha que nunca le había pertenecido ni le pertenecería jamás arrebatada por ese amo intransigente que se llama muerte, y que no es sino el hachazo de la fatalidad. En aquel momento mientras las monjas llorosas, con sus ademanes suaves cubrían el cadáver, arropándolo y rezando alrededor, Adán comprobó que todo había conspirado contra su amor: incluso su decisión de hacerse médico, de marcharse lejos de ella, dejándolo a su amada en manos de una madre fanática quién cruelmente había decretado restringir su libertad, su derecho a ser mujer; habían también conspirado la propia formación religiosa de la joven, su colegio católico, su compañía de monjas, curas, iglesias, ceremonias ... y por si fuera poco como corolario de su desventura acudieron al final la soledad, el dolor, la enfermedad y la muerte. ¡Adán había perdido dos veces su mismo amor! ¡El único bien de su vida!

Se fue al lavabo desde donde se le oyó vomitar, cuando regresó a la sala, con el semblante desencajado y los ojos vidriosos, la enfermera aterrada al ver su estado y temiendo un colapso le acercó una pastilla con un vaso de agua.

-Doctor, esto le ayudará ahora.

-Gracias -Dijo Adán rechazando el medicamento- En estos casos prefiero estar totalmente despierto.

Pero las venas de las sienes parecían a punto de estallarle.

-¿Quiere usted beber una taza de té hijo mío? -Le invitó la Superiora de las Ursulinas.

Adán movió la cabeza lentamente y se sentó reclinando con infinito pesar la cabeza sobre la mesa de operaciones. Su sincero dolor inspiraba respeto.

Entonces trajeron una camilla, con los ojos arrasados de lágrimas Adán presenció como se llevaban los despojos de su amada.

-¡Mariela! -Gritó y su voz fue como un lamento desgarrador..

Sacaron el cadáver. Adán se llevó las manos al rostro con inmensa pesadumbre.

La Priora compadecida se animó a poner su mano sobre el hombro del infortunado médico que lloraba como un niño desvalido.

-Doctor. Usted hizo cuanto pudo. Ha sido la voluntad de Dios.

-¿La voluntad de Dios? -Repitió como una bestia herida. ¿La voluntad de Dios es que el hombre sufra, padesca, muera? ¿La voluntad de Dios es que yo haya vivido siempre solo, roto, sin ninguna razón para existir, amando, deseando, esperando, pidiendo la muerte?

Las religiosas se volvieron horrorizadas. Aquella rebeldía era blasfemia, sólo la Priora Ursulina se quedó frente a él, serena, sin dar muestras de haberse escandalizado.

-Tranquílcese usted. -Y tal si lo adivinara todo, agregó:- ¡Dios y ella lo quieren fuerte y tranquilo en la prueba!

-¿Me quieren? -Interrogó Adán.

-¡Claro! ¡Cristo lo ama! ¡El sabe lo que usted está sufriendo y le aseguro que en estos momentos está a su lado!

Adán guardó silencio. Se levantó tambaleante y fue a descolgar su saco que había dejado en el perchero.

-No vaya a salir así. -Le suplicó la enfermera, y con ruegos reiterados consiguieron retenerle unas horas.

La tempestad se fue calmando, una luz plomiza anunció el amanecer.

-Abriéguese bien doctor, no vaya a procurarse una pulmonía. -Volvió a rogar la enfermera.

Adán no respondió. Ya no importaba nada, ni mucho menos él.

-17-

Ahora que sabía que la había perdido para siempre; se preguntó si antes, alguna vez, había acariciado alguna esperanza, la más leve, de volver a encontrarla.

Después del encierro monjil, quedaba otro, más denso, más oscuro, el que tiene por frontera el país de la muerte, donde no existía, ni siquiera como en las iglesias, medio escondido, ese palco enrejado para que las pobres monjas oigan misa, sin ver ni ser vistas, esa rendija de la inhumana clausura, cuya tupida maraña de primores de hierro artísticamente forjado se vuelve reja de prisión.

¡Ah! Si el hubiese tenido el don de la videncia, seguramente habría ido al templo para participar en la misa y a distancia del don de su compañía, en cambio ahora, no podía existir ni el más leve asomo de la presencia adorada, sólo vacío y soledad, quebranto y lágrimas.

Adán salió del Hospital de las Ursulinas y empezó a caminar sin rumbo fijo, un farol de la calle prendido todavía y chispeando agua le recordó que todavía era muy temprano.

Se sentía vencido. La muerte le había ganado la partida. Hubiera querido deshaogarse, rebelarse, pero las palabras se le atoraron en la garganta; porque Dios no le permitió el pecado de la blasfemia del que seguramente más tarde hubiera tenido que

arrepentirse, añadiendo una amargura más a su sufrimiento, la horrenda culpa de la traición, el cruel suplico de Judas. Sin saber como se introdujo en el templo de la Compañía cuya puerta halló entornada. La iglesia estaba desierta y oscura, sólo una débil luz rojiza cerca del tabernáculo ardía en un altar.

Un anciano sacerdote se dirigía a pasos lentos a la sacristía, pero al ver al médico detuvo sus pasos.

-¡Dios mío, que mal semblante trae usted! ¿Se siente bien? -Le preguntó..

-Quisiera hablarle. -Respondió Adán.

-¿En confesión?

-¡Cómo usted quiera!

El anciano clérigo le acogió caritativamente, escuchando paciente sus reclamos al cielo, sus dudas, sus desengaños, sus pasiones y sus desesperanzas, incluso su enojo contra la iglesia que le había arrebatado el amor de su vida, inundándole de tristeza y de desesperación. .

-¡Ahora me he quedado completamente solo! -Se quejó el galeno.

-Quién tiene la fe nunca estará solo. -Le replicó el confesor- El dolor redime al espíritu y lo fortalece. Dios lleva a los hombres a las aguas profundas no para ahogarlos, sino para limpiarlos . Voy a rogar porque encuentre el camino..

-¿En la soledad? -Preguntó Adán.

-En las espinas del sufrimiento allí están la cruz y el verdadero amor. La que usted llama su Mariela, conmovida de su fidelidad, agradecida de su fe, implorará al Altísimo para que le envíe la resignación y la paz.

-18-

EPILOGO

En el reloj de catedral sonaron las ocho. Adán Palma tomó el camino del hospital. La enfermera que le asistía se sobresaltó de

verlo tan deprimido. Parecía que en aquella noche había envejecido treinta años.

-Ande doctorcito, tome una taza de café bien caliente, le reconfortará.

Adán Palma se lo agradeció con la mirada y se sentó frente a su escritorio profundamente deprimido.

-Mire, ha llegado una carta. Debe ser de su amigo que siempre le escribe, ese señor Madgaleno.

El médico rasgó el sobre. La carta empezaba con el consabido: Estimado Soroche ...

Adán Palma no pudo leer más, sentía que las lágrimas le inundaban los ojos.

-¿Aún no he llorado lo suficiente? -Se preguntó avergonzado de su debilidad.

Llamaron suavemente a su puerta.

-Doctor, le están esperando. - Murmuró tímidamente la enfermera. Y entreabrió la puerta.

Entonces, entre la larga fila de los enfermos pobres, dolientes, sucios, miserables, con los rostros contritos donde se alojaban el dolor y la miseria, la enfermedad y la esperanza ... le pareció ver el rostro de Mariela, sonriente, fresco, dulcísimo.

Y empezó su consulta de la mañana.

**OBRA PUBLICADA
DE EDWIN LUGO**

Novela: Hasta Siempre nunca
Más allá del camino
Horas que huyen
Azrael
Novia por correspondencia
Ave sin alas
En el umbral del otoño
En clase
Los estóridos
En las redes
El tercer acto
Al parpadear la tarde
No traiciones al sueño
Alondra

POESIA: Poemas para una ausente
Brisas del caudal
Estuche para una joya

CUENTO: Cuentos sobre el viejo Mixcoac
Mamá Sarita
El Angel de Amaranta
El ajuste

TEATRO: Agua Dormida
Estéril Primavera

Esta edición estuvo al
cuidado de Javier Medina